

JORDÉ

---

---

BURLA BURLANDO

ACOTACIONES

~~~~~ DE ~~~~~

UN PERIODISTA

Las Palmas-Tipografía de  
"Diario", Buenos Aires, 36.

---

1922

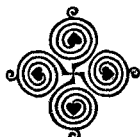
JORDÉ

BURLA BURLANDO

AGOTACIONES DE UN PERIODISTA

*A Saulo Borrón, con  
cordial afecto.*

*Jordé*



*Agosto 1922*

LAS ALMAS

Tip. del "Diario", Buenos Aires 36

1921

---

---

## Con la venia, lector

---

---

*Este es el segundo libro que publicamos en nuestra ya larga vida periodística iniciada, hace más de 20 años, en edad juvenil.*

*A manera de explicación queremos escribir unas breves palabras preliminares al frente del volumen que ofrecemos al público, en el cual se colecciona parte de los muchos trabajos desperdigados en periódicos. Son glosas a la actualidad, acotaciones y soliloquios de un periodista escritos burla burlando. Se encontrarán también en estas páginas comentarios hechos al día durante el curso de la gran tragedia europea.*

*Contiene, pues, este tomo la labor incoherente, volandera y fugaz de un periodista que desea tener la pueril satisfacción de ver agrupados artículos dispersos en las gacetas locales.*

*Para decirlo de una vez, trátase de un libro pobre, tan modesto como las aspiraciones literarias de su autor, que ahora recoge, como fruto de las ilusiones florecidas en pasadas épocas, los punzantes desengaños que la vida ofrece al correr del tiempo.*

---

# El periódico provinciano

## Por dentro y por fuera

**D**ESAPARECE el periódico por medio del cual, durante un largo período de tiempo, nos hemos comunicado cotidianamente con el público y nos deja una inquietud interior, una sensación de vacío, de algo que nos falta y que, estando ligado a nuestra vida, muere y nos produce un sentimiento íntimo como si diésemos sepultura a lo que ha sido parte de nuestro pensamiento.

Miramos el periódico como un ser vivo, de nuestra propia familia, que nos sirve de confidente. En él hablamos, pensamos, sentimos, vivimos la vida de nuestros contemporáneos. En el periódico se reproduce, como en un espejo, la fisonomía de la localidad donde se publica. Recoge gestos, voces, sentimientos, acciones nobles, hechos ruines, sucesos grotescos al lado de otros dignos y elevados, toda la intrincada y laberíntica trama social que se desenvuelve a la vista de los que, a la par que espectadores, somos actores, conscientes o automáticos, del



drama o de la comedia, de la tragedia o del sainete que se desarrolla.

Si hay fiestas en la ciudad el periódico sale alegre reflejando en sus páginas el regocijo, la risa y el bullicio del pueblo que se divierte. Si ocurre alguna catástrofe y la población está atribulada, el periódico aparece triste, reflejando el estado de ánimo público.

Hay que celebrar alguna mejora o reforma útil y beneficiosa, y el periódico expresa el júbilo de todos y echa a vuelo la limpia y sonora campana del patriotismo que a veces, en fuerza de abusar de ella, suele convertirse en ronco cencerro de baja patriotería. Es preciso protestar contra este agravio o contra aquel atropello, y el periódico recoge de la multitud el estallido de indignación, las voces airadas, los gritos del patriotismo herido y hasta los desplantas ridículos y los transmite y devuelve a la muchedumbre, enardeciéndola, que en la Prensa vé su imagen serena o gesticulante.

Claro que en esto, como en otras muchas cosas, caben las mixtificaciones, y así como se adulteran las substancias alimenticias se falsifican también las indignaciones populares, se falsean los impulsos patrióticos y se tergiversan los anhelos colectivos.

El periódico refleja virtudes y vicios, grandezas y mezquindades. Es el cinematógrafo que exhibe la película de actualidad, interesante o aburrida, que cada día impresiona el periodista para ofrecer al público una visión de la realidad que le circunda.

Es el periódico la crónica de la calle y del salón, de la fábrica, del taller, de la oficina, del comercio, de la industria, de la política, que también

es industria, del mundo de lo grande y del mundo de lo pequeño; tiene en su observatorio telescópico para agrandar las cosas y las figuras o los figurones, y microscopio para ver lo que se escapa a la simple vista, el ejército de microbios que, en la sociedad moderna, hiere los más altos ideales que deben servir de guía y faro a la humanidad.

El periódico registra el desarrollo del progreso y de la cultura en todos los órdenes, manifestaciones y modalidades. La vida entera de la ciudad, su tráfico, su movimiento, en las diversas esferas de la actividad, se encuentra en el periódico.

Junto al artículo necrológico la noticia de un nacimiento. Uno que se va, tal vez asqueado de la vida, a lo desconocido y otro que viene, también a lo desconocido, en este eterno ir y venir de la existencia. Ayer se embarcó D. Pedro; hoy regresó don Juan. La revista de espectáculos públicos, la protesta contra un abuso, la reclamación que formulan los vecinos en materia de higiene o de mercado; reseña de las sesiones de las corporaciones oficiales: lo que dijo este, lo que opina el otro, sin ponerse de acuerdo, pues militan en distintos bandos políticos y los dos hablan en nombre de la opinión pública y en defensa de las aspiraciones y necesidades del país.

Tal asunto es de interés público, cual otro es de conveniencia privada, y es preciso «deslindar campos.» El amigo elogia, el enemigo ataca. Dedicar alabanzas, el *interesado* le recibe amable y sonriente, le atiende, le obsequia. Por el contrario, dirige censuras, aunque sean justificadísimas, el propio *interesado* se muestra hosco y pasa sin saludar

siquiera. Hipocresías, vanidades, ridiculeces que deben mirarse con piadoso desden.

El periódico por *dentro* es una delicia. ¡Lo que se ve, lo que se oye! Un antiguo suscriptor se da de baja porque se casó su hija y el periódico, al dar cuenta de la boda, no la llamó bella y distinguida, agregando lo de los «valiosos regalos recibidos» y aquello otro de que se obsequió «espléndidamente a los invitados». Un padre se enoja porque no se dice, en letras de molde, que su primogénito es un aprovechado estudiante con brillantes notas. Este veraneante manifiesta su desagrado porque no se ha dicho que se hallaba de temporada en sus posesiones de Villacursi. Otro sujeto se lamenta de que, al ocurrir el fallecimiento de un tío segundo o de una tía tercera, se le dió el pésame a un primo suyo omitiéndose su nombre. El de más allá vocifera que no hay derecho a llamar distinguido amigo al correli-gionario X y a él apreciable cofrade, haciendo clasificaciones arbitrarias en la escala de los adjetivos periodísticos. ¡Oh! el tacto y discreción que debe tener el periodista en la aplicación del abjetivo adecuado a la posición social o a la significación política de la persona aludida en el artículo o en la gacetilla.

Y los que inspiran campañas y se acercan, de incógnito, a los periódicos para tirar la piedra y esconder la mano. Y el que se molesta porque ha pronunciado un discurso y no se dice que con su elocuencia arrebató al público—si es orador profano—o que conmovió a los fieles—si es orador sagrado. Y el que canta o toca algún instrumento, de aire o cuerda... con sentimiento de los que lo oyen, y se irrita porque no se encomia su hermosa voz o su

arte exquisito. Y el que escribe un auto-bombo y lo envía a la redacción, con persona de confianza, por si acaso el periodista se olvida del santo de su nombre. Y el hombre de las iniciativas que, en circunstancias críticas, visita la redacción ofreciendo soluciones para todo.

En fin, este es el cuento de nunca acabar; el cuadro no puede ser más pintoresco.

Así es el periódico de provincia, y el periodista se acostumbra a todo, transige, contemporiza, se adapta, aunque proteste mentalmente, y acaba por perder el carácter y la voluntad y convertirse en máquina de adjetivos para satisfacer todas las vanidades. Forzoso es complacer al correligionario, al suscriptor y al anunciante.

Y cuando muere el periódico, en cuya intimidad tantas cosas y tantos casos hemos visto, se siente uno como aislado, solo, echando de menos el contacto de todo lo que pasa por la redacción, lo bueno y lo malo.



---

## Los dos bandos



A bárbara tragedia que consterna a la humanidad poniendo de manifiesto instintos bestiales, apasiona a la opinión española. El Gobierno en la *Gaceta* y en las Cortes ha hecho explícita declaración de neutralidad; pero los españoles no se resignan a ser neutrales, a no intervenir, mentalmente, en la sangrienta contienda, expresando sus simpatías en pro de los aliados o en favor de Alemania.

Ciertamente que no puede mirarse con indiferencia el monstruoso conflicto en que los pueblos en guerra se destrozan y cuyas consecuencias, en el orden económico, se dejan sentir en todo el mundo.

El espectáculo horrible de la carnicería humana, la destrucción de ciudades y monumentos maravillosos del arte y la devastación de campos, antes productivos y hoy en ruinas, tiene que conmover la

conciencia universal. Y si España forma parte de esa conciencia, supremo juez en las cuestiones internacionales aunque el estruendo de las armas de combate acalle sus voces de protesta, lógico es que asistamos emocionados al desarrollo del duelo a muerte entre las grandes potencias en el presente eclipse de la razón y del derecho.

Los inventos de la ciencia y los adelantos de la civilización utilízanse en la guerra para aniquilarse los pueblos, con saña implacable, y nos asalta la duda de si progresamos o retrocedemos, empujados por un viento de locura, hacia los tiempos bárbaros, matando en flor, sin dar sus frutos, los grandes ideales de las democracias modernas.

Periódicos y periodistas, políticos y literatos, siguiendo las corrientes de la opinión nacional, hállese divididos en francófilos y germanófilos, sosteniendo criterios opuestos con verdadero ardimiento. En juego están la anglofilia, la francofilia y la germanofilia; la anglofobia, la francofobia y la germanofobia. Un mar alborotado de «filias» y «fobias.»

Sin caer en los extremos, algunos escritores—los menos—estudian las causas de la guerra y sus efectos inmediatos o para lo porvenir, determinando responsabilidades que la historia es la llamada a exigir en definitiva.

Háblase de imperialismo, de democracia, de ambiciones de conquista, de supremacía de razas y naciones, de necesidades de expansión territorial, del derecho de la fuerza y de la fuerza del derecho; se barajan ideas, se examinan procedimientos y fórmulas diplomáticas, se analizan doctrinas polí-

ticas y principios filosóficos, se estudian sistemas económicos y orientaciones sociales, y, mientras el cañón realiza su obra destructora, se invoca la razón, que cada estado beligerante cree poseer, y hasta se pretende que Dios intervenga directamente y decida la victoria a favor de los que impetran su auxilio.

Y Dios permanece neutral y nosotros pensamos que si Cristo volviese a la tierra a predicar la paz, el amor y la fraternidad entre todos los hombres, de nuevo sería crucificado o fusilado, por traidor, en los actuales momentos.

Divididos en bandos los escritores, unos se afilian a la «Triple entente» y otros toman a su cargo la defensa de la causa que defienden, solas, Alemania y Austria-Hungría, deshecha la «Triple alianza» con la actitud de Italia, que permanece abstentada.

A última hora Turquía decidióse a intervenir en la conflagración y es probable que sea, una vez más, la consabida cabeza de turco.

Unamuno, Azorín, Alomar, Blasco Ibáñez y Pérez de Ayala, entre otros, aborrecen el militarismo prusiano y culpan al Kaiser de haber desencadenado la tormenta en su delirio de grandezas. Unamuno habla del *águila cacareadora y fanfarrona*.

Pío Baroja, Benavente, Burell, González Blanco (Edmundo) y otros más, admiran la organización, el método, la fuerza del pensamiento y de las armas, la férrea disciplina social que hacen de Alemania una formidable potencia en la paz y en la guerra.

Benavente, se declara germanófilo y dice que los

*alemanes son más super-hombres, más fuertes de músculo y de médula. ¿Será esto una ironía?*

Pío Baroja escribe: «Yo me siento germanófilo, naturalmente, más desde antes de la guerra que después de la guerra». Ciencia, precisión, técnica, eso es lo único grande en el mundo; es lo que ha creado toda la civilización moderna. Respecto a la guerra actual, no conozco sus causas íntimas ni su desarrollo; pero, en principio, creo que ningún país tenga razón. Es una guerra de tribu contra tribu, de horda contra horda. El hombre violento y salvaje que todos llevamos dentro, el pitecantropus, el troglodita de Cro-Magnón o de Neanderthal, ha salido de su cueva en pleno siglo XX».

Burell dice que la grandeza y el poderío de nuestra patria culmina en Carlos I de España y V de Alemania.

Francófilos y germanófilos, para robustecer sus respectivos puntos de vista, suelen echar mano de la historia acomodando arbitrariamente los hechos a la tesis que cada uno defiende. Hay quien se entusiasma con la teoría bárbara de la suprema ley de la fuerza aplicada a los individuos y a las naciones y justifica las actuales crueldades recordando violencias de pasadas guerras de conquista.

Y no es lo mismo conquistar colonias y llevar, a través de los mares, la civilización que escarnecer el derecho y destruir la obra de cultura de los siglos.

Se habla también de dos Alemanias, la de los filósofos, los poetas y los músicos inmortales y la de los caudillos guerreros sugestionados por el espíritu de dominación. Nosotros estamos con los primeros.



---

## Los nuevos argonautas

**E**STE año comienza la emigración a América con síntomas de desbandada. La corriente emigratoria crece hasta el punto de que los vapores salen abarrotados de pasaje de tercera clase.

El grueso de los emigrantes dirígese a Cuba, la isla predilecta de los canarios, donde muchos han creado cuantiosos intereses. La riqueza y el bienestar adquiridos por los menos atrae y seduce a los más, avivando la legítima ambición de crearse una posición independiente por el trabajo. Se van pobres con la esperanza de volver ricos, argonautas modernos que se lanzan a la conquista del vellocino de oro.

La guerra europea ha creado una grave crisis en Canarias, de la cual se resienten los principales elementos de riqueza del país: la agricultura y el puer-

to, y por acción refleja el comercio y la industria. Decece el movimiento marítimo, disminuye la exportación de frutos y, por natural consecuencia, escasea el trabajo. Estas anormales circunstancias hacen que aumente la emigración. Emigran campesinos y obreros de la ciudad a millares.

Pero la emigración no constituye al presente un problema inquietante de despoblación, sino por el contrario, una sangría conveniente y saludable dada la crítica situación que atravesamos. Es más, la emigración resuelve en parte la cuestión planteada por falta de trabajo y exceso de brazos.

De los que forman la caravana en marcha, gente joven y fuerte en su mayoría, algunos retornarán con sus deseos satisfechos del todo o a medio satisfacer; otros se quedarán allá, muertos o vivos, y otros sentiránse maltrechos y descorazonados. Los menos triunfarán y los más caerán vencidos, con cansancio del cuerpo y fatiga del espíritu por no haber podido realizar sus sueños. ¡Son tan pocos los que en la vida ven convertidas las aspiraciones en realidades!

El éxodo de la emigración es alegre o triste, según sean las circunstancias y la edad en que se abandona el país nativo. La juventud que se siente con fuerzas para luchar y que lleva anhelos ideales en el alma, embarca contenta, con impaciencia de llegar a la tierra desconocida, que la cree tierra de promisión. Mas los que emigran en edad madura o ya viejos, con el corazón adolorido por la adversidad y los desengaños, con familia, por la cruel necesidad de conquistar el pan que la patria de origen les niega; esos van contrariados, desilusionados,

sin arrestos para la batalla, sintiendo que les flaquea la voluntad, la gran fuerza interior que impulsa y conduce a la victoria.

---

En América la colonia canaria es numerosa y muy estimada por su laboriosidad. Ha establecido centros sociales bien organizados, en los que los nuevos emigrantes encuentran guía y orientación y auxilio en caso de enfermedad. La Asociación canaria de Cuba, en pequeño, es el archipiélago todo, en la que conviven naturales de las siete islas. La distancia aviva el cariño a la patria lejana y estrecha los lazos de la unión y el patriotismo, alto y ennobecedor sentimiento que se purifica en la emigración.

---

El tipo del «indiano» isleño es marcadamente característico, no se confunde con nadie. Vedlo cuando regresa, aunque no traiga centenes, con el «jipijapa» de enormes alas, con la «guayabera», el cinturón de cuero y el «puro» humeante en la boca. Su charla es pintoresca cuando narra escenas y costumbres de los campos cubanos, en los que aprendió a cantar guajiras. De los indianos se refieren curiosas anécdotas.

Conocimos a un popular y hábil guitarrista que al regresar de la emigración y preguntarle si traía dinero contestó muy orondo:—Dinero no, ¡pero traigo una colección de danzas!

---

## Bélgica y Polonia



COMPLICADO el conflicto con la intervención de nuevas naciones, la horrible contienda se prolonga y oscurecidos los horizontes no acertamos a ver el fin y desenlace de la tragedia europea.

En las guerras a veces causas inadvertidas, elementos que han escapado a la previsión de los beligerantes deciden, en un momento dado, la victoria. El azar también es un factor no despreciable, aunque en los tiempos modernos de ciencia, método y técnica, todo se pesa y mide con exactitud matemática. En comprobación de nuestro aserto encontramos ejemplos irrecusables a través de la historia.

¿Qué suerte deparará el destino a Bélgica? La imposibilidad de descifrar la incógnita descubriendo el enigma que nos reserva el porvenir, nos inquieta. ¿Perderá su independencia? ¿Desaparecerá como na-

ción anexionada, por el brutal derecho de conquista, a Alemania en la próxima modificación del mapa de Europa, que será arreglado a gusto del vencedor?

Los que no rendimos culto a la fuerza, lógica y racionalmente, tenemos que simpatizar con Bélgica, la culta, la progresiva, la heroica Bélgica, cuya causa es la causa del derecho y la justicia.

En su hora trágica Bélgica tiene un gran poeta que llora su infortunio, canta su heroísmo y con encendidos acentos de ira acusa al invasor. Aludimos a Maeterlinck.

En 1870 estalla la guerra franco-prusiana y Francia y Alemania respetan la neutralidad belga garantizada, ayer como hoy, con la firma de las naciones que, en el campo de batalla, se disputan la victoria. En 1914, cuarenta y cuatro años más tarde—¡44 años en cuyo largo período ha venido hablándose incesantemente del progreso moral de los pueblos!—se pisotean los tratados internacionales con la invasión del territorio belga y, como consecuencia, Bélgica ve arrasadas sus ciudades, destruidos sus monumentos, incendiadas sus bibliotecas, en ruinas sus fábricas, devastados sus campos, fugitiva, en éxodo doloroso, su población y su ejército, con el Rey Alberto a la cabeza, defendiendo valerosamente, palmo a palmo, el solar patrio.

Parodiando la altiva frase de un ilustre marino español podría decir el soberano belga: — Más quiero honra sin corona que corona sin honra. En tierras que fueron españolas alienta el espíritu inmortal de Don Quijote.

Alemania, al violar la neutralidad de Bélgica ofrece un gallardo pretexto a Inglaterra para inter-

venir. La conducta de la Gran Bretaña, desenvainando la espada en favor del débil atropellado, es más noble que la acción de Alemania atentando contra la independencia de Bélgica. La diplomacia inglesa, una vez más, sagaz y astuta, ha sabido aliar su propio interés con la defensa del derecho.

---

Se anuncia la resurrección de Polonia, descuartizada definitivamente en 1795, después de varios repartos anteriores. El Zar de Rusia ha prometido, a la faz del mundo, la reconstitución de la antigua nacionalidad polaca, cuya alma heroica gime esclava desde que su cuerpo fué mutilado y repartido entre Rusia, Austria y Prusia.

El polaco de raza nunca ha perdido la esperanza de ver reconstituída y libre su patria infeliz sojuzgada. El autócrata ruso ha dado una nota simpática—hábil cálculo diplomático más que espontáneo rasgo generoso—ofreciendo a los polacos el territorio usurpado.

La historia de la Polonia oprimida está llena de episodios heroicos en la lucha por su ansiada emancipación.

De generación en generación se ha transmitido el espíritu polaco que no se resignaba a morir.

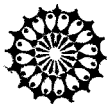
En su implacable persecución Rusia llegó a abolir el nombre de Polonia, prohibiendo en todas partes el uso del idioma polaco. Pero el sentimiento de nacionalidad permanecía vivo bajo la despiadada opresión moscovita. En cualquier punto del globo que se reunían cuatro polacos, expatriados y errantes, con ellos estaba el alma de la patria perdida.

Todos los intentos de los polacos por libertar a su país fracasaron. ¿Verán ahora realizado su ideal?

---

El porvenir de Bélgica, como el de Polonia, está pendiente del desenlace de la tragedia europea. La suerte de ambas naciones, víctimas de las garras de poderosos enemigos, hállase ligada.

Nuestro hidalgo, valeroso y justiciero señor Don Quijote empuñaría la lanza por Bélgica y por Polonia.



---

---

## Botones de muestra

**G**s curioso, entretiene y divierte el *Cancionero popular isleño*.—Llamémosle así por darle algún nombre.—Encuéntrense en él versos estrafalarios, arbitrariamente rimados; pero de vez en cuando descúbrese cierta maliciosa intención satírica y el ingenio tosco que puede esperarse de versificadores callejeros, espontáneos, que tienden a narrarlo todo en renglones cortos, sin metro ni medida, y andan siempre afanosos a la caza del consonante, que unas veces se muestra dócil y otras arisco.

Y sabido es que la fuerza del consonante obliga a decir que son blancas las hormigas.

En circulación constante se han transmitido, de época en época, versos en los cuales se refieren sucesos aquí desarrollados. Diríase que la tradición oral se conserva de generación en generación. Las gentes



guardan en la memoria esos versos del tiempo viejo de poetas populares que reían o lloraban, alternativamente, a compás de la alegría o la tristeza que despertaban en el ánimo público los hechos, cómicos o dramáticos, que ocurrían. Bien se ponían en solfa personas y cosas que ofrecían aspectos de regocijante comicidad o, por el contrario, empuñábase la lira geremiaca para lamentar calamidades y desgracias.

Hasta nosotros han llegado numerosas composiciones, la mayoría en pequeños fragmentos, de autor conocido o anónimo, producto de la musa del arroyo.

No conocimos al más popular de todos, Fray Estampido, un coplero cínico y mendicante que, con el mayor desenfado, ponía en verso todo lo que se le ocurría. Estampido—ignoramos su verdadero nombre—vagaba por las calles lanzando versos, a diestro y siniestro, algunos con alusiones mortificantes y desvergonzadas cuando le molestaban llamándole por su apodo. Con la guitarra y el perro, que siempre le acompañaba, cuentan que recorría la isla y en todas partes era popularísimo.

De Estampido se refieren cosas verdaderamente chistosas. En cierta ocasión le llamaron para hacer una composición en verso ridiculizando a sujetos de viso en la ciudad. Estampido accedió, pues «pecaba por la paga» y se dispuso a improvisar mientras la persona que requirió sus «servicios» preparábase a escribir.

Y empezó:

*Vamos a formar la trenza  
de todos los «culichiches»,  
empezando por Penichet  
¡que es el primer sinvergüenza!*

El tal Penichet, que era el que «pagaba por pecar», sorprendido al ver la manera de señalar de Estampido, renunció amoscado a seguir adelante.

Hace muchos años perpetuóse en el lugar denominado *La Herradura*, en Tamaraceite, un horrendo crimen: un hombre, de perversos instintos, asesinó a su mujer y a varios hijos.

Fray Estampido, que era el cronista obligado de todo suceso de resonancia, escribió, entre otras, la décima que sigue:

*Julio fatal, el día dos,  
para amanecer el tres,  
¡qué desgraciado fué el mes  
al dar la una el reloj!  
Qué corazón tan atroz,  
esto no tiene pintura,  
¡matar cuatro criaturas,  
como si fuera un deleite!  
sucedió en Tamaraceite,  
lindando con la Herradura!*

Esto de *matar cuatro criaturas, como si fuera un deleite*, es, en realidad, graciosísimo.

También abundan en el *Cancionero popular isleño* epitafios de autores anónimos capaces de hacer reír a los propios difuntos aludidos.

Por ejemplo:

*Todos lloramos por tí,  
en tierra y en mar salado,  
tu sobrino, mi cuñado  
y yo también ¡ay! de mí.*

Este otro no tiene desperdicio, es «definitivo» en su género:

*Ya se murió el maestro Juan,  
así lo quiso el destino.  
¡El carpintero más fino  
que en Canaria comió pan!*



---

# Lo que produce la literatura en España

**M**UCHA gente mostróse sorprendida cuando se habló de abrir una suscripción nacional con el fin de aliviar la situación económica —harto precaria, según parece— de Galdós. ¿Cómo—se preguntaba—es posible que el glorioso maestro de la novela contemporánea no tenga dinero? Sus obras son las más leídas, y desde hace muchos años, se venden como pan bendito. ¿Dónde ha echado D. Benito el producto de su inmensa labor literaria, inmensa, cualitativa y cuantitativamente considerada?

Buscando explicación lógica a estas preguntas, háblase de mala administración, del mercantilismo de aprovechados editores, de la punible codicia de prestamistas y usureros sin entrañas.

De la gran vergüenza de la suscripción no queremos hablar ahora, por ser un nuevo *episodio nacional*... de oprobio.

No sabemos el dinero que haya ganado D. Benito—él tan desinteresado y generoso tampoco lo sabrá probablemente—; pero en comparación con las crecidas sumas que ganan los novelistas extranjeros de su estirpe, es de suponer que no rebase un límite exagerado. En España los más eminentes literatos y pensadores viven modestamente, sin lujos ni derroches, y mueren pobres. Prueba de ello la frecuencia con que se piden pensiones para la familia de insignes varones que, al fallecer, solo dejan el prestigio de su nombre. En muchos casos ni la propiedad de sus obras pertenece a sus herederos.

Valera confesaba que su más famosa novela no le había producido para comprar un traje de seda a su señora. La Pardo Bazán habla de que le piden sus novelas prestadas para leerlas. Valle Inclán es pobre y Pío Baroja, el novelista joven de más enjundia, acaba de manifestar a un periodista que le visitó, lo siguiente, que hemos leído con mezcla de asombro y tristeza, amargura y estupefacción.

Habla el ilustre escritor, que lleva a las páginas de sus libros una honda y certera visión de la vida española, y dice:

¡«Vivir de las letras yo! ¡Pues si me da mucho menos la literatura que la medicina, cuando era médico rural. Sí, señor. ¡Así menos que cuando era médico rural! La literatura me lleva producido unas 15.000 pesetas. El año que más me rentan mis libros, es posible que no llegue a cobrar arriba de 3.000 pesetas».

¿Qué tiene, pues, de extraño que Galdós haya llegado a la vejez pobre y ciego, después de verter en sus obras toda la luz de su espíritu?

En presencia de estos casos de triste, dolorosa y deprimente realidad, ¿qué estímulo se ofrece en España a los hombres de letras si sus libros no les producen para vivir con desahogo y bienestar cuando la inteligencia reclama descanso fatigada por el esfuerzo de la producción?

El ejemplo de Galdós y la confesión reciente de Baroja son elocuentísimos, en un país donde los autores del género chico cobran pingües dividendos.

---

El público de la novela y el público del teatro. Este último es mejor parroquia, produce muchísimo más a los escritores que no han tenido necesidad de torturarse el cerebro, con el estudio y la observación, para hilvanar escenas disparatadas, lances inverosímiles, tipos de fabricación industrial y chistes de almanaque de pared. Al público de teatro le entra todo por los ojos, se solaza y acude a ver el espectáculo de pintoresca visualidad que ofrecen las decoraciones bonitas, las piernas y descotes de las artistas que, a falta de otros méritos, tienen caras hermosas, desparpajo y formas espléndidas.

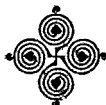
La novela no tiene aparatosidad teatral, en el noble sentido ni en el sentido chocarrero de la frase; se lee en silencio, sin que los personajes hagan ruido. Por más que hay novelas cuya acción reclama la exhibición del cinematógrafo; novelas, más o menos eróticas, que son interesantes películas, y gracias.

El público de las buenas novelas—las de folletín se leen mucho—es escaso, porque la turbamulta

va a divertirse al cinematógrafo o al teatro del género ínfimo:

El drama o la comedia, de verdadero valor estético, también aburre a la masa ignara que prefiere la comedia chabacana de enredos y peripecias cómicas o el melodrama efectivista y sensiblero. Esta clase de público, que es el más numeroso, no tiene educada la sensibilidad y gusta de la emoción fuerte y del chiste a todo trapo.

Así se explica la situación económica de Galdós y lo poco que a Pío Baroja le producen sus libros.



---

## Novelli en Las Palmas

**E**RME TE Novelli acaba de retirarse de la escena de sus grandes éxitos. El ilustre actor italiano tiene para nosotros un gratisimo, imborrable recuerdo: su paso triunfal por el teatro «Pérez Galdós». Recordamos aquellas noches de emociones inolvidables, lleno el coliseo de espectadores, esperando con ansiedad que se alzara el telón y apareciese la figura del gran artista, con su característica *naríz superlativa*.

En nuestra vida monótona, oscura, sin destellos de arte, aquella temporada teatral fué un inusitado acontecimiento. Novelli estaba en el apogeo de su fama, consagrada definitivamente por los públicos y los críticos de Europa y América. Nos trajo una ráfaga de luz de su arte; sacudió, saludablemente, nuestra sensibilidad entumecida por falta de sensaciones; despertó nuestro entusiasmo que se desbordaba



espontáneo, acaso con algo de ingenuidad juvenil, en aplausos y aclamaciones ruidosas.

Novelli visitó Las Palmas en el Otoño de 1897; nosotros éramos adolescentes; aún no nos comunicábamos con el público por medio del periódico. Entre las obras que representó recordamos *Hamlet*, *Otelo*, *Luis onceno*, *La muerte civil*, *Lucrecia Borgia*, *El Abuelo*, comedia en un acto,—aún Galdós no había dado a la escena el gran drama del Conde de Albrit—, *La tía de Carlos* y varios monólogos.

En estos dramas y comedias nos dió a conocer su ágil talento de actor genial, admirable intérprete de las obras más diversas. Novelli tenía perfectamente disciplinadas sus facultades y poseía un extraordinario dominio de la escena. Interpretaba a maravilla comedias y tragedias pasando del género regocijadamente cómico al hondamente dramático sin esfuerzo visible. ¡Tal era la flexibilidad de su talento, en el que admirábamos singulares dotes de artista!

En las tragedias de Shakespeare—*Hamlet* y *Otelo*,—quizás fuese su arte algo aparatoso, demasiado *teatral*, más efectista que de certera psicología del personaje que encarnaba. En las escenas culminantes de las creaciones del genio inglés, estremecía al público el escalofrío de lo trágico. Novelli se hacía admirar de la gente culta y arrebatava a la galería.

Con la máscara de la comedia era un gran cómico. Su misma fisonomía de mascarón de proa pre-disponía a la risa. Recordamos la franca hilaridad del público, que reía a carcajadas, durante la representación de *La tía de Carlos*.

En los monólogos fué Novelli un maestro inimi-

table. Con la mímica hablaba; era tan elocuente su gesto que expresaba cuanto quería.

La noche de la función de gala en honor de Novelli representóse *Luis Onceno*. El eminente artista había hecho un estudio minucioso, concienzudo, del carácter del protagonista y del proceso clínico de la terrible enfermedad que llevó a la tumba al sombrío y cruel monarca francés. Era la noche del 1.º de Octubre de 1897. Novelli había logrado conmover profundamente, estremecer de emoción a la concurrencia que le aclamaba sin cesar. Luego la multitud le acompañó al hotel con hachones encendidos. Fué un acto de admiración sincera que Novelli agradeció cordialmente, con sentidas palabras.

En una lápida quedaron grabados en mármol el nombre de Ermete Novelli y la fecha en que actuó en el Pérez Galdós. Más tarde ese homenaje sirvió de pretexto para convertir en ridículo *panteón* el vestíbulo del teatro, pues apenas ha pasado por aquí algún artista mediano que no tenga su medallón de mármol.

Años después de haber actuado Novelli en el Pérez Galdós, le vimos un día que, de paso, visitó esta ciudad. Enseguida le conocimos, alto, erguido, con su nariz inconfundible. Ya estaba viejo, con huellas de cansancio en el rostro.

Novelli nació en una ciudad de Toscana en 1851. Se ha retirado, pues, de la escena de sus glorias a los 63 años.

---

## La lucha canaria



este pueblo, de ordinario tan indiferente para todo, el espectáculo de la lucha canaria le entusiasma y enardece. Había que ver el Circo en días de luchadas sensacionales, ocupado por una inmensa y abigarrada muchedumbre de «todas las clases sociales». (Debemos advertir que esta resobada frase hecha la empleamos ahora con propiedad y verdad). De todas partes de la isla acudía la gente. A la entrada y a la salida notábase en las calles extraordinario movimiento. Los que no tenían dinero para comprar la entrada esperaban en los alrededores del Circo el resultado. Dentro del Circo la animación crecía por momentos, gradualmente.

Los dos partidos rivales—Norte y Sur—colocabanse frente a frente, en el punto cardinal correspondiente a su respectiva denominación. No se en-

tremezclaban: al Norte los del Norte y al Sur los del Sur, claramente señaladas las líneas divisorias. Los partidarios de los bandos que medían sus fuerzas defendían a sus atletas con frenética pasión que, frecuentemente, desbordábase, traducíendose en mutuos insultos, apóstrofes recíprocos que cruzaban el espacio de un lado a otro, como saetas, y hasta en agresiones personales. Armábase cada batahola que hacía retamblar el Circo. A veces era tal la exaltación de los ánimos, de antemano caldeados por las disputas que originaban los lances de la lucha, que los espectadores dejaban sus asientos y, con aire de desafío, lanzábanse al «terrero» a reñir. En estos casos era necesaria la intervención de la autoridad, que también solía ser obsequiada con estridentes silbas. En cuanto al Jurado elegido para decidir las luchas «revueltas», a menudo era desobedecido en sus fallos, protestando el partido que se consideraba perjudicado, en forma destemplada y amenazadora. Centenares de voces airadas gritaban desaforadamente formando un concierto infernal, pues los protestantes, para que prevaleciesen sus deseos, confiaban en la fuerza de sus pulmones.

Por cualquier motivo sin importancia para los concurrentes imparciales, desatábase la intransigencia de los afiliados al Norte o al Sur, interrumpiéndose el espectáculo hasta que, serenados los nervios, reanudábase con creciente interés a medida que tomaban parte luchadores de primera fila, Juan Castro, Mendez, Martín, Mandarrias, el Rubio y Tabletas, que eran los campeones de más fama.

Al luchador fuerte y ágil que salía vencedor derribando a su contrincante con arte, proclamábase

le héroe, se le vítoresaba, se le conducía en hombros, se le arrojaba dinero a la arena. Estas apoteosis despertaban delirante entusiasmo en el público. El vencido, por el contrario, era blanco de chacotas y burlas, singularmente si adoptaba posturas fanfarronas.

Confesamos nuestra afición al gimnástico deporte que fortifica los músculos y da elasticidad y resistencia a los miembros. Nosotros también nos emocionábamos cuando dos buenos atletas, gallardos y resueltos, atacándose y defendiéndose hábilmente, disputábanse el triunfo.

La lucha canaria, de carácter típico, herencia del valiente pueblo aborigen, fué degenerando hasta que casi desapareció. Primero fué noble juego —nosotros no alcanzamos aquellos tiempos— que se fomentaba con entusiasmo, principalmente en Telde, cuna de invencibles campeones. En las fiestas populares era número obligado. Luchábase al aire libre, a cielo abierto. Luego convirtióse en negocio lucrativo y el deporte indígena, al mercantilizarse, perdió su más hermoso y simpático aspecto: el desinterés y amor propio que caracterizaba a los viejos atletas, orgullosos de su reputación, conquistada gallardamente en el «terrero.»

---

Al hablar de luchas recordamos una pintoresca y chistosa descripción, en verso, original de D. Antonio González (*Taurus*), en la que se pinta, con graciosos trazos, las figuras y peripecias de una luchada. El cuadro es real y animado; revela el buen humor y la vena festiva de aquel malicioso, soca-

rrón y ladino *Taurus*, a quien conocimos ya en edad avanzada.

Titúlase la composición *Del tiempo pasado. La luchada del Reventón*. He aquí algunos fragmentos:

. . . . .

*¡Tiemble el mundo! En son de guerra  
bajaron al Reventón,  
trescientos y un campeón  
haciendo temblar la tierra.  
Su afán belicoso aterra  
y el ruido de sus corceles,  
generales, coroneles,  
oficiales y soldados  
vienen todos animados  
de ganar nuevos laureles.  
Y esa bulla y ese amago  
y esa tropa tan armada,  
¿va a conquistar a Granada?  
¿Es Roma contra Cartago?  
¿Es vándalo que el estrago  
lleva a pueblos extranjeros?*

*No señor: son los vegueros,  
que en sus ansias de lidiar,  
desafían a luchar  
a unos pollos tafireros.*

*Salió al terrero derecho  
un tafirero de bríos,  
y el veguero José Ríos,  
que es mozo de pelo en pecho.*

*El ajuste queda hecho,  
mediando otros luchadores,  
se avisan los lidiadores  
y en menos de... y no sé cómo,*

*José Ríos sacó el lomo  
con muchísimos primores.*

*El tafirero Jortigas  
salió luego con Chochera  
y por la media cadera  
éste salió con fatigas.*

*Después lucharon Espigas  
y el vencedor tafirero,  
y aunque aquél, con gran salero,  
puso en juego el garabato,  
éste, más diestro que un gato,  
midió con él el terrero.*

*Luchó después con Melones  
el veguero Carambainas  
y, arregladas las polainas,  
se pusieron los calzones.*

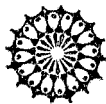
*Ver a estos dos campeones  
no era cosa de juguetes  
pues, sin dimes ni diretes,  
forcejean con tal arte  
que, por salva sea la parte,  
parecían clarinetes.*

*Ya Carambainas rendido,  
sofocado y jadeante,  
le dijo a su contrincante  
que se daba por vencido.  
Pero luego arrepentido  
(para caer y rodar)  
volvieron a forcejear  
y a afinar los instrumentos,  
y cuentan que hasta doscientos...  
pitazos se oyeron dar.*

*Y así sucesivamente*

y con raras excepciones,  
los vegueros campeones  
sacaron polvo en la frente.  
Y mirando aquella gente  
su estrella desventurada,  
como medida acertada  
pensaron solo una cosa:  
poner pies en polvorosa  
y huir a la desbandada.

Y al emprender la carrera  
las espantadas legiones;  
el tafirero Melones  
les gritó de esta manera:  
Subid por esa ladera  
tragando la amarga copa,  
sacudid muy bien la ropa  
y pues que los compadezco,  
buena suerte y viento fresco  
y constante por la popa.





---

## El centenario de Prim



LA ciudad de Reus, cuna de D. Juan Prim, acaba de celebrar el primer centenario de nacimiento del insigne caudillo. Reus honrase a sí misma al enaltecer la memoria de Prim, que no debe ser olvidada por las nuevas generaciones. Más resonancia y esplendor que el modesto homenaje rendido en Reus al héroe de Africa y esforzado campeón de las libertades españolas, debió de tener en toda España la conmemoración del natalicio de Prim. Pero España continúa siendo el país de los viceversas, y no se acuerda de que tiene en su historia efemérides gloriosas que conmemorar y varones eminentes, cuyo ejemplo es patriótico que sirva de enseñanza al pueblo, harto indiferente, y a los políticos del día distraídos con el espectáculo de las luchas intestinas de los partidos en liquidación. Políticos que no saben mirar al pasado, muéstranse ciegos ante el presente y no

aciertan, entre intrigas y ambiciones de índole personal, a ver el porvenir de la patria. Por ello el centenario de Prim ha pasado casi desapercibido, como si se hubiese tratado de una *fiesta de pueblo*.

Prim nació en Reus el 6 de Diciembre de 1814; murió en Madrid el 30 del mismo mes de 1870. Vivió, pues, 56 años. Su vida fué intensa y accidentada, de guerrero y conspirador, de diplomático y gobernante. En una época de turbulencias y renovaciones en la cual actuaban en la política grandes inteligencias y voluntades inquebrantables de hombres de acción, fué el ídolo nacional. Por su energía, por su talento, por su constancia, por su habilidad, se impuso y venció.

Cometió errores, ¿quién no los comete? *Errare humanum est*; pero su figura preeminente se agiganta con el tiempo que aquilata sus excelsas cualidades. Prim luchó por la patria y por la libertad, porque las amaba, sincera y profundamente, sobre todas las cosas. Hizo historia y su nombre preclaro llegó a todos los ámbitos de la Península entre himnos y aclamaciones. Nadie gozó de mayor popularidad.

Regresó de la campaña de Africa cubierto de laureles. Su heroísmo parecía legendario; entre arengas inflamadas y arrestos de bravura temeraria, condujo a los soldados a la victoria sembrando el pánico entre las filas moras. En las páginas vibrantes del *Diario de un testigo*, del ilustre Pedro Antonio de Alarcón, destaca, con sugestivo relieve, la figura del Conde de Reus, a caballo, envuelto en los pliegues de la bandera española, desafiando el peligro, vencedor en jornadas épicas como la batalla de los Castillejos.

Victorioso de la guerra marroquí se le recibió con delirante entusiasmo. Prim era para el pueblo español, no un valiente entre otros valientes generales, sino el héroe.

Sagaz y oportuno en la expedición a Méjico, retiróse reembarcando para España, porque no quiso sostener el imperio que acabó trágicamente con el fusilamiento de Maximiliano. O'Donnell desaprobó la hábil conducta de Prim; Napoleón III no le perdonó su noble acción; mas el tiempo dióle la razón y Méjico le vive agradecido.

Conspira contra el Gobierno de O'Donnell, levantándose en armas en 1866. Emigrado y perseguido en el extranjero prepara la revolución de Septiembre. A bordo de la fragata *Zaragoza* celebra una entrevista con Topete, en la bahía de Cádiz, y la escuadra se subleva. El movimiento revolucionario es secundado por la nación al grito histórico de ¡Abajo los Borbones! lanzado por Prim.

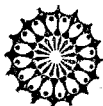
Isabel II, sin trono ni corona, fugitiva, huye al extranjero. Aparici la despide con su célebre frase: «Adios, mujer de York, reina de los tristes destinos.»

Sobre las ruinas de un trono levantóse el poder de Prim. Cometió el error de buscar en el extranjero un rey para España. Entre sus candidatos figuraron Fernando de Portugal, el príncipe Leopoldo de Hohenzollern—causa de la guerra franco-prusiana— el duque de Génova, el general Espartero y, por último, el duque de Aosta.

El 27 de Diciembre de 1870 se atentó contra Prim, en la calle del Turco; era a la sazón Presidente del Consejo de Ministros. Tres días después falle-

ció. Prim no vió a Amadeo I. Este, al llegar a Madrid, visitó el cadáver del insigne caudillo de la revolución.

Su obra, los principios de la revolución, están en pié, viven a despecho de intentos reaccionarios fracasados que no han podido prevalecer porque los tiempos modernos son de libertad y democracia.



---

---

## La Revista "España"

**H**EMOS leído el primer número de *España*, semanario que ha comenzado a publicarse en Madrid. Aspira a ser órgano de España, de la patria que integran todas las provincias, todas las regiones, el lugar, la aldea, la villa, la ciudad. Desea recoger las palpitaciones, los anhelos ideales, las ansias de renovación de toda la nación, de todas las clases sociales, en el campo donde se plantean los problemas agrícolas y en las zonas urbanas y fabriles donde latén las cuestiones sociales y económicas.

*España* nos recuerda *Vida Nueva*, aquel gran periódico que se publicaba en Madrid en 1899 y 1900, abogando, con patriótico ardimiento, por la regeneración y reconstitución del país. Fundaron *Vida Nueva* unos jóvenes intelectuales, rebeldes y gene-

rosos, que esgrimían la piqueta para destruir todo lo caduco, a quienes *Azorín* llama la generación de 1898. *Vida Nueva* desapareció prematuramente. La juventud que en sus columnas analizó y dijo verdades, procediendo a la revisión de valores consagrados que parecían intangibles, con implacable espíritu crítico, desperdigóse luego, prosiguiendo su labor en la cátedra, en el libro, en el periódico. Recordemos algunos nombres ilustres: Pío Baroja, Unamuno, *Azorín*, Maeztu, Ortega Gasset.

*España* promete ser órgano de España, no portavoz de ningún partido ni vocero de político alguno. Será, pues, adalid de la España verdad que sufre y desea redimirse y no de la España artificial y contrahecha de la farsa parlamentaria, la política imprevisora, sin ideales, venal y la burocracia parasitaria.

¿Qué confianza en el presente, qué fé en el futuro inspiran en España los poderes del Estado? Los organismos superiores son esclavos del que manda sea conservador o apellídese liberal. Se desconfía de los hombres y se recela de las instituciones. Diríase que todo huele a podrido; pero este pesimismo que engendra la visión del presente, no mata en nosotros la creencia optimista en el porvenir. ¿Por qué no hemos de ser aptos para la vida de las naciones modernas?

Forman la redacción de la nueva revista escritores de la recia mentalidad, la cultura y la independencia de José Ortega y Gasset, Pío Baroja, Ramiro de Maestu, Ramón Pérez de Ayala, Luis de Zulueta y Eugenio d'Ors (*Xenius*). Entre los colaboradores figuran literatos, pensadores y poetas de altos

prestigios como Gabriel Alomar, Jacinto Benavente, Miguel de Unamuno, Manuel B. Cossio, Luis Bello, Enrique Diez Canedo, Antonio Machado, Ramón del Valle Inclán, José M.<sup>a</sup> Salaverría, Fernández Ardavín y otros.

Dice *España* en su artículo programa:

«Nacido del enojo y la esperanza, pareja española, sale al mundo este semanario *España*.

Los que hemos de escribir en sus columnas—gente ni del todo moza, ni del todo vieja—asistimos desde 1898 al desenvolvimiento de la vida española. Durante esos diez y siete años de experiencia nacional, raro fué el día en que la realidad pública nos trajo otra cosa que impresiones ingratas. Cuanto más patriotas éramos, mayor enojo sentíamos.

. . . . .  
Creemos, en efecto, que ha empezado para nuestro país una buena época.—¿No es esto demasiado optimismo?—se nos dirá. No: porque hay en la historia dos clases de buenas épocas. Es una la de aquellos tiempos brillantes y magníficos en que las virtudes de una raza dan sus mejores frutos; son las épocas de plenitud y de gloria. Pero hay otras épocas sin plenitud y sin gloria, menos aún, llenas de agonía y miserias que, no obstante, pueden ser fecundas y saludables. Son aquellas en que el pueblo no padece ilusiones ni vive alucinado creyendo que posee buenos políticos y buenos generales, buenos hacendistas y buenos oradores, buenos poetas y buenas tierras ubérrimas, buenos maestros y buena industria, cuando nada de esto tiene. Pues bien, media España, por lo menos, ha entrado ya en una de estas edades, exentas de gloria, pero transidas de sinceridad.

¿Es ello una frase, nada más? Tú, lector, que tal vez vi- ves en el fondo de una provincia, ocupado en la modestia de tus afanes aldeanos, recapacita con la mano puesta sobre el corazón y pregúntate que institución vigente de la vida pública española te merece confianza y te impone respeto. ¿No es cierto que del Parlamento a la Universidad, pasando por las Academias, del Ministerio de la Guerra a los Cuerpos

judiciales pasando por las oficinas de Hacienda, nada despierta en tí fé?

El desprestigio radical de todos los aparatos de la vida pública es el hecho soberano, el hecho máximo que envuelve nuestra existencia cotidiana. Todos sentimos que esa España oficial dentro de la cual o bajo la cual vivimos, no es la España nuestra sino una España de alucinación y de inepticia.»

Nosotros también pertenecemos a aquella generación que despertó a la realidad de la vida española con el desastre de 1898. La sacudida fué tremenda y saludable: todo un mundo de ilusiones y quimeras—la leyenda dorada—se vino a tierra con estrépito; se deshizo la mentira y vimos la verdad aterradora de la patria postrada, víctima de rutinas y prejuicios, inmoralidades y torpezas. Los espejismos engañosos de la historia desvaneciéronse al golpe brutal de la realidad. Ante el fracaso de una política de perdición ansiaba nuestro espíritu borrar el pasado, que tan amarga experiencia nos había ofrecido, y laborar por el porvenir de la nueva España. Al cabo de la jornada, a pesar de algunos nobles esfuerzos aislados, seguimos casi igual: los mismos vicios, la desconfianza en aumento, idéntica imprevisión, la patria desorientada en este terrible momento de la historia y los políticos profesionales apegados a los viejos sistemas causantes de la ruina colectiva.

Espiritualmente nos sentimos incorporados a los fundadores de *España*, que señalan un camino, una ruta que debe seguirse si no queremos morir definitivamente.

Canarias es una prolongación de España. En nuestro aislamiento vemos que aquí se reproducen




los males que el Poder central esparce y alimenta.

*España* trae un programa de renovación, agita una bandera. Saludémosla desde este rincón atlántico.



---

## “Los Semidioses”

ADA vez que Federico Oliver da a la escena una nueva obra, nos confirmamos en nuestra opinión de que es un fracasado. Tiene vocación irresistible, voluntad tenaz; pero fáltale lo principal, dotes, facultades, talento para obtener legítimos triunfos en el teatro. Ha escrito comedias y dramas y en los dos géneros está a la misma altura de vuelo de gallina: dos palmos sobre el nivel del suelo.

Cuando estrenó *La muralla* creyósele una esperanza del arte dramático; pero él mismo—para verdades el tiempo—con sus nuevas producciones, encargóse de demostrar que los primeros juicios acerca de su personalidad literaria, habían sido dictados por un indulgente espíritu de optimismo. Porque *La muralla* puede aceptarse solo en calidad de ensayo de autor novel.

La experiencia de la vida de teatro—autor y empresario—no le ha dado ni siquiera esa habilidad técnica para componer la obra e interesar al espectador de buen gusto que suele adquirirse con la práctica.

Anoche asistimos al estreno de la tragi comedia en tres actos titulada *Los semidioses*. Habíamos leído que en Madrid obtuvo un éxito ruidoso. ¿Cómo es posible que una obra tan defectuosa como *Los semidioses* pueda ser aplaudida?

La concepción, el desarrollo, los personajes todo es afectado y vulgar. Efectismos de brocha gorda, escenas que quieren ser naturalmente patéticas y resultan de una sensiblería ñoña; situaciones de melodrama chabacano inhabilmente preparadas; falta de armonía y coherencia en el plan etc., hacen de *Los semidioses* una comedia que, seguramente, no conducirá a la gloria a Oliver, aunque vaya en compañía de su esposa la actriz D.<sup>a</sup> Carmen Cobeña.

El *argumento* de Oliver contra la desmedida afición a los toros consiste en presentarnos una familia compuesta de los esposos señó Antonio Molino y mamá Dolorsita, con dos hijos, Juan, un inválido de la guerra hispano-yanki—el recuerdo es trasnochado y traído por los cabellos—y Rafael que a toda costa quiere ser torero de cartel. El marco en que estas figuras se mueven es una barbería sin parroquia, porque señó Antonio, de oficio peluquero, olvida sus deberes y lo abandona todo por los toros. Fanático admirador de Belmonte, el fenómeno, mientras en su casa hay miseria, señó Antonio gasta en abonarse a unas corridas el dinero que le facilita Esperanza,—la novia de Juan—para pagar la

contribución ante la amenaza de embargo de la barbería. Mamá Dolorcita reniega de los toros y de la afición de su marido, causa de su lamentable situación pecuniaria.

¿Puede este cuadro, de tintés recargados, convencer a nadie?

En la acción se echa de ver violencia, artificio, convencionalismo reñido con la realidad; los personajes muévense, no como seres de carne y hueso que sienten y piensan, con voluntad propia y sentimientos bien definidos, sino como autómatas dóciles al capricho del autor para buscar efectos teatrales previstos y contrastes de mal gusto, a nuestro entender, que producen en el ánimo ingrata impresión, sin probar nada real y lógico, como, por ejemplo, el de los dos hermanos, el torero herido en una plaza de toros que, por cierto resulta un maleta que no gana ni para pagar un traje de luces, y el marino inútil, en plena juventud, a consecuencia de un casco de metralla que le destrozó el cráneo en el combate naval de Santiago de Cuba. Este contraste hubiese tenido más relieve si a Oliver se le hubiera ocurrido presentar el torero triunfante, ídolo de la muchedumbre, derrochando dinero frente al infeliz soldado inválido a quien el Estado concede una mísera pensión.

En la parte de comedia encontramos algunos aciertos parciales, rasgos de certera observación, frases intencionadas, de una verdad cruel, alusivas a la boga y consideración social de que gozan en España los toreros, *los semidioses*. Las discusiones apasionadas de los aficionados, a quienes de la lec-

tura de los periódicos solo interesa las reseñas de toros, tienen chispazos de ironía oportunos.

Las cosas que dice y repite Juan del combate en aguas de Cuba, pertenecen ya al archivo de los tópicos declamatorios gastados en fuerza de abusar de ellos en otro tiempo. Todos aquellos hinchados lirismos de marcha de Cádiz suenan a hueco y apenas rozan nuestra sensibilidad.

La intervención de Esperanza en la obra solo está justificada para dar «pié forzado» a las escenas melodramáticas entre Juan y Miguel, falsas y convencionales, pues ni interesan ni conmueven. Miguel, que tiene palabras amargas y justas al hablar de la emigración de un pueblo entero a América, cuando interviene en las escenas con Esperanza y Juan, conviértese en algo artificial, fuera del ambiente de realismo de que Federico Oliver ha pretendido rodear su tragicomedia.

Se necesita una paciencia inagotable para sopor-tar las convulsiones y vaciedades retóricas del lisiado durante el curso de tres actos, hablándonos inoportunamente, con machacona impertinencia, del sacrificio y heroísmo de los marinos españoles en Cuba y de su amor entrañable a Esperanza, otra figura sin vida efectiva al *servicio* del autor de *Los semidioses*.

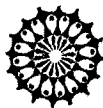
El desenlace corresponde al tono general de la obra: Esperanza se va con Miguel, el emigrante, porque así lo quiere el inválido que se la cede al hombre sano, su rival, porque él está enfermo y no puede hacerla feliz; señó Antonio y su hijo Rafael no resisten la tentación de ir a los toros al sentir la música, el bullicio y la alegría que pasa por la calle

camino de la plaza, y Juan muere solo evocando, una vez más, la tragedia de Santiago de Cuba.

El tipo de mamá Dolorcita, que llora al lado del hijo enfermo desde el principio hasta el final, es tan amañado y convencional como los otros.

La tendencia de *Los semidioses*—Oliver se encarga de advertirlo—no se endereza contra el torero, al que no cree culpable de la idolatría y exaltación popular de que es objeto, sino contra la afición taurina exagerada, contra el ambiente que glorifica a los lidiadores como a héroes nacionales.

En resumidas cuentas, aunque el intento sea loable porque se ataca de frente un mal nacional, fuertemente arraigado en las costumbres españolas, consideramos la obra, desde el punto de vista de la estética y el arte dramáticos, un bodrio tragicómico, de la fantasía de D. Federico Oliver, propagandista contra la tauromaquia.



---

# Peral

**S**i el Estado tuviese conciencia diríamos que ha sentido remordimientos al conceder una modesta pensión—5.000 pesetas— a la viuda de D. Isaac Peral. La guerra europea ha dado poderoso relieve a la figura del infortunado marino español, pues los hechos están demostrando la eficacia y el poder ofensivo de los submarinos.

Peral sale del olvido a que le condenaron la rutina, la intriga y la envidia, trinidad castizamente española que suele oponerse en nuestra patria a la realización de toda obra grande y de toda empresa útil y renovadora.

Ahora que las naciones beligerantes disponen de escuadrillas de submarinos que atacan y destruyen formidables acorazados, nos acordamos de que Peral existió y de que la mujer que fué su compañera vive pobre y necesitada. En un póstumo homenaje,

que es una acusación contra los culpables de que España no tenga submarinos, se reivindica la memoria del ilustre electricista, que, al verse enfermo y olvidado, víctima de ruines envidias, debió sentir, honda y profundamente, estremeciendo todo su ser, una fuerte impresión de tristeza y asco.

Peral no fué comprendido; por ello no encontró el apoyo que necesitaba para la perfección de su invento. Los afanes y desvelos del esclarecido varón que vivía consagrado al estudio de la navegación submarina—que en su tiempo era un problema sin resolver,—fracasaron por la oposición de gentes beocias, incapaces de columbrar el porvenir entre las harturas del presente. En el extranjero ofrecieronle dinero para el desarrollo de su pensamiento y él, alma grande agraviada por una turba de pigmeos, lo rechazó en un gallardo rasgo de perfecto español.

Peral fué un día el hombre más popular de España; su nombre pasó las fronteras; las muchedumbres le aclamaban con frenético entusiasmo; la prensa dedicábale artículos ditirámicos; en las Cortes pronunciábanse discursos en su honor y se votaban mensajes de felicitación; la Reina y el Gobierno enviábanle parabienes. Quizás fuese algo prematuro y exagerado—la voluble impresionabilidad de la raza—aquel movimiento de exaltación. Concediéronsele honores y cruces; se le llamó sabio... Primero gustó todas las halagadoras satisfacciones del triunfo para después, bien pronto por cierto, experimentar todos los sinsabores, todas las amarguras, todos los desengaños de la derrota. Luego vino el olvido, la indiferencia, el silencio. Peral gozó de una efímera popularidad. Vióse mezquinamente combatido; es-



catimáronsele méritos; se le injurió villanamente; sintió el agudo dolor de que le llamaran iluso cuando llevaba en el cerebro un invento prodigioso. Atravesó sereno el calvario y fué crucificado en la Cruz del Mérito Naval que le concedieron en vista del éxito de las pruebas practicadas en Cádiz, en 1889 y 1890, por el submarino de su invención.

La Junta técnica que presenció los ensayos consignó, en su informe, el resultado satisfactorio de las experiencias realizadas en mar libre. Más tarde se emitieron dictámenes oficiales contrarios a la continuación de los experimentos, y Peral tuvo, entonces, que pedir el retiro—era teniente de navío—dedicándose a trabajos particulares de electricidad.

---

En 1891 publicó Peral un manifiesto, del cual son estas nobles palabras:

«Resuelto, desde el año de 1885, a llevar adelante la empresa de hacer práctica la navegación submarina en sus aplicaciones militares, por creerla entonces, como sigo creyéndola hoy, de resultados altamente beneficiosos para la seguridad e integridad de nuestra España, ofrecí al Gobierno mis ideas sobre el asunto, sin que me guiase otro móvil, ni haya abrigado nunca otra ambición, que la de contribuir al engrandecimiento de mi patria y conquistar su honroso afecto. Acogido en un principio mi pensamiento con verdadero entusiasmo por el que entonces era Ministro de Marina, vice-almirante Pezuela, hubiera encontrado, a no dudarlo, en ese dignísimo y respetable general, todo el apoyo que el caso requería; pero su breve permanencia en

el poder me privó pronto de su decidida protección e inteligente ayuda. Apoyado después con eficacia discutible por los generales que desde entonces se han sucedido en el Ministerio de Marina, no sin sostener laboriosas luchas burocráticas, y aún apelando a altísimas influencias, en vista que se pasaban años enteros sin adelantar paso, y perdíamos el tiempo en hacer, con míseros recursos, pruebas parciales innecesarias, he llegado, después de una accidentada historia de cinco años, a encontrarme *privado del apoyo* que necesitaba para proseguir mi vida, precisamente en los momentos en que la nación iba a recoger el fruto de mis faenas y de sus dispendios.»

Esto lo escribía Peral en 1891, y en 1915—24 años después—en el nuevo proyecto de bases navales presentado a las Cortes, figura la construcción de submarinos. El tiempo ha dado la razón al ilustre marino que puede decirse que fué mártir de su idea.

---

Hay en la historia de Peral una página interesantísima para honra de quien es gloria de las letras y la ciencia. Aludimos al folleto publicado por el eminente Echegaray con el título *Examen de varios submarinos comparados con el de Peral*.

Copiemos algunos párrafos:

«Lo que antes se llamaba la *cuestión Peral* ha quedado resuelta y nadie se interesa, ni por el inventor, ni por el submarino: al menos por estas tierras. El drama alcanzó su máxima emoción estética: se emocionó el público, tomó parte en la obra,

aplaudió con frenesí y luego la indiferencia, y el silencio y el olvido. A buscar otros dramas y otras emociones. Pero yo no soy de los adoradores del *dios Exito*: creo lo que creo; pienso lo que pienso, y respetando lo que otros piensen o crean, y aun estudiando lo que en ajenos pensamientos pueda haber de aceptable, a los míos propios me atengo al fin. Para mi, pues, tanto talento, tanto mérito como he creído que tenía el señor Peral hace unos meses, sigo creyendo que tiene hoy, abriantando méritos y talento la desgracia inmerecida. Las nobles ideas de un noble cerebro no dependen ni de la gritería de los alborotadores, ni de los chistes estúpidos de los imbéciles o de los envidiosos, ni del olvido o del silencio de los indiferentes: son los que son y como encarnen en algo será lo que hayan de ser ante la historia de las invenciones. Y vengamos al fin. Como *teoría*, el submarino Peral me parece lo más perfecto que se ha inventada, y pongo este dilema, porque ni soy infalible ni conozco todo lo inventado en esta materia. Como *resultado práctico*, me parece que la célebre prueba en mar libre, a 10 metros de profundidad, con rumbo constante y durante una hora, es un resultado importantísimo y del cual debiéramos estar orgullosos todos los españoles; no lo estamos, pues será que somos grandemente modestos: *Dios nos lo premie*. En este punto estoy conforme con la Junta o Comisión técnica. Pero se ha dicho por personas muy respetables: ese resultado, tan satisfactorio en la apariencia, no es otra cosa que la concordancia feliz de un conjunto de casualidades. Difiero totalmente de esta opinión: me parece imposible ese concierto de casualidades, matemática-

mente imposibles; todo es, en último análisis, algo así como un problema de cálculo de probabilidades... Es así que la distancia entre el punto de inmersión y el de flotación corresponde al total camino recorrido por el submarino, según su velocidad propia, luego el buque del señor Peral marchó en línea recta (próximamente) desde el principio al fin, y siempre *con el rumbo que se le había impuesto*. Es decir, que no basta con una casualidad y con una casualidad en una hora: es preciso que en cada metro y en cada segundo, se repita la casualidad favorable... El sentido del cálculo es rigurosamente exacto y prueba que es absurdo, de todo punto absurdo, atribuir a la casualidad el éxito de la experiencia en lo relativo a la conservación del rumbo. Y no más; el Sr. Peral ha hecho algo útil para la ciencia; la historia de la ciencia española le hará justicia; todos, inventor, jueces y público, tendrán que comparecer ante ella. Entretanto, cumplo con un deber de conciencia y de lealtad saludando con profunda simpatía al insigne inventor. Que otros silben, si siente apetito; yo le aplaudo y le felicito por sus trabajos y por su invento.»

El fallo de la historia es terrible para los jueces. Echegaray, en su gloriosa ancianidad, debe sentirse satisfechísimo y orgulloso de haber acertado haciendo justicia a Peral.

---

# Austria Hungría y el Emperador Francisco José



LA mina estaba cargada, pronto a estallar formidablemente, conmoviendo al mundo la explosión. La chispa fué el asesinato del príncipe heredero de Austria en Sarajevo. La paz armada llevaba en sus entrañas la guerra monstruosa que sufre Europa. El decantado equilibrio europeo se rompió trágicamente por un fútil pretexto. La muerte a tiros de un príncipe desató la furia espantosa de la guerra, cuyos horrores alumbran, siniestramente, las llamas de los incendios de ciudades destruídas y monumentos de arte en ruinas. El cañón manda y realiza su obra maldita de exterminio. La juventud de las naciones beligerantes se sacrifica heroicamente en los campos de batalla. Momento apocalíptico este de la historia: después de tantos progresos la civilización hace un alto brusco y se contempla tristemente la quiebra de las

más preciadas conquistas de la cultura y el derecho. El furor de la contienda devora insaciable millones de hombres. No hay cementerios para tantos muertos; faltan hospitales para tantos heridos. La fuerza domina, el instinto bélico puede más que las ideas pacifistas. Las violencias y crueldades bárbaras de la guerra pisotean y escarnecen los ideales de paz y fraternidad que parecen al presente, a juzgar por los hechos, la utopía noble, el sueño generoso de habitantes de otro planeta.

El imperialismo dispone de armamentos y con sus máquinas de guerra y sus enormes masas disciplinadas, ha acallado las voces del socialismo que se había hecho la cándida ilusión de que tenía poder para evitar la conflagración con sus propagandas al son del himno de la Internacional.

Causa de la tragedia fué el crimen de Sarajevo. ¿Qué suerte espera a Austria, verdadero mosaico de razas, al final de la lucha? A costa del imperio de Francisco José abrigan designios de expansión territorial naciones limítrofes, que acechan tras las fronteras. El Zar de Rusia ha prometido la reconstitución de la mutilada nacionalidad polaca; Serbia quiere estirarse hasta el Adriático; Rumanía tiene puestos sus ojos en la Transilvania y en Italia se recrudece el viejo problema del irredentismo. El odio a Austria, la usurpadora, es tradicional en tierra italiana y el pueblo clama ahora por la posesión de Trieste y Trento. Por lo pronto Italia, neutral, se prepara, moviliza su ejército y toma posiciones apoderándose de Valona. ¿Se decidirá a intervenir?

En Hungría se exterioriza la protesta contra los planes del Estado Mayor alemán que deja indefensa

la patria de los magiars ante el peligro de la invasión rusa, y ya ha hablado la prensa de la posibilidad de que el Gobierno húngaro pida la paz independientemente de Austria. Hungría es rebelde y en épocas de hondas crisis ha sabido afirmar, con altivez, su personalidad independiente.

Son tan diversas y encontradas las hipótesis y conjeturas que se hacen al comentar el curso de la guerra, que en vez de simplificar complica y enmaraña más el conflicto para los que, como nosotros, somos legos en materia de política internacional.

¿Será Austria-Hungría una de las víctimas cuando llegue la hora del reparto? ¿Se desmembrará el viejo imperio de los Habsburgos, tan vario y contradictorio en su composición étnica? A los que no sentimos vocación de profetas no nos es dado contestar.

Los que dicen que Alemania lucha sola contra las naciones aliadas, desconocen la importancia y el poder militar de Austria-Hungría.

Austria-Hungría es la segunda nación de Europa en extensión y la tercera en población; es potencia de primer orden. Rusia tiene más territorio y más habitantes y Alemania más población. En los países austro-húngaros se hablan numerosos idiomas: alemán, bohemio, moravo, polaco, rutenio, sloveno, serbio, croata, italiano, rumano, húngaro, armenio etc.

La unidad nacional puede decirse que es ficticia, está artificialmente zurcida, porque no es posible una sólida compenetración de pueblos de razas e idiomas tan diversos. La fuerza, y en parte también la habilidad política de Francisco José, sostiene sin disgregarse el heterogéneo imperio.

¿Se romperá, al fin, la federación del imperio austriaco y el reino húngaro?

---

Para terminar, tracemos ahora un rápido esbozo de la figura del patriarca de los soberanos de Europa, de historia accidentada y trágica.

Francisco José nace en 1830; cuenta, pues, 85 años de edad. A los 18, en 1848, comienza su largo reinado. Hungría no le reconoce y se constituye en República en 1849. Las tropas del joven Emperador vencen a Hungría y la someten. En la campaña de Italia también había triunfado. Pero todos no habían de ser triunfos. En 1859 las tropas austriacas penetran en el Piamonte y son derrotadas, abandonando la Lombardia. En Solferino es vencido por los ejércitos de Victor Manuel y Napoleón III, Francisco José asiste, personalmente, al frente de sus tropas, a la derrota. En 1860 quiere contrarrestar inútilmente la política unitaria y el espíritu revolucionario de Italia. Prusia vence en Sadowa en 1866.

Además de las guerras en el exterior, Francisco José ha tenido que atender a las insurrecciones interiores. En la guerra franco-prusiana se mantuvo neutral, aliándose luego con las naciones que habían sido sus enemigas.

Su largo reinado es eminentemente trágico. Ha sufrido todos los dolores humanos.

En 1850 un húngaro atenta contra su vida hirién­dole en el cuello; en 1867, su hermano Maximiliano es fusilado en Méjico—Maximiliano estuvo en Las Palmas en 1864 de paso para dicha república;— en 1889 muere misteriosamente su único hijo varón,



el príncipe Rodolfo, y en torno de su cadáver ensangrentado se forjan leyendas; en 1898 su esposa, la infortunada Emperatriz Isabel, es vilmente asesinada en Ginebra por un malvado. La desdichada Emperatriz Carlota aun vaga loca, como una doliente sombra del drama de Querétaro. Ultimamente, el crimen de Sarajevo...

La vida de Francisco José es una tragedia en acción. Su corazón ha padecido todas las desventuras; sus ojos, acaso cansados de llorar, han visto correr rios de sangre. Al principio de su reinado fué absolutista y más tarde entró por el camino del constitucionalismo. Ha engrandecido y pacificado a su patria. La historia moderna le reconoce tacto y acierto para resolver graves problemas interiores planteados en distintas épocas.

Tiene la fatalidad de que le persigan sombras de muerte.



---

# Sola



EN medio de la gran tormenta europea, España permanece sola en este pavoroso momento de la historia en que, forzosamente, como consecuencia de la guerra, ha de ser modificado el mapa.

Continúa en nuestra patria la funesta política del aislamiento, sin que nos sirva de lección las enseñanzas de la experiencia. Débil y sola, ¿qué porvenir reserva la suerte a España? Este es el enigma inquietante que nos sobresalta, por lo cual consideramos suicida permanecer con los brazos cruzados ante el peligro. ¿Será el sino de España estar desamparada cuando el estruendo de la catástrofe aconseja buscar apoyo por instinto de conservación?

No ha querido España intervenir en el conflicto, declarándose neutral. Ampliamente se ha discutido la conveniencia de la intervención, sostenida

por algunos políticos directores de partidos, y las ventajas de la neutralidad, proclamadas por el Gobierno con el asentimiento de la opinión nacional.

Un perspicaz político conservador ha declarado que le asusta más la paz que la guerra. Aludimos a Cambó. Otro político radical, Lerroux, sigue afirmando la necesidad de intervenir a favor de las naciones aliadas. Al conde de Romanones se le atribuyen también propósitos belicosos, en tanto que el Gobierno persiste en su actitud, creyendo interpretar los sentimientos y defender los intereses del país. Los republicanos, excepción hecha del jefe de los radicales, son partidarios decididos de la neutralidad, y así lo han manifestado reiteradas veces. Maura guarda reserva, permanece callado, mudo sin señalar el camino que, a su juicio, conviene seguir. El silencio del ex-presidente del Consejo que ha tenido la responsabilidad del poder y conoce los tratados y compromisos del Gobierno, lo creen algunos bastante significativo. Al buen callar llaman Sancho y el que nada predice no corre el riesgo de equivocarse.

Y mientras francófilos, anglófilos y germanófilos disputan y exteriorizan sus simpatías unos por la democracia antimilitarista y otros por el imperialismo conquistador, lo cierto es que falta una verdadera orientación.

Azorín, que por natural inclinación de su espíritu observador gusta de enlazar o buscar el nexo de los hechos del pasado con las posibles y lógicas contingencias de lo porvenir, recuerda, en reciente artículo, que en 1870, al declararse la guerra franco-prusiana, Prim tenía simpatías por la causa ale-

mana y el Ministro de Estado de aquel Gobierno, presidido por el insigne general, D. Manuel Silvela, mostróse decidido a intervenir, por entender que así convenía a los futuros destinos de España. Primero se atrevió a intervenir y D. Manuel Silvela sufrió una de las mayores y más amargas contrariedades de su vida, por creer que España desaprovechaba la ocasión de incorporarse a la vida de Europa.

En 1870, como ahora, España se mantuvo neutral, aislada, fuera de la órbita de las grandes potencias.

Aislados y solos nos sorprendió la guerra con los Estados Unidos. En aquellos días de angustia, en los cuales, al liquidar todo un pasado de torpezas y vergüenzas, perdimos el resto del inmenso imperio colonial, ninguna nación estuvo a nuestro lado. En trance tan desesperado tragamos toda la hiel de la humillación y apuramos todo el dolor de la derrota, ¡solos! Era que recogíamos, entre los escombros del desastre, el fruto de nuestro aislamiento. Nosotros no habíamos buscado el apoyo de nadie, y, al caer, nadie acudió a auxiliarnos. Fría e implacablemente se nos despojó de lo que era nuestro patrimonio histórico, aunque tan mal lo habíamos administrado; los horizontes de la patria infortunada se nublaron y el sol se puso definitivamente en los dominios españoles.

Años más tarde, al plantearse el problema marroquí ante las potencias europeas, España entró en inteligencia con Francia e Inglaterra y de nuevo salió a relucir el testamento de Isabel la Católica y se puso en circulación la gastada frase de que

nuestro porvenir está en Africa. Por el contrario, son muchos los que creen que nuestro porvenir está en la reconstitución interior de España, pues de los beneficios que podamos sacar de la aventura de Marruecos aún no se ha podido convencer la nación a la que se imponen enormes sacrificios, acaso superiores a sus fuerzas.

Pero volvamos al tema de este artículo. La situación de España es crítica a pesar de la neutralidad. El trastorno que en el orden económico sufre el mundo, puede originar en nuestra nación graves conflictos si la guerra se prolonga mucho tiempo más. Al disminuir considerablemente la importación y exportación, el tráfico decrece, la agricultura, el comercio, la industria y la navegación se paralizan, el malestar se extiende y son de tal magnitud los perjuicios que la ruina nos amenaza por todas partes. Las islas Canarias son vivo ejemplo de lo que decimos.

Y lo peor del caso es que, mientras las naciones neutrales establecen pactos y se agrupan y conciertan para defenderse, España permanece sola, aislada hogaño como antaño, sin entrar en convenios con otros países no beligerantes.

La situación es alarmante, porque España ni interviene en la guerra ni se prepara para la paz.

---

## “Meditaciones del Quijote”

**H**ACE ya algunos años, no muchos por cierto, que venimos leyendo en la prensa de Madrid artículos, sobre diversas materias, firmados por José Ortega y Gasset. Leíamos todos los trabajos del notable publicista con avidez. No era un escritor más, sino un pensador sincero, con ideas nuevas y modernas orientaciones, enemigo de todo lo podrido de la vieja España estancada, amante fervoroso de hacer una patria fuerte, sana y culta capacitada para las luchas de nuestro tiempo.

Ortega y Gasset se impuso, de pronto, a nuestra admiración. He ahí—digimos—un cerebro y un corazón, una voluntad y un pensamiento que odia la farándula, donde quiera que se represente, y ama profundamente la verdad. La verdad en arte, en literatura, en filosofía, en la vida social y en la acción política.

Cada vez que saboreábamos un nuevo estudio del joven escritor nos sentíamos más cerca de su espíritu, más en contacto con su pensar y sentir, admirando su elevación de miras y la honradez de sus propósitos de renovación del país.

Hemos leído *Meditaciones del Quijote* y sentimos la necesidad de decir algo acerca de este libro, sereno y hondo, que nos invita a la comprensión y al amor universal. Amar y comprender lo grande y lo pequeño. «Para quien lo pequeño no es nada, —dice Ortega y Gasset— no es grande lo grande.»

Tiene una preocupación constante que se advierte, que late a través de toda la obra y que el mismo autor la confiesa: la preocupación de hacer una nueva España.

En *Meditaciones del Quijote* se entretrejen sutilmente las ideas del filósofo, las observaciones del pensador psicólogo, que sabe penetrar en las almas, y las visiones del artista que siente y expresa la belleza. Es un libro sincero, en el cual se nos dice la verdad acerca de España, la verdad sin velos ni mixtificaciones, la verdad ruda y triste como triste y ruda es la vida española sin orientación ni ideal, incoherente, estéril y suicida.

Con espíritu sagaz procede Ortega y Gasset a la revisión de valores en circulación: valores morales, políticos, literarios, históricos, removiendo la ideología corriente y al uso. De la Restauración formula un juicio severo, y dice que *fué un panorama de fantasma, y Cánovas el gran empresario de la fantasmagoría. En Echegaray retoña Calderón... Nuñez de Arce pareció un poeta.*

Habla de la crítica de Menendez Pelayo y Vale-

ra, y escribe que de buena fé aplaudían la mediocridad por «falta de perspectiva». «Lo grande no se sentía como grande; lo puro no sobrecogía los corazones; la calidad de perfección y excelsitud era invisible para aquellos hombres, como un rayó ultravioleta».

Este es el cuadro que pinta de la Restauración.

Se ocupa de la *cultura mediterránea* y manifiesta que en los libros de Menendez Pelayo «se habla con frecuencia de las *nieblas germánicas* y de la *claridad latina*».

No hay tales «nieblas germánicas», —exclama— ni mucho menos tal «claridad latina». Hay solo dos palabras que, si significan algo concreto, significan un interesado error...

Y agrega: «Existe, efectivamente, una diferencia esencial entre la cultura germánica y la latina; aquélla es la cultura de las realidades profundas, y ésta la cultura de las superficies. En rigor, pues, dos dimensiones distintas de la cultura europea integral. Pero no existe entre ambas una diferencia de claridad.»

El ser admirador de la cultura germánica no le impide declararse, en otros escritos suyos, partidario decidido de las naciones aliadas en la presente guerra. Convence, pues, la sinceridad de Ortega y Gasset, que separa honradamente la idea-espíritu de la fuerza materia.

Veamos ahora lo que Ortega y Gasset denomina la «cultura mediterránea».

«Hasta hace cincuenta años solía hablarse indistintamente de Grecia y Roma como de los dos pueblos clásicos. De entonces acá, la filología ha ca-



minado mucho: ha aprendido a separar delicadamente lo puro y esencial, de las imitaciones y mezclas bárbaras.

Cada día que pasa, afirma Grecia más enérgicamente su posición hors ligne en la historia del mundo. Este privilegio se apoya en títulos perfectamente concretos y definidos: Grecia ha inventado los temas sustanciales de la cultura europea y la cultura europea es el protagonista de la historia, mientras no exista otra superior.

Y cada nuevo avance en las investigaciones históricas separa más de Grecia el mundo oriental, rebajando el influjo directo que sobre los helenos parecía haber ejercido. Del otro lado, va haciéndose patente la incapacidad del pueblo romano para inventar temas clásicos; no ha colaborado con Grecia; en rigor, no llegó nunca a comprenderla. La cultura de Roma es, en los órdenes superiores, totalmente refleja—un Japón occidental. Solo le quedaba el derecho, la musa ideadora de instituciones, y ahora resulta que también el derecho lo había aprendido de Grecia.

Una vez rota la cadena de tópicos que mantenía a Roma anclada en el Pireo, las olas del mar Jónico, de inquietud tan afamada, lo han ido removiendo hasta soltarla en el Mediterráneo, como quien arroja de casa un intruso.

Y ahora vemos que Roma no es más que un pueblo mediterráneo.

Con esto ganamos un nuevo concepto que sustituye al confuso e hipócrita de la cultura latina; hay no una cultura latina; sino una cultura mediterránea. »

Discurre sobre las cosas y su sentido y habla de «dos castas de hombres: los meditadores y los sensuales. Para éstos es el mundo una reverberante superficie; su reino es el haz esplendoroso del universo—*facies totius mundi*, que Spinoza decía. Aquellos, por el contrario, viven la dimensión de profundidad.»

Es una obra de filosofía, de estética y de crítica. Diserta sobre los géneros literarios y al abordar el tan discutido tema del fondo y de la forma, sostiene que son inseparables. Cita la frase de Flaubert: «la forma sale del fondo como el calor del fuego» y añade: «La metáfora es exacta. Más exacto sería decir que la forma es el órgano y el fondo la función que lo va creando.»

El criterio que expone acerca de la novela, la tragedia y la comedia y sobre el pasado épico y la realidad actual, revelan una admirable agudeza de pensamiento.

Verdadero caudal de ideas personales, observaciones profundas y juicios certeros, hay en el libro de Ortega y Gasset, escrito con una sencillez, una claridad, un método y una lógica que realzan la ilustre personalidad de quien ha concebido *Meditaciones del Quijote*.

El estilo sobrio, jugoso, sin requilorios retóricos de Ortega y Gasset, se ajusta siempre al pensamiento que desea expresar.

---

## “El lino de los sueños”



ABLANDO de los nuevos poetas españoles ha dicho Ruben Darío, el excelso mago de la Poesía:

«Concluyó el hacer versos de determinada manera, a lo Fray Luis de León, o a lo Zorrilla, o a lo Campoamor, o a lo Nuñez de Arce, o a lo Becquer. El individualismo, la libre manifestación de las ideas, el vuelo poético sin trabas, se impusieron. Y eso trajo una floración nueva y desconocida. Y el nivel de los espíritus subió.»

He pensado en estas palabras después de leer *El lino de los sueños*, de Rafael Romero (*Alonso Quesada*.)

En efecto, nuestro poeta representa en la lírica española *el individualismo, la libre manifestación de las ideas, el vuelo poético sin trabas...* No se parece a nadie, es personalísimo, tiene su *manera* original de hacer versos. No versifica sobre temas hechos, de

guardarropia poética, como si digéramos, buscando consonantes para que suenen bien al oído del lector. Para diferenciarse más huye del artificio de la rima, de la consonancia que suele dar sonoridad exterior a los versos aunque no lleven nada dentro. Como se siente con alas vuela libremente.

No hay en la poesía de Alonso Quesada relampagueos de imágenes, brillo de superficie, sino hondura y misterio de fondo, sutileza de pensamiento, libertad de expresión.

Existe una clase de poesía de pompa lírica, de hinchazón retórica, de estrofas redondeadas, muy grata al oído del vulgo y que es preciso leer en voz alta, como los discursos de ciertos oradores, para escuchar mejor la música vacua de los versos. Son muchos los que escriben versos a la manera de Zorrilla, sin ser Zorrilla, naturalmente.

Los versos de Alonso Quesada, por el contrario, nos dan la impresión de que hay que leerlos en voz baja, despacio, pausadamente para que penetre en el corazón toda la sutil poesía que encierran. No busquéis en ellos la *sonoridad exterior*, la caja de música de la fantasía desbocada de Salvador Rueda, por ejemplo, sino el ritmo interior, la idea, el sentimiento, la observación fina, la amarga ironía, la honda emoción y a veces el humorismo que brota, como el aroma de la flor, del propio dolor del poeta.

La poesía de Rafael Romero no es palabrera, gárrula, de vaivenes rítmicos e imágenes brillantes de similar; no tiene *color* sino calor de espíritu, ternura del corazón y por ello es intensamente expresiva. Hasta los versos a la mujer amada tienen en

este poeta un acento distinto al de otros vates, una voz confidencial, un tono íntimo y secreto.

El poeta es joven, empieza a vivir y está triste.

*Caballero profeso de la Noche...!* como él mismo canta. El dolor, maestro eterno de la vida, fuente perenne de poesía, ha torturado su corazón, *tan niño*, según su propia exclamación.

El torcedor de la existencia de Alonso Quesada es tener que ganar el pan cotidiano haciendo números y cálculos en una casa de banca inglesa.

*Yo gano el pan de una infeliz manera  
porque yo no nací para estas cosas*

dice en *La oración de todos los días*. Temperamento nervioso, delicado y sensible, se exalta cuando ve sus ilusiones marchitarse tempranamente, apenas empiezan a florecer en el alma, entre libros mercantiles que cierran los horizontes a los anhelos del poeta.

Sin embargo, los ingleses de la colonia y los compañeros de oficina, le han ofrecido temas para verter, sobre la prosáica realidad, la vibración emotiva o la sutil ironía de hermosas composiciones.

¡Cuan bella y sentida la poesía que dedica a la memoria del infortunado Manuel Macías Casanova, el taciturno, como le llama Unamuno! Con emoción hemos leído el *Coloquio en las sombras*, recordando que les vimos juntos, el poeta y Macías, aquella misma noche trágica, de dolor y espanto, en que murió en la calle, víctima de una descarga eléctrica.

Alonso Quesada pone en boca de Macías Casa-

nova, su fraternal hermano de espíritu, estos hermosos versos:

*¿No alcanzáis la razón de mi partida  
y os doléis del destino y de mi suerte?  
¿No sabéis que el silencio de mi vida  
me hizo merecedor al de la muerte?*

Y así, callada y silenciosamente, dejó la vida Macías Casanova y entró en el misterio de las eternas sombras. Estremece la evocación del poeta, porque vemos y sentimos al pobre muerto silencioso, taciturno con la cabeza poblada de nobles sueños que no pudo realizar.



---

## Traidores y espías

**E**N todos los tiempos, antiguos y modernos, han habido traidores y espías. Sombras péfidas proyéctanse sobre las páginas de la historia de todas las naciones.

El traidor es un ser perverso y repulsivo que cobra el precio de su traición a la patria. Friamente calcula el daño y lo realiza con cauteloso disimulo, procurando no ser descubierto. ¡Qué negra conciencia la del traidor que, en momentos de peligro para su país, se entrega, se vende al enemigo! La clave de grandes victorias y de desastrosas derrotas ha sido, en muchas ocasiones, la traición de un malvado.

Han existido grandes y pequeñas figuras de traidores. En la historia viven su oprobio eterno los traidores reales y en la literatura muévense los traidores imaginarios, creados por la fantasía de poetas

y escritores insignes. El genio de Shakespeare esculpió la figura de Yago, como un símbolo de la traición y la perfidia humana.

Los pequeños traidores también abundan. Lo mismo que hay traidores gigantes por la grandeza de su maldad, existen traidores enanos que, dentro de su ruin condición, solo pueden realizar acciones insignificantes.

En cierto género de literatura dramática, que antaño estuvo en boga, llegó a abusarse del traidor. En el melodrama era indispensable el papel avieso del traidor.

Han existido los traidores trágicos y los traidores cómicos. Omitiremos nombres y hazañas de traidores de siglos pasados y de épocas modernas para no extendernos demasiado.

En las guerras descúbreanse traidores de todas categorías, desde generales a soldados, pasando por los demás grados de la milicia. En las revoluciones políticas no faltan tampoco los traidores de diversas cataduras, que delatan al enemigo planes ocultos para hacerlos fracasar. Muchos traidores han pagado su culpa con la propia vida. Para la expiación de semejante delito la vida, con ser todo, parece poca cosa. La historia marca la frente de los traidores con imborrable estigma.

---

En la clase de espías los hay con el doble carácter de espías y traidores, los que faltan alevemente, criminalmente a la fé jurada a la patria y por dinero—eternos Judas—o por otro bajo estímulo de odio o venganza, se entregan al enemigo. Es-



tos son los más abominables, los más despreciables. Los otros, los espías *puros*, sin mezcla de sangre de traidores, sirven eficazmente a su nación.

El tipo moral del espía, sobre todo en la paz, es profundamente antipático. Abusa de la confianza y de la hospitalidad; para cumplir su cometido engaña a la mujer que finge amar y traiciona al amigo que le ofrece noblemente albergue en su casa.

Para el espía el fin justifica los medios, y no hay que decir que todos los considera lícitos y honorables, aunque sean innobles y deshonorosos. Es cierto que se expone a perder la cabeza en su aventura. Se registran casos de espionaje sorprendentes por la temeridad, el valor y la audacia desplegados en el hábil empleo de elementos y en la fértil invención de tretas y recursos de todo género.

El espía, si es preciso, se disfraza en el *teatro de la guerra* y vese forzado a ser un diestro transformista que utiliza todos los trajes y vestiduras que juzgue necesarios. Han existido y existen espías de ambos sexos. Las mujeres suelen vestirse de hombre y los hombres de mujer y al ser descubiertos han ocurrido curiosas sorpresas.

En nuestros días concédese tanta importancia al servicio de espionaje que las naciones militaristas lo organizan cuidadosamente y, como es natural, con el mayor sigilo. El cuerpo de espías se estima como un poderoso auxiliar del Estado Mayor, hasta el punto de que está disciplinado militarmente y sus movimientos responden a un plan estudiado, lo mismo en época de paz que en tiempo de guerra. En estas como en otras organizaciones relacionadas con

empresas bélicas, Alemania, la potencia militar más formidable que se ha conocido, es maestra.

Antes de estallar la conflagración europea con frecuencia se hablaba de actos de espionaje. Durante el curso de la guerra casi a diario refiérense misteriosas hazañas de espías. Tampoco han faltado ¿cómo iban a faltar? los traidores.

Se conocen hechos de espías célebres que parece que tenían el don maravilloso de la ubiquidad, porque se hallaban presentes en todas partes. Sobre las aventuras de algunos espías famosos se han escrito libros interesantes. Los mismos espías han narrado sus andanzas.

No falta en la galería de espías los que se han sacrificado heroicamente por su patria, llevándose al sepulcro los secretos que poseían.

En presencia de actos de espionaje unas veces nos sentimos propensos a la admiración y al elogio —según sea la calidad moral del espía y la índole y naturaleza del hecho consumado— y otras veces nos domina un espontáneo sentimiento de desprecio y repugnancia.



---

## El tenor Caruso



A llegada de Caruso, que se había anunciado horas antes, sorprendió a mucha gente. Su breve visita rompió la monotonía tediosa de una noche de verano soñolienta. El centro de la ciudad animóse como por arte de magia al paso rápido del cantante. En pocos momentos congregóse numeroso público para verle.

Por la tarde circuló con insistencia la noticia; asegurábase que en el trasatlántico *Infanta Isabel*, que se esperaba a las ocho de la noche, procedente de Buenos Aires, hacía viaje Caruso de regreso a Europa, después de haber conquistado aplausos y dinero, es decir, gloria y provecho en la Argentina.

¿Tendríamos la suerte de oír al famoso tenor? ¿Cantaría? ¿No cantarí?

—Es preciso ir a bordo tan pronto el vapor fondee, invitarle a visitar la población, obsequiarle

espléndidamente y luego rogarle que cante. Así opinaban muchos; pero la iniciativa no la tomaba nadie. Hablábase también de la inevitable comisión que se encargara de saludarle; solo faltaba que alguien se decidiera á ir al Puerto o recibir al ilustre viajero.

Ocorre aquí que se dice:—Hay que hacer tal cosa, es necesario obtener esto, aquello o de más allá; pero todos esperan sentados —reservándose el derecho a la censura, naturalmente—a que le presenten lo que desean ver, oír, gustar o... tocar.

También se decía:—En otros tiempos había en Las Palmas hombres resueltos y entusiastas—y se citaban nombres—que atendían y obsequiaban generosamente a los artistas que de paso nos visitaban, los cuales, agradecidos, correspondían accediendo galantemente a cantar. Aquí cantaron Massini, Stagno, Tamagno y otras celebridades del arte lírico; pero hoy no hay quien sea capaz de comprometer a... Caruso.

De esta manera expresábanse algunos sin moverse de su asiento, pretendiendo, claro está, que otros más activos y decididos obtuvieran de Caruso la merced de dejarnos oír su voz.

Mientras se discutía el asunto, perdiendo lastimosamente el tiempo, llegó el *Infanta Isabel*. Del Puerto telefonearon que Caruso había desembarcado y que se dirigía en automóvil a Las Palmas. Comenzó a reunirse gente en el *Gabinete Literario* y en los alrededores de la plaza de Cairasco y la Alameda de Colón. Por instantes crecía el movimiento y la animación. ¡Que dicha nos deparaba la suerte: ver y tal vez oír a Caruso! La expectación era gran-

de, extraordinaria la curiosidad. Hombres y mujeres acudían al Casino a «coger puesto», ansiosos de oír al más célebre tenor de la actualidad, al rey de la escena lírica, que cobra miles de duros por cada audición.

¿Cantaría? ¿No cantarí­a? Las dudas eran inquietantes.

---

Llega el automóvil y se para frente al edificio del *Gabinete Literario*; la concurrencia, que esperaba impaciente, rodea el carruaje, suena una salva de aplausos.

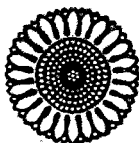
Caruso se apea, saluda con el sombrero en la mano, da las buenas noches y penetra en el local de la sociedad. Permanece en pié breves momentos en el patio del *Gabinete*, rodeado de un grupo de admiradores de su fama, no quiere sentarse porque tiene prisa; pregunta por periódicos, se le invita con champagne «frapé», porque la noche es calurosa, no acepta, se excusa diciendo que le urge ir a la oficina de Telégrafos, primero, y luego, por la premura del tiempo—el buque solo se detiene pocas horas—á hacer compras... Sale a la calle, ocupa el automóvil, el público le aclama; en la central de Telégrafos redacta telegramas, vuelve a pasar rápidamente por el *Gabinete* sin detenerse, visita la tienda de un indio, retorna presuroso al Puerto, toma una falúa y se dirige a bordo del *Infanta Isabel*.

Esta ha sido la película del día, o mejor dicho, de la noche del 31 de Agosto de 1915, que bien pudiera titularse: *Es Caruso que pasa*.

Nuestro gozo en un pozo. El gran *divo* no se

encontraba en humor de cantar, y cuando, en su presencia, concebimos la esperanza de oírle, volvió la espalda, despidiéndose amablemente hasta más ver.

Deploramos que Caruso no cantara, pero ¿qué vamos a hacer? ¡Así lo quiso el destino! Resignémonos a oírle en el gramófono.



---

## El poeta y el pueblo

**G**ABRIEL D'Annunzio es hoy popularísimo en Italia, su patria. Las circunstancias, se ha dicho muchas veces, hacen los hombres. El altivo y orgulloso poeta ha sabido aprovechar los trágicos momentos presentes para acercarse al pueblo, ponerse en contacto con él, hablarle, exaltarle, convencerle. Por su temperamento aristocrático y por la naturaleza exquisita de su obra de novelista y de poeta, D'Annunzio ha vivido siempre alejado de las muchedumbres, sin que éstas le comprendieran ni él las amase.

Encerrado en su torre de marfil cultivaba vanidosamente un egotismo de artista que sobreponía á todo la exaltación de su labor intelectual. En el reclamo de sus libros se le consideró maestro. Pero todas sus pequeñas vanidades humanas se le podían permitir al divino poeta.

El arte de imágenes y símbolos, de psicología y observación, de estudio de caracteres, de amores eróticos y de pasiones trágicas y subyugadoras que se admira en las novelas y dramas del ilustre literato italiano, hábale conquistado nombradía legítima. D'Annunzio triunfaba en todas partes, en su país y en el extranjero, y la crítica universal consagraba su gran talento, su talento deslumbrador como una llamarada de sol, su sensibilidad maravillosa y su estilo de artífice incomparable.

¡Qué hondas sensaciones hemos experimentado en presencia de esos tipos sugestivos de mujeres, nervio y pasión, calor del espíritu y espasmo de la carne, creados por la imaginación del autor de *El Placer*, *El fuego*, *El triunfo de la muerte*, *El Inocente*!

La guerra europea le ha hecho descender de su torre de márfil para codearse con la multitud y convertirse en verbo y encarnación de las aspiraciones populares. Italiano apasionado de las glorias de su país y patriota que anhela el mayor engrandecimiento de su nación, lanzóse a la calle a clamar justas reivindicaciones históricas, enardeciendo con sus discursos los ánimos. Con la bandera del irredentismo en la mano y el pensamiento puesto en aquellos grandes hombres, sombras gloriosas del pasado, que realizaron el ideal de la unidad italiana, D'Annunzio cantaba la epopeya de Garibaldi, al mismo tiempo que pedía la intervención. Su cabeza coronada de laureles sentía la caricia del aura popular y el pueblo le aclamaba, con frenético entusiasmo, rugiendo su odio a Austria, la enemiga secular.

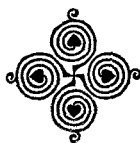
Hombre de su raza y de su tiempo—latino en



todo—con un gesto magnífico, lleno de emoción, señaló a su pueblo las aguas del Adriático, el mar italiano, en el cual se mira Venecia evocando su pasado esplendor, queriendo indicar a Italia la senda del futuro.

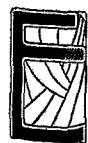
D'Annunzio con sus arengas patrióticas es actualmente el ídolo popular. El impulsó a Italia a la intervención caldeando los espíritus. Y para dar ejemplo solicitó plaza de voluntario a bordo del acorazado almirante de la escuadra italiana. El Rey Victor Manuel le ha felicitado, accediendo a la petición del gran poeta de que se enorgullece Italia.

Vate excelso, habrá tenido la visión de la futura grandeza de Italia vencedora?



---

## El vuelo de D'Annunzio



EN la guerra lo mismo que en la paz diríase que Gabriel D'Annunzio no pierde la *pose*. Por temperamento necesita llamar la atención y que de él se ocupen y hablen. A lo que no se resigna es al olvido, a que no se sepan los pasos que da. Famosos se han hecho los reclamos de sus libros. Antes de publicar una novela o estrenar un drama «gemían las prensas» anunciando, con estudiada anticipación, la nueva obra del gran poeta italiano.

Por su vida fastuosa, por sus ruidosos amores con una insigne artista, Eleonora Duse, hasta por sus deudas, D'Annunzio andaba siempre en lenguas de las gentes.

Al autor de *El Fuego* gústale, sin duda, que su nombre suene con cualquier motivo: por un éxito literario, por una aventura galante, por la denuncia

de un acreedor, en fin. Sus detractores le insultan y sus admiradores, que son muchos y selectos espíritus, le defienden disculpando sus vanidades literarias y donjuanescas en gracia a su talento de artista magnífico y a su labor de poeta, novelista y dramaturgo.

Antes de intervenir Italia en la guerra el ilustre literato actuó activamente de agitador popular, señalando a su patria, al evocar la página épica de los mil de Marsala acaudillados por Garibaldi, la conquista del porvenir.

D'Annunzio no quería que Italia fuese una nación de azul de Prusia para lunas de miel internacionales—según su propia frase—, sino un pueblo viril, consciente de su misión y de sus destinos, con aspiraciones, con ideales de grandeza. Tremoló la bandera del irredentismo pronunciando discursos que eran arengas guerreras. Las multitudes le aclamaban exteriorizando, en manifestaciones públicas, su odio a Austria, la enemiga histórica, la usurpadora de territorios.

Los deseos de D'Annunzio se cumplieron; Italia declaró la guerra al imperio austro-húngaro regido por la mano temblorosa de un anciano de 85 años, de historia trágica en su largo reinado. El emperador Francisco José, derrotado en Solferino, vuelve a luchar con Italia, unida a Francia, y ve como el ejército italiano avanza hacia Trieste. Italia combate hoy contra Austria por la reivindicación de tierras que le pertenecieron como ayer luchó por su unidad.

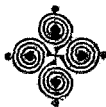
Al romperse las hostilidades, D'Annunzio, sentó plaza de voluntario, pues no era cosa de imitar al

capitán Araña embarcando a la gente y quedándose él en tierra. D'Annunzio no queda nunca en situación desairada. El poeta cambió la lira por la espada.

Ahora leemos en la prensa que un «despacho de Venecia participa que un aeroplano guiado por D'Annunzio, ha volado sobre Trieste, lanzando banderolas italianas y millares de mensajes en que se daba cuenta del avance del ejército hacia aquella población».

D'Annunzio, acostumbrado a volar en «alas de la fantasía», vuela ahora en uno de esos maravillosos pájaros mecánicos que cruzan el espacio, y expone su vida desafiando el peligro.

Es el último *gesto* del opulento lírico. ¿No os parece soberbio ese vuelo de águila sobre Trieste?



---

## El teatro policiaco

**N**os proponemos hoy fijar la atención en el teatro denominado policiaco, ya conocido de este público por haber actuado, recientemente, en el «Pérez Galdós», una compañía dedicada a esa especialidad dramática.

Desde el punto de vista del arte reputamos sencillamente abominable el tal género. Nuestras preferencias y gustos estéticos van por un camino completamente opuesto al de la comedia o el drama efectista, llámese o no policiaco. La obra que se escribe para ser representada debe ser algo más que aparato exterior, acción y movimiento de personajes sin calor humano. No puede admitirse que las figuras sean muñecos manejados, con más o menos habilidad técnica, al capricho del autor que les hace entrar y salir cuando le conviene, automática-

mente, sin tener en cuenta las leyes de la lógica o de la verosimilitud.

El antiguo melodrama, que conmovía a las buenas gentes, en el que luchaban frente a frente el vicio y la virtud, el mal y el bien, con ser tan amañado, falso, convencional y sensiblero, era superior en mérito a la comedia policiaca, en la que intervienen policías que son portentos de sagacidad y bandidos audaces y temerarios.

El arte moderno, esencialmente realista, exige que la novela o el drama tenga un fondo de verdad humana, que es lo que hace perdurable la obra artística. En las mismas producciones del romanticismo, excepción hecha, claro está, de los engendros de fantasías extraviadas, a través del vuelo de la imaginación, échase de ver la verdad de los sentimientos, las pasiones y los caracteres.

En las obras policiacas todo es pobreza de ingenio y de inventiva, vulgaridad, ramplonería. La fábula y los lances, los personajes centrales y los episódicos, todo es amañado y sin arte. Los tipos que pasan por la escena se mueven, hablan, gestican, se disfrazan dando al espectador una sensación de película. A nosotros nos produce el efecto de un cinematógrafo, la visión de la cinta que se desenvuelve, rápida y precipitadamente. Estamos por decir que los asuntos de las películas melodramáticas—crímenes, robos, dramas pasionales—pierden interés cuando son arreglados para la representación teatral.

Y, sin embargo, preciso es reconocer que el público—tan estragado está el gusto—que se aburre y bosteza de tedio con los dramas y comedias de Gal-

dós y Benavente, se solaza y hasta se emociona con las obras folletinescas del teatro policiaco.

Por otra parte, en presencia de algunos bodrios dramáticos no puede decirse, como en tiempo de nuestros abuelos, que el teatro es «escuela de buenas costumbres», pues nada tienen de edificantes las hazañas de ladrones y asesinos misteriosos que, con sus tretas, burlan la acción de la justicia y con sus recursos, casi mágicos, cometen hechos que *teatralmente* horrorizan, aunque al final el autor tranquilice las alarmadas conciencias con el castigo del culpable.

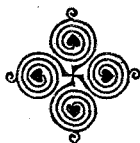
En los dramas policiacos luchan, de potencia a potencia como si digéramos, reconociéndose mutua beligerancia, policías y criminales de todas categorías, y en el pugilato que se entabla, *Shelock Holmes*, personaje obligado, indispensable, sale siempre vencedor y triunfante. Y cuidado que el rey de los detectives se ha visto en trances apurados que ha hecho temer por su vida a los espectadores *intrigados* con sus proezas novelescas.

Las novelas de aventuras de bandidos y policías—*Raffles*, arquetipo de ladrón sagaz y *Shelock Holmes*, modelo de policía astuto—algunas interesantes por estar compuestas con arte dentro del género inferior a que pertenecen, son las que suministran *argumentos* al teatro policiaco.

*La diadema de la Princesa*, *Jimmy el misterioso*, *La leyenda de los Baskervilles*, con su perro diabólico y todo, *Shelock Holmes*, con su pipa característica, *La Casa misteriosa* etc, todas, más o menos, son lo mismo y tienen idéntico valor. El policía descubre y persigue al ladrón o al asesino que, por la cuenta

que le tiene, suele estar al tanto de los planes que para cazarle trama el detective; se ven, se hablan, ponen en práctica; recíprocamente, las martingalas de su respectivo repertorio para ver quien logra vencer, gritan, amenazan, disparan tiros, incendian casas, el telón desciende y se escuchan los aplausos de las buenas y sencillas gentes que se impresionan con inocentes recursos dramáticos, inverosímiles y gastados.


¡Oh, la sensibilidad del «ilustre senado», cuyo fallo es preciso acatar!





---

## El pasado y el presente

 CABAMOS de saborear un jugoso artículo de D. Miguel de Unamuno, profundo y sincero pensador, espíritu fuerte y desconcertante, cerebro preñado de ideas originales, corazón de patriota que dice las más hondas, claras y amargas verdades a la faz de España, de esta España de nuestros días, soñolienta, dormida al borde del abismo, sin ideal, sin orientación, sin voluntad para sacudir la modorra y tomar resueltamente el camino que la conduzca al porvenir.

Titúlase el trabajo de Unamuno *¡El español... conquistador!* y no podemos resistir la tentación de copiar algunos párrafos y glosar ligeramente el pensamiento del maestro.

Escribe el insigne catedrático de la Universidad de Salamanca: «La providencia de Dios o su Hado—porque hay un divino Hado—nos hizo ha-

cer una porción de hazañas, proezas de voluntariedad, de querenciosidad, de real gana, de conquista; pero ¿nos dimos cuenta de lo que hacíamos? Y así pudo decir Carducci que España jamás tuvo hegemonía de pensamiento y hablar de las contorsiones de la afanosa grandiosidad española—«i contorcimenti dell'affannosa grandiosita spagnola».

¡Grandiosidad! Eso hemos sido, grandiosos más que grandes. Siempre a conquistar más tierras, material o espiritual, pero sin labrar amorosamente el pegujar de abolengo, el solar de mayorazgo. ¡Reyes, reyes, sí!—cada español se sentía—¡pero reyes del desierto! Mejor del páramo en que no se pone el sol que el recatado huertecillo que acaricia unas breves horas. El ansia ciega—ciega, sí—, el ansia querenciosa de grandeza nos perdió. Y eso cuando la teníamos. Que lo que es hoy...

¡Hoy... que nos dejen en paz! Del conquistador salió el pícaro; Guzmán de Alfarache fué hijo de Pizarro. Y el hijo del pícaro y nieto del conquistador, no quiere hoy sino que le dejen sestear en paz y que no le den quebraderos de cabeza.»

Grandeza aparatosa y fanfarrona; altivez de hidalgos muertos de hambre; espíritus duros de inquisidores; pícaros disfrazados de caballeros y caballeros con el disfraz de pícaros; exaltaciones místicas, intransigencia, fanatismo, sueños febriles de dominio y conquista, todo eso es el pasado histórico que nos abruma, la tradición nacional que nos ha traído al actual estado de postración.

Aquello de la raza aventurera y conquistadora se acabó, a no ser que pensemos en la conquista de Marruecos, soñando en el *desierto en que no se pone el*

*sol sin cultivar el huerto solariego*, como dice Unamuno. España se despuebla, emigra a América; pero los emigrantes no van con aire de conquistadores sino en calidad de esclavos, a cultivar extrañas tierras, abandonando el *pegujar de abolengo*.

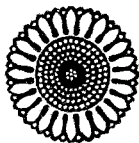
Transcribe y comenta sabrosamente Unamuno unas certeras y agudas frases de Maragall. Decía el gran poeta catalán: «España, políticamente, es nada, y haría bien en no preocuparse más de cómo y por quien ha de ser gobernada, porque tanto da. Toda su fuerza está en el hombre que cría, en el individuo pequeño, seco, obscuro, reconcentrado, pero que estalla violentamente en alma, en luz, en brillo, en genio, en santidad, en valentía. Lo mismo puede ser un mendigo que un duque de Osuna, un loco que un profeta, un tahur que un Velazquez, un bandido que un santo; todo puede serlo menos un ciudadano. La mediocridad ciudadana no ha sido hecha para el celtíbero; él quiere conquistar a cada momento su bien o apurar su mal, no le den nada hecho. A este hombre, pues, a este mendigo, a este duque, a este santo ¿qué le importa quien gobierne ni cómo? A él no le gobierna nadie.»

En cuatro pinceladas maestras pintó Maragall el carácter del español—mendigo, duque, santo, bandido o lo que sea—que no se deja gobernar y es manso, aunque algunas veces se subleve, y permite tranquilamente que se desgobierne a la nación por falta de civismo y de hábitos de ciudadanía.

España que luchó tanto, ahora quiere que la dejen en paz, que no turben su sueño y se mantiene estática ante los magnos problemas que agitan al mundo. Decíase en otro tiempo que el sol no se po-

nía en los dominios españoles, y al ser lanzados violentamente de América y Oceanía, nos encontramos con el huerto solariego, inculto, improductivo, convertido en erial. España se desangró y se empobreció conquistando tierras y exterminando herejes. A través de la historia y a la luz de sus glorias se vislumbran huellas sangrientas y odios seculares, hazañas de capitanes y bandidos, de locos y santos.

Y hemos llegado a este momento del siglo XX encogiéndonos de hombros, abúlicos y desorientados, sin ideal presente ni futuro.



---

## Ejercicios pueriles



falta de asuntos de los que se ha convenido en llamar trascendentales, perderemos hoy el tiempo en frivolidades que, después de todo, sirven para «pasar el rato». No siempre hemos de tratar las cosas en serio sin hacer visible el aspecto cómico que tienen.

Los nombres y apellidos más comunes suelen ser antinomias chistosas de las personas que los llevan para su uso o abuso particular, según conveniga, pues estamos hartos de oír decir que Fulano abusa de su apellido, lo cual siempre es preferible a que abuse del nombre o apellido del vecino.

Un nombre o un apellido de «humilde origen» o de «alta alcurnia», es frecuente que se halle en contradicción con el carácter o con las cualidades morales o físicas de su «legítimo propietario.»

Pongamos ejemplos, lamentando de antemano

que la pobreza de nuestro ingenio no pueda dar al tema gracia y amenidad.

Hay Corderos, que son leones y Leones que son corderos, Caballeros, que son granujas, Leales, que son traidores, Calvos, que tiene abundante pelo, Nobles, que no saben lo que es nobleza, Lozanos, que están marchitos, Paces, que están armando continuamente guerra y Guerras que, por el contrario, son pacíficos, Morales, que son inmorales, Hidalgos, que son rufianes, Díaz, que parecen noches, Torres, de estatura enana, con y sin veleta, Arias, que cantan duos, Aguilares, que no son águilas, Herreros, que son... carpinteros o barberos, Correas, que carecen de *correa*, Morenos, que son albinos y Rubios, que tienen un «color revuelto», Iglesias, que no van a misa, Mesas, que son bancos, con más o menos pies, Seguras, faltos de seguridad, Reinas y Reyes, que son republicanos, Avellanedas, que no están avellanados, Paredes, que parecen muros y Muros, que se asemejan a paredes, Santamarías, que no dicen... ora pro nobis, Canteros, sin cantera, Delgados, que son gordos, Caleros, que ni hacen ni venden cal, Buenos, que son malos de remate, Millares, que son ceros, Riberras y Costas, nacidos en la cumbre, Casabuenas, con casas... malas, Arañas, que no pican, Redondos, que son cumplidos, Bravos, que son pusilánimes, Alemanes, francófilos, Botas, descalzos, Rocas, blandos, Armas, desarmados, Moras, cristianos, apostólicos y romanos, Cabellos, calvos, Feos, guapos y Bellos, que son fenómenos, Ríos y Fuentes, sin agua en «propiedad», Socorros, que no socorren, y aquí de las socorridas etc. etc., respecto de los apellidos, porque de proseguir sería el cuento de nunca acabar.

En cuanto a los nombres observáanse las mismas contradicciones.

Nieves, que son fuegos vivos, Virtudes, que son Mesalinas, Blancas, que son morenas, Providencias, que nada tiene de... providenciales, Adoraciones, que no adoran, Ascensiones, que no suben sino que bajan, Angeles, que son demonios, Purificaciones, sin purificar, Celestinas, honestas, Bárbaras, civilizadas, Victorias... derrotadas, Angustias, más alegres que castañuelas, Modestas, vanidosas y soberbias, Concepciones, que no conciben, Claras, bastante turbias, Cándidas, que son sacos de malicia, Engracias, sin maldita gracia, Prudencias, imprudentes, Lucías, que no lucen, Constancias, inconstantes, Esperanzas, que las han perdido todas y Magdaleñas, sin arrepentirse.

Existen Venturas, desventurados, Césares, que no han vencido jamás, Davides, que no son santos ni tocan el arpa, Severos, muy risueños, Hilarios, que no hilan delgado ni grueso, Castos, a quienes estorba la castidad, Clementes, que son despiadados, Franciscos de Sales... desabridos, Geremías, que cantan alegremente, Máximos, que son mínimos, Justos, injustos, Simplicios, que son linceas, Urbanos, rurales, Bienvenidos, que siempre «caen» mal en todas partes, Segundos, que son primeros, Marciales, antimilitaristas, Felicianos, infelices, Pelayos que no hacen conquistas ni reconquistas, Moises, que no realizan milagros, Faustos, que están de duelo, Judas, leales y Marcos... sin cuadros.

---

Ahora, para concluir, salgamos al encuentro de

los maliciosos que en todo ven «segundas intenciones», declarando que en este artículo, a pesar de tratarse de nombres y apellidos de personas, no hay «alusiones personales».





---

---

## El matrimonio eugénico

**I**LUSTRES escritores discurren en la prensa de Madrid acerca del problema eugénico, estudiando el aspecto social y jurídico del mismo. Deseamos contribuir, en nuestra modestísima esfera, a la divulgación de la Eugenesia y de sus principios, cumpliendo el deber de todo periodista de informar al público del planteamiento y desarrollo de las cuestiones que interesan a las gentes.

En nuestra pequeñez y aislamiento vivimos fuera de la órbita en que se agitan y dilucidan los grandes problemas y aún en España son contados lo que se dedican a estudiarlos.

La presente guerra al removerlo todo—ideas, doctrinas, sentimientos—ha planteado una serie de problemas de diversos órdenes. Nuevas corrientes ideológicas han de iniciarse como consecuencia del trastorno de la guerra cuando ésta termine y se fir-

me la paz. Además de la inevitable modificación del mapa político, el mundo experimentará un cambio transcendental, queremos suponer que en sentido democrático y progresivo.

A falta de ideas originales, que no tenemos la petulancia de creer que poseemos, vamos a aportar las difundidas por otros que conocen la materia que hoy nos sirve de tema.

La Eugenesia consiste en la selección de la especie humana, en el mejoramiento de la raza por el cruzamiento de personas físicamente sanas y vigorosas. Esta ciencia tiene sus apóstoles y propagandistas animados del noble anhelo de evitar las tristes herencias de los degenerados. La ley de herencia es tan fatal que los hijos pagan inexorablemente los extravíos y pecados de los padres.

El genial poeta noruego Enrique Ibsen, nos presenta el caso sombrío y trágico de Oswald, el protagonista de *Los Espectros*, con una fuerza de verdad y una intensidad dramática escalofriante. ¡Cuantos Oswaldos purgan en la tierra las culpas de sus progenitores!

Pues bien, a que no hayan Oswaldos, a que disminuya el número de las víctimas de los vicios hereditarios, tiende la Eugenesia, voz derivada del griego que significa nobleza de raza.

El matrimonio eugénico hállase ya establecido en algunos Estados yanquis, en los cuales no se permite el casamiento de individuos tuberculosos, locos, epilépticos, cancerosos etc. Para el matrimonio es requisito indispensable la licencia médica, previo el reconocimiento de los futuros cónyuges.

En Europa todavía no se ha llevado a las leyes los principios de la Eugenesia.

Con loable iniciativa *Nuevo Mundo* ha abierto una sección titulada *¿Es posible el matrimonio eugénico?* Entre las ilustres personalidades consultadas por la popular revista figuran el Dr. Martín Salazar, Inspector General de Sanidad Exterior, y los juristas Sres. Calbeton y Lastres.

El Dr. Martín Salazar habla, con elogio, del espíritu y de las leyes eugénicas y aplaude la idea, lanzada por el notable periodista Dionisio Pérez, de «emprender una campaña de prensa en favor de la difusión y popularización de los conocimientos de la Eugénesis humana»; si bien considera «que, hoy por hoy, la opinión pública en nuestro país no está preparada para llevar a las leyes civiles del matrimonio las derivaciones de la ciencia eugenésica.»

Si, como decía un insigne pensador español, la *monogamia está en nuestras leyes y la poligamia en nuestras costumbres*, es indudable que hay necesidad de transformar éstas para que se abra camino la moderna ciencia eugénica y sus prescripciones sean acatadas.

Se acepta la teoría de que no debe autorizarse el matrimonio sino en los casos probados de que los seres que vayan a unirse sean aptos para la selección orgánica; pero en la práctica el «creced y multiplicaos» no tiene en cuenta los preceptos eugénicos.

«España—dice el Dr. Martín Salazar—es el país en que se tienen a la salud y a la vida en un valor más ínfimo.» Así se explica que sean aterradoras las cifras de la mortalidad por falta de higie-

ne en las ciudades, en las viviendas y en las personas.

El Sr. Calbetón dice: «Como jurista opino que puede en ciertas condiciones constituir impedimento diariamente para el matrimonio la circunstancia de ser loco cualquiera de los cónyuges; pero nada más, porque degenerados físicamente, pueden ser sabios eminentes, y hermosísimos ejemplares de varón, barrros de solemnidad; y aunque es cierto que las guerras concluyen con lo mejor de los ejemplares fisiológicos, no han sido hasta el presente necesarias medidas jurídicas especiales para perpetuar las razas.»

En resúmen, entiende el Sr. Calbetón «que no ha llegado la ocasión de legislar sobre Eugénica.»

El Sr. Lastre rechaza el cruel procedimiento, propuesto por algunos, de la emasculación de los criminales para que no tengan descendencia. Cree, además, que «en España no existe ambiente ni preparación para llevar a las Cámaras» un proyecto de ley eugénica y se declara, por último, hostil a la «tendencia americana».

Por nuestra parte nos permitimos opinar solamente que el espíritu de la Eugenesia está todavía bastante lejos de cristalizar en leyes en España que siempre espera a que otras naciones hagan primero los ensayos de todo lo nuevo.



---

---

## El Padre Coloma y "Pequeñeces"



CABA de morir el famoso jesuita. El P. Luis Coloma hacía años que estaba enfermo y olvidado, hasta el punto de que ya no se hablaba de él ni de sus libros.

La novela fué para el P. Coloma una especie de púlpito; en ella pudo decir, según su propia expresión, «verdades claras y necesarias, que no podrían jamás pronunciarse bajo las bóvedas de un templo.»

Antes de publicar *Pequeñeces*, la obra que le hizo célebre, había escrito algunos cuentos y narraciones que revelaban su ingenio, sus dotes de observador sagaz y la gracia y agilidad de su estilo.

*Pequeñeces* alcanzó un éxito resonante; se agotaron las ediciones; promoviéronse discusiones y polémicas agrias y el P. Coloma fué el «hombre del día». Decíase que señalaba tan directamente que

los personajes de su novela eran criaturas de carne y hueso conocidas en la alta sociedad madrileña.

Obra de diatriba social, tiene un fin moral que tiende a corregir; pero el arte sobrepónese a todo y resplandece en el dibujo de los tipos, en la vivacidad y donaire del diálogo y en la composición general de la hermosa novela. En *Pequeñeces* la crítica es despiada y mordaz; pero sin sermones enfadosos. Presenta al desnudo, con exacto colorido de verdad, un medio social en el que se mueven y agitan figuras sanas y viciosas, mujeres honradas y prosti-tuídas.

El P. Coloma pinta un cuadro social, animado y pintoresco, de la aristocracia para bordar primores de sátira y lucir las sales cáusticas de su ingenio.

De la acción, del desenvolvimiento de la trama, del exámen psicológico, del contraste de los caracteres, de la *vida*, en fin, de los personajes que pueblan las páginas de *Pequeñeces*, despréndese la enseñanza del *misionero*, sin que éste oscurezca al artista, antes al contrario, elevándole a las regiones donde se experimenta la serena emoción de la belleza y el goce estético sin mixtificaciones. La tendencia no sacrifica a la verdad ni relega a segundo término al arte, gran señor que no acata servidumbre.

Se estudia en *Pequeñeces* las costumbres de las clases elevadas con perfecto conocimiento; porque su ilustre autor fué hombre mundano, metido en aventuras; galantes, frecuentador de aristocráticos salones antes de ingresar en la Compañía de Jesús. El modelo conociólo, sin duda, antes de escribir su

ruidosa novela. Los personajes, como ya hemos indicado, cuéntase que eran retratos vivos y reales.

Novelista amante de la verdad, a la realidad ateníase para escribir bellas páginas, crear tipos femeninos como el de Currita Albornoz, la protagonista de *Pequeñeces*, y aplicar el cáustico quemante de la sátira a males y vicios sociales que acusan una deplorable depravación moral en las costumbres.

El P. Coloma hace la disección de la aristocracia con agudo análisis de rígido moralista; su pluma es bisturí que opera en carne viva, rasga y hace sangre para separar la parte enferma de la sana con el fin de evitar la propagación del contagio. Su tesis es la siguiente: a un lado los miembros podridos y al otro los elementos sanos de la sociedad. Su higiene social es la misma que recomienda la ciencia profiláctica en las enfermedades infecciosas: el aislamiento sanitario.

Otros escritores fracasaron en el intento de pintar a la aristocracia madrileña por desconocer el medio que pretendían describir, y el P. Coloma triunfó porque conocía bien el fondo, el marco y las figuras de su novela.

La época de corrupción, intrigas y conspiraciones políticas en que se desarrolla la acción de *Pequeñeces*, fué certeramente enfocada por el desenfado satírico, crítico severo de la alta sociedad a la cual flagela implacablemente con las disciplinas de una sátira sangrienta.

Aparte el mérito artístico, que es indiscutible aunque no se considere *Pequeñeces* como una obra maestra en su género, lo que más contribuyó al éxi-

to ruidoso que obtuvo fué la tendencia social y política y la acrimonia con que trata a las clases directoras.

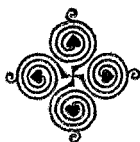
En los comienzos de su carrera literaria, cuando el P. Coloma cursaba la carrera de Derecho en la Universidad de Sevilla, cuenta la Pardo Bazán, en un admirable estudio, que trató íntimamente a la ilustre escritora Cecilia Bohl, conocida en el mundo de las letras por el pseudónimo de Fernán Caballero. Añade la Pardo que Fernán Caballero fomentó las aficiones literarias del P. Coloma y corrigió sus primeros ensayos.

Fué, pues, Fernán Caballero maestra del P. Coloma; pero al correr del tiempo el discípulo adquirió plena personalidad despojándose de la influencia que ejerciera en su espíritu el impulso inicial.

El P. Coloma ingresó en la Compañía de Jesús tempranamente desengañado; en su juventud hay un episodio pasional que casi termina trágicamente en suicidio romántico.

Se hallaba enfermo del corazón. Había amado y sufrido.

Ha muerto a los 64 años. El P. Coloma nació en 1851 en Jerez de la Frontera.





---

## Pi y Margall



EN Barcelona se colocó, hace unos días, la primera piedra del monumento que ha de erigirse a D. Francisco Pi y Margall. El acto fué solemne, un anticipo del homenaje que se debe al grande hombre. La ciudad condal ha querido perpetuar la memoria de su ilustre hijo, levantándole una estatua en el paseo de Gracia.

Pi y Margall nació en Barcelona en Abril de 1824 y murió en Madrid en Noviembre de 1901, a los 77 años de edad. Vivió una vida intensa y fecunda, de acción y estudio.

Azorín, que con efusiva admiración habla del apóstol del federalismo en España, ha dicho que la «personalidad de Pi y Margall no ha sido todavía debidamente estudiada».

Nuestra modestia quiere dedicar hoy un recuerdo a la memoria de aquel varón justo, sabio y bue-

no, modelo de austera sinceridad, tan puro y honrado en la vida pública como en la vida privada, respetado por sus mismos adversarios que reconocían en él virtudes singulares en España no superadas por ningún político.

Fué la perfecta encarnación del *vir bonus*. La figura de Pi y Margall se agiganta con el tiempo. En 1898 tuvo la entereza de decirle la verdad a la patria engañada, oponiéndose a la guerra con los Estados Unidos. En medio de aquella locura patriótera, él se irguió sólo y arrostró la impopularidad—luego se le ha hecho justicia—y escuchó, sereno e imperturbable, injurias y denuestos cuando pidió la independencia de Cuba. La voz del viejo vidente fué desoida y apagada por la vocinglería populachera. España fué al desastre. De haberse seguido a tiempo los consejos de Pi y Margall otra hubiera sido la suerte de las colonias, que por ley histórica al fin se hubiesen emancipado, pero sin sufrir España la humillación de su violento lanzamiento de la América que conquistó.

Era Pi y Margall un carácter y en su conciencia estaba tan arraigado el cumplimiento del deber y en su espíritu tenía tan hondas raíces las ideas federales, que con nada transigía que fuera opuesto a sus convicciones. En la política no conoció la farsa ni los contubernios al uso.

Después de los sangrientos sucesos revolucionarios de 1866 se refugió en París, donde se hallaba establecido cuando fué destronada Isabel II. Por entonces tradujo varias obras de Proudhon. En 1869 Barcelona le eligió diputado y regresó a España para tomar parte en las tareas de las Cortes constituyen-

tes. Combatió los gobiernos de Amadeo I y el 11 de Febrero de 1873 votó la República. La abdicación de Amadeo fué elogiada por Pi y Margall.

En el primer Ministerio de la República desempeñó la cartera de Gobernación. Poco después fué Presidente de la efímera República española que él consideró que vino a deshora. A consecuencia de la sublevación cantonal de Cartagena dimitió, sustituyéndole Salmerón, otra insigne figura.

Pi y Margall vivió modestamente y murió pobre. Nunca cobró la cesantía de Ministro. Enemigo de convencionalismos que repugnaban a su conciencia, actuó de mantenedor en unos Juegos florales celebrados en Cataluña y leyó un hermoso discurso en castellano, él que era catalán y en una época en que el catalanismo estaba en auge. Tal era su amor a España. Siempre hablaba y escribía en castellano. Su estilo es modelo de limpidez, tersura, concisión y propiedad en el empleo de las palabras. Sabía expresar el pensamiento, con claridad y elegancia, con el menor número posible de vocablos. Escribió páginas clásicas, de perenne belleza. Su talento abarcaba las más diversas y complejas materias. Era literato, pensador, crítico literario y de arte, filósofo, historiador, economista, político, jurisconsulto, orador. Pasó por el lodazal de la política española sin mancharse. Con autoridad indiscutible ejerció de severo fiscal en el Parlamento. Con su voz débil levantó tempestades. El tiempo que consagró al periodismo y a la propaganda política no le impidió escribir obras admirables. Sorprendía la laboriosidad y la cultura del gran estilista.

Suya es esta frase: «En todas las grandes cri-

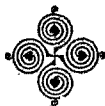
sis de la historia un hombre sólo ha tenido razón contra toda la humanidad.» En aquella honda crisis nacional de 1898 él solo tuvo razón contra los políticos, la prensa y el pueblo.

Cuando murió, a los 77 años, conservaba joven y lozano el espíritu, abierto a todas las expansiones del pensamiento y la libertad y redactaba el semanario *Nuevo Régimen*, por él fundado. ¡Que admirables, justos y certeros eran los juicios que al luminoso entendimiento de Pi y Margall sugerían los sucesos de la vida española!

Para terminar, vamos a reproducir un delicado recuerdo que Azorín dedica al autor de *Las nacionalidades*:

«Una de las últimas veces que vimos a Pi y Margall—escribe el ilustre literato de sutil y fina observación—fué en una Exposición de pinturas. Las anchas y frías salas estaban desiertas, solitarias; en uno de los salones había un viejecito vestido de negro y una señora también enlutada. Los dos contemplaban en silencio y atentamente los cuadros; se paraban delante de los más notables durante un largo rato; cambiaban de tarde en tarde unas pocas palabras; se sentaban también en algún diván durante un instante para descansar, y luego continuaban, siempre en silencio, siempre recogidos sobre sí mismos, siempre absortos, en peregrinación a través de las anchas, frías y desiertas salas. Los dos viejecitos—el marido y la mujer—tenían el aspecto de dos modestos industriales, de dos insignificantes labradores y propietarios que acabarían de llegar a Madrid para poner de este modo—con la visita a la gran ciudad—un oasis en su vida

de monotonía, en su vida gris y acompasada allá en la casa de la aldea. Los dos vestían sencillamente, con pulcritud, todo bien cepilladito, todo bien limpio. Los dos tenían maneras y modales recogidos; por ejemplo: en la guisa de poner las manos juntas, apretadas, mientras estaban absortos en la contemplación. Los dos—el marido viejecito y la mujer viejecita—nos daban a los que observábamos, a los que sabíamos quienes eran, un supremo, delicado, noble espectáculo; un espectáculo que reunía en sí lo más selecto de la civilización humana: el espectáculo de dos vidas honradas, laboriosas, consagradas al bien; el pensador, bueno y sincero, trabajando desde la mañana a la noche, afanándose en la lucha desinteresada por su ideal; la esposa, siendo compañera cariñosa y solícita del político y del luchador, mitigadora de sus dolores, alentadora de todos sus afanes. Y ya en el ocaso de sus vidas, después de tantos y tantos años de luchas, de trabajos, de angustias, estos viejecitos, siempre buenos, siempre modestos, venían a las salas de esta Exposición de pinturas a contemplar en silencio los cuadros bellos...»



---

## Reir y llorar a plazo fijo



EN esta comedia humana, en la cual todos tenemos nuestro papel, se quiere reglamentar oficialmente hasta los sentimientos. A plazo fijo, en día determinado, se nos pide que lloremos o que ríamos. Claro que el que no tiene motivo para llorar no llora y el que no siente ganas de reir no ríe; pero la hipocresía sabe fingir tanto el llanto como la risa.

Diríase que nuestra tristeza o nuestra alegría dependen de las fechas que señala el calendario. Así, por ejemplo, se nos dice:—Hoy es Carnaval, hay que divertirse, que disfrazarse, que colocar a Momo sobre las cabezas, vestidos de Arlequin.

¿Acaso, como dijo el gran satírico, todo el año no es Carnaval? *Figaro* tenía razón; su corazón dolorido y amargado lo sabía.

Luego se nos ordena, con la Cuaresma, medita-

ción, arrepentimiento de las culpas, penitencia, purificación de la conciencia pecadora, como si todo esto fuese fácil y hacedero.

Ya lo expresó el vate insigne de las ironías:

*Voy a decir en un cantar  
la rueda de la existencia:  
pecar, hacer penitencia,  
y luego vuelta a empezar.*

---

En la Semana Santa se nos invita a conmemorar el drama del Calvario, la crucifixión de Cristo. Y hoy como ayer el reino de Jesús no es de este mundo. Se celebra anualmente la muerte y resurrección del Justo; las iglesias se llenan de gente, la multitud sigue las procesiones; mas la doctrina del divino Nazareno no florece en los corazones ni fructifica entre los humanos. Jesucristo nació y vivió pobre, predicó el amor, la fraternidad entre todos los hombres y los hombres se devoran como lobos hambrientos. Su religión es de humildad, de paz, de mansedumbre, de pobreza, de desprecio de los bienes terrenos y alrededor de su nombre hay soberbia, lujuria, lujo, avaricia, vanidad, riqueza, ostentación... Aún hay mercaderes en el templo de Dios; si Cristo volviese los arrojaría a latigazos.

---

Llega el día de difuntos y se nos pide un recuerdo piadoso, una oración para los muertos, todo el año olvidados. Unos sepulcros se adornan con coronas, los pebetes arden en torno; otros véanse abandonados, sin flores. También en el cementerio, como

en la sociedad, se diferencian las clases. Con que cada uno de los visitantes llevara un ramo de flores en la mano y un recuerdo en el pensamiento, todas las tumbas tendrían flores y todos los muertos una oración. Pero la inmensa mayoría de los que visitan el camposanto es de curiosos que van a pasar el día sin que el misterio del no ser les imponga respeto y piedad amorosa la memoria de los que pudren la tierra.

La muerte, que todo lo iguala y convierte en polvo, no admite las categorías que la vanidad humana y los convencionalismos sociales establecen.

La paz, el silencio triste, la soledad imponente del camposanto es turbada un día al año por la muchedumbre bulliciosa. En la visita a los muertos no se ve ese recogimiento propio del «templo de la verdad», donde acaban todas las grandezas, todas las ilusiones, todas las vanidades de la vida.

Se toma la necrópolis como lugar de feria mundana; se va de romería al cementerio, y eso es una profanación.

Pasa el día de difuntos y los muertos quédanse nuevamente solos y olvidados.

Becquer lo supo expresar en versos que son sollozos del alma del poeta

*¡Dios mío, que solos  
se quedan los muertos!*

---


Después viene la alegría de la Noche-buena y se nos manda reír, gozar de la vida, alejar pesares y olvidar penas.

Y así un año y otro año. Las generaciones pasan y la farsa continúa...



---

## Luján Pérez

ON loable iniciativa se organiza la conmemoración del primer centenario de la muerte de D. José Luján Pérez. Nació el genial escultor en un pintoresco lugar del norte de Gran Canaria, las «Tres Palmas», jurisdicción de Guía, el 9 de Mayo de 1756; murió, en su pueblo natal, el 15 de Diciembre de 1815. Al morir contaba, pues, 59 años de edad. Vivió 44 años del siglo XVIII y 15 del siglo XIX. Y ahora, al cabo de una centuria, nos disponemos a rendirle un merecido tributo de admiración, exaltando sus méritos. Así somos de indiferentes y olvidadizos. Algunos años, por Semana Santa, al admirar las esculturas de Luján Pérez que recorrían, en procesión, las calles de la ciudad, solían los periódicos dedicar un recuerdo a su memoria, y después nada. Volvían las imágenes a los templos y ya nadie se acordaba de que

existió el creador de tantas valiosas joyas del arte estatuario.

La vida de Luján Pérez fué laboriosísima. El catálogo de sus esculturas es numeroso. Tuvo, como todos los artistas, varias épocas. Desapareció del mundo cuando se hallaba en el apogeo de su fama; de su fama reducida al pequeño ámbito de las islas atlánticas. Disfrutó de posición relativamente desahogada y de la consideración social de sus contemporáneos. En su época fué querido y admirado.

Un año antes de morir ya le faltaba vigor físico para el trabajo; sentía decaer sus fuerzas a causa de la enfermedad—padecía de asma—que le llevó al sepulcro. Era de color moreno, frente espaciosa, ojos expresivos, rostro de líneas varoniles. Su fisonomía acusa una recia voluntad y un carácter enérgico.

Desde la infancia se manifiesta la vocación artística de Luján Pérez. Cuentan sus biógrafos que de niño modelaba figuras de barro y de adolescente dedicábase a tallar figuras en madera. Sin modelos clásicos que no conoció y con escasos conocimientos, en su juventud cinceló algunas imágenes admirables. Fué Luján Pérez un caso prodigioso de intuición. Trabajó en una época de decadencia de la estatuaria española y, sin embargo, sus efigies son de estilo castizo, aunque se echen de ver defectos de técnica, según observa algún autorizado crítico.

Aislado, sólo, sin tradición artística que seguir, porque no existía en Canarias,—Luján no salió de este archipiélago—sin maestros notables que le dieran lecciones de dibujo, arquitectura y pintura en-

cauzando su natural buen gusto y sus excepcionales facultades, observando la naturaleza con sagaz penetración, el ilustre artista tuvo grandes, geniales aciertos como el del Cristo, que se conserva en esta Catedral, su obra más bella.

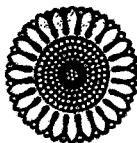
Poco a poco, con paciente laboriosidad, fué perfeccionando su arte. En la concepción y en la ejecución de las tallas de Luján Pérez nótase una singular armonía. Proporción en los miembros y expresión divina en los rostros es la característica, a nuestro entender modestísimo, de las imágenes cinceladas por la mano del maestro. Sin salirse de los límites humanos que señala la naturaleza, sin violencias, sin idealizar demasiado las formas, posee el secreto de producir la sensación de lo divino. El Cristo, por ejemplo, enclavado en la cruz y coronado de espinas, da la impresión de que es hombre y de que es Dios, por la verdad conmovedora con que está reproducida la muerte de Jesús: flaqueza de la carne y eternidad del espíritu.

En las líneas y contornos de las figuras labradas por Luján Pérez, hay una elegancia armónica sorprendente. Para producir la sensación del conjunto no suele descuidar los detalles. Sabe reproducir la forma humana con verdad pasmosa.

Era un temperamento vigoroso, sereno, equilibrado. Tal vez por no conocer las obras maestras de las diversas escuelas su estilo tiene sobriedad clásica.

Las obras de Luján Pérez no han sido aún estudiadas por un crítico con la suficiente cultura y competencia para juzgarlas, poniendo de relieve bellezas y defectos, equivocaciones y aciertos,

El proyecto de hacer una exposición con todas las esculturas del preclaro artista que se conservan en los templos de Canarias, no es fácil llevarlo a feliz término por dificultades materiales. Ello es lamentable, pues para enaltecer y glorificar a Luján Pérez el mejor homenaje sería la exhibición de las imágenes por su mano esculpidas.



---

## “Siluetas de animales”



LA copiosa labor literaria de González Díaz da para formar algunos volúmenes de amena y sabrosa lectura. El ilustre literato ha escrito mucho y bueno. Hace bien, pues, en coleccionar los trabajos que andan desperdigados en periódicos y que merecen que perduren en el libro.

*Toda especie de animales tiene dentro de nuestra humana especie su equivalente moral.* Esta frase de González Díaz, es el lema del libro que acaba de publicar, de admirable ingenio humorístico, en el cual campear sales de ironía y observaciones sagaces; escrito en una prosa límpida, castiza y de impecable corrección. González Díaz es maestro de buen decir y siempre expresa el pensamiento clara y elegantemente.

Su humorismo es más triste que amargo y tiene en el fondo más piedad que hiel envenenada. Su iro-

nia es amable más que mordaz; tiene mostaza, pero no desuella la piel con virulencias cáusticas. Diríase que pone a su sátira sordina y que flagela vicios y ruindades humanas con guante para hacer menos daño, para que la crítica sea como una caricia... Caricia que a veces duele más que un trallazo. Sereno, tranquilo, sin descomponerse, pulcramente, hace González Díaz la disección de la sociedad.

De los animales ha formado un concepto más *optimista* que de los hombres. Espíritu hurraño y misantrópico, rehuye el trato social porque conoce la farsa y no quiere ser un farsante más. Las diversas especies zoológicas, bípedos o cuadrúpedos—zorros, loros, lobos, pavos, carneros, osos etc.—y sus cualidades buenas o malas, las aplica a los seres humanos, hace deducciones, saca consecuencias filosóficas y les sirven de fondo a su sátira y a sus ironías. González Díaz relaciona el mundo de la irracionalidad con el de la racionalidad y pone en juego los instintos de las bestias y la inteligencia de los hombres. Algunas veces ve en los seres racionales instintos de bestia y en los irracionales *inteligencia* comprensiva. En su sátira no suele haber acritud agresiva, sino ironía fina y un sano humorismo de espíritu más propicio al amor que al odio.

En *El caballo de Calígula* pinta la noble bestia de carrera seguida de la muchedumbre que le aclama con frenético entusiasmo el *día del triunfo*. Nosotros hemos visto a la misma muchedumbre aclamar a un burro, de patas ágiles, triunfante. Las multitudes están siempre dispuestas a seguir y vitorear al vencedor, sea caballo, hombre o burro.

Hermoso trabajo el de los camellos, tierna evo-

cación de la infancia, de los sueños de la noche de Reyes que luego, de hombres, truécense en recuerdos tristes, porque la cruel realidad del vivir desvanece todas las ilusiones.

Dice González Díaz: «Las cabalgaduras de los Reyes de Oriente llegan entre sombras de una poética noche, la más poética de las noches, y se van antes que el día apunte, el más luminoso de los días...»

Y más adelante agrega con serena melancolía: «Y es la vida misma quien viene con ellos a despertarnos. En las lontananzas del pensamiento, débil y gracioso como un pájaro recién nacido, hay luminosidades arrobadoras. Nos sonrío Ella, la gran musa embustera, engalanada de rayos de sol, para engañarnos y llevarnos tras sí. Con su primera mirada, nos hace víctima de su primera impostura.»

«Luego, muy pronto, la perspectiva fantasmagórica se desvanece; el tesoro de los Reyes Magos va al desvan de la imaginación, allí donde se adormecen los recuerdos melancólicos, allí donde enterramos los pajarillos muertos en el amanecer de nuestra infancia; los que nos cantaron en las horas matinales y, muertos y enterrados, siguen cantándonos en la memoria que los resucita.»

Sentida página esta que habla al corazón.

Con los pavos se muestra *cruel*; ni siquiera les agradece el regalo de su carne sabrosa. En cambio con los hombres pavos es justo y aún les dice poco. Ingenioso artículo el dedicado a los patos *que no tienen buena figura, pero tienen buenas entrañas*. «Sin ellos el *foie grass* no existiría.»

Cuando habla de su precioso gato negro tiene alusiones intencionadas para las «ratas voraces» de las colonias perdidas.

Hablando ingeniosamente de los insectos escribe: «Y vosotras, ¡oh mujeres, sacudid vuestras faldas. Las pulgas simpatizan demasiado con vuestro sexo porque son femeninas; su feminidad os amenaza de veras...»

El artículo *Las hormigas*, ofrece una certera visión de esa república comunista, tan laboriosa y disciplinada. Bello, delicado, primoroso, lleno de imágenes poéticas el titulado *Las mariposas, lindas florecillas que vuelan*. El de las avispas es una dolorosa queja de su corazón. «Para vivir entre avispas —dice— necesitaba hacerme avispa; no lo he conseguido, y me han acribillado sin que pudiera devolver las picaduras.» Luego exclama: «Prefiero, si, que me muerdan a que me piquen. En la guerra que nos hacen las avispas, lo pequeño es un insulto; en la guerra que nos hacen las bestias feroces, lo grande es un homenaje. ¡Muérdanme, no me piquen».

Concluimos, no porque no tengamos más que decir acerca del libro *Siluetas de animales*, sino porque nos hemos extendido demasiado y es preciso ser breve.

Hay que resignarse a vivir entre animales de todas las castas, racionales e irracionales. En la fauna humana unos son fieros y otros ladinos, hipócritas, cobardes, perversos; pero también los hay buenos, generosos, nobles, leales. En el mundo hay mucha perfidia; mas todo no es maldad.

Y en fin de cuentas la vida es corta y la muerte



*igual* a los seres de todos los reinos y... repúblicas. Ahora bien, conviene taparse los oídos cuando sentimos rebuznar y apartarse cuando dan coces los cuadrúpedos o los bípedos implumes.



---

## La crítica en España

**E**L consabido «escalpelo de la crítica» puede decirse que en España está casi ocioso por falta de manos expertas que sepan manejarlo con autoridad y justicia. En nuestra nación no se concede a los estudios críticos la importancia que en el extranjero. Raro es el libro de crítica literaria o de arte que se publica. En cambio, abundan las novelas, los versos y los cuentos —¡oh musas prolíficas!— y parece, en vista de tan copiosa producción, que con el adelanto de la industria se han establecido fábricas de productos literarios. La industrialización del arte de que tanto se ha hablado.

Aparte la obra de investigación y exámen de las ideas estéticas, verdaderamente magna, y de los estudios críticos sobre poetas, novelistas, filósofos y dramaturgos de Menendez Pelayo, ejercían la

crítica, en tiempos pasados, escritores de gran talento, de extensa cultura, de juicio sagaz y penetrante, de fina percepción y de buen gusto.

Revilla tenía autoridad de juzgador por su saber y perspicacia; Ixart fué un crítico agudo y equilibrado; Valera, siempre ático y ameno en sus disertaciones, aunque muy inclinado a la benevolencia y a veces al humorismo cuando examinaba obras ajenas, conocía las corrientes del pensamiento literario, filosófico y estético antiguo y moderno, nacional y extranjero, y cuando se lo proponía solía hacer labor crítica concienzuda y acertada. Clarín, temperamento agresivo, espíritu satírico, unas veces exagerado en el elogio de sus autores favoritos y en ocasiones injusto en sus apreciaciones y violento en el lenguaje, sin embargo poseía admirables facultades para el análisis, pues sabía llegar a la entraña misma de la obra que estudiaba. La Pardo Bazan, escritora insigne, versada en todo género de literatura y estudios clásicos y modernos, dotada de poco común sagacidad análica, ha escrito páginas críticas dignas de admiración.

No nos proponemos hablar de los diversos métodos y sistemas de crítica, ni de la rígida y dogmática, ya en desuso, ni de la impresionista, todavía en boga. Cada época ha tenido su escuela crítica. A medida que ha evolucionado el pensamiento y las ideas estéticas, la crítica ha experimentado también cambios adaptándose al género y carácter de la producción y a las normas de la moda, importadas del extranjero, singularmente de Francia, cuya influencia literaria tan sensible huella ha dejado en las letras españolas contemporáneas desde los neos-

clásicos hasta nuestros días, pasando por la explosión del romanticismo que tuvo por Pontífice a Victor Hugo, hasta el advenimiento del naturalismo en la novela que dió lugar a ardientes polémicas, aplaudiendo unos y combatiendo otros los procedimientos y las tendencias del gran Zola. Por lo que respecta a la poesía no hablemos de los imitadores que en España y en América les salían a los parnasianos, simbolistas, decadentistas etc. franceses, olvidando, cuando no desdeñando estupidamente, la tradición castiza de las puras fuentes castellanas, adonde parece que, en el actual renacimiento, vuelven de nuevo a beber inspiración algunos ilustres vates.

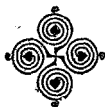
---

Decíamos que no se daban a la estampa libros de crítica y podemos añadir que en la Prensa apenas concédese espacio al movimiento bibliográfico, al exámen de las obras que se publican con el fin de orientar el gusto del público, harto extraviado. Los periódicos de más circulación llenan columnas enteras con las hazañas de los toreros de «cartel», ídolos de la muchedumbre, y las revistas ilustradas nos ofrecen amplias informaciones gráficas de la fiesta taurina. Y el espacio que les queda lo dedican a la política y a los políticos.

La crítica seria y documentada que sirva de orientación y enseñe y aleccione, al propio tiempo, no existe. Es cierto que un literato inteligente, culto y ecuánime, Enrique Gómez de Baquero, publica estimables revistas críticas, especie de registro de los libros que le envían, y también Manuel Bueno, otro

excelente escritor, analiza la producción teatral con irrecusable competencia y dudosa imparcialidad. *Azorín*, por su parte, dedica páginas hermosas, de subido valor por el acierto en la observación y los primores del estilo, al estudio de literatos, poetas, novelistas y pensadores españoles y extranjeros.

Y nada más, pues no es digno de tenerse en cuenta, tratándose de crítica, las ligeras notas que otros escritores, algunos bastante distinguidos, insertan en distintas publicaciones acusando recibo del último libro recibido u ocupándose del reciente estreno teatral. De la sociedad llamada de bombos mutuos y aún de los auto-bombos es preferible no hablar por decoro y por pudor, porque eso no es crítica ni cosa que lo valga.



## Mujeres ilustres

**E**n la Academia Española acaba de celebrarse la recepción del nuevo académico de la lengua D. Augusto González Besada. Un político más que pertenece a la «docta corporación». El Sr. González Besada, que es conservador en política, no sabemos si sabrá conservar, como Dios manda, el tesoro del idioma de Cervantes, con cuyo centenario ha coincidido el ingreso en la Academia del ex-Presidente del Congreso de los diputados.

El señor González Besada disertó sobre la mujer gallega y Rosalía de Castro. El tema del discurso invita a discurrir, brevemente por supuesto, acerca de tres eminentes figuras femeninas nacidas en Galicia. Galicia es tierra fecunda en hombres y mujeres ilustres. En el siglo XIX forman la trinidad de mujeres intelectuales, gloria de las letras,

Concepción Arenal, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán, la única superviviente de las tres.

El Sr. González Besada, que es gallego, ha querido, al ingresar en la Academia, dedicar un recuerdo y rendir testimonio de admiración a su olvidada paisana, la melancólica y dulce cantora de las orillas del Sar.

Para hablar de los tres excelsos espíritus nos atendremos al orden cronológico. Concepción Arenal nació en el Ferrol hace cerca de un siglo, en 1820. Eran excepcionales sus aptitudes para los estudios sociológicos. Su inteligencia era tan grande como su corazón lleno de amor y piedad hacia los pobres y los delincuentes. Sus trabajos sobre beneficencia y caridad, así como sus notabilísimos estudios penitenciarios, revelan profundas dotes de pensador y cordiales sentimientos filantrópicos. Escribió también poesías gallegas, dramas, novelas etc. Al porvenir y a la condición social de la mujer dedicó admirables libros. Su ideal era dirigir la voluntad hacia el bien. La injusticia y el mal le arrancaban acentos de dolor. Para los periódicos y revistas de su época escribió muchos artículos. Tanto en España como en el extranjero se reconocía su autoridad, especialmente en materia penitenciaria. Sus obras están traducidas al inglés, al francés, al alemán, al italiano.

Cuando murió, ya anciana, era admirada y reverenciada. Su vida fué un vivo ejemplo de trabajo, laboriosidad y cariño maternal al prójimo.

Rosalía de Castro no gozó de la fama y nombradía de D. Concepción Arenal. Nació en la Coruña en 1837; murió a los 48 años, en 1885. Era de

cuerpo débil y enfermizo y de alma tierna y sentimental. Sus versos tienen acentos quejumbrosos y una dulcedumbre seductora. Fué un espíritu atormentado por la pena, nacida quizás de sus dolores físicos. Era de carácter triste y bondadoso. No gustaba de exhibiciones aparatosas; vivió modesta y retraída en su patria y en su hogar.

Su poesía, de forma sencilla y original, sin artificios ni ampulósidades líricas, marcó una nueva tendencia. Pasó inadvertida para críticos del fuste de Menendez Pelayo, Valera y *Clarín*, según observa *Azorín*, lamentándose de la injusta postergación que sufrió Rosalía de Castro.

Además de poesías compuso novelas. De su libro titulado *En las orillas del Sar*, dice el sutil *Azorín* que «no se ha publicado en lengua castellana, y durante nuestro siglo XIX, un volúmen de más espirituales, delicados, ensoñadores versos.»

D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán nació en la Coruña en 1852. Su múltiple labor literaria es copiosa y valiosísima. Ha escrito muchos volúmenes: novelas, estudios críticos, dramas, cuentos, impresiones de viaje por España y el extranjero. Posee una vastísima cultura y es un estilista incomparable. Maneja el idioma con singular maestría. Su espíritu es varonil y agudo. Figura entre los grandes literatos contemporáneos por propios méritos.

Sin embargo, la Condesa de Pardo Bazán no es académico por el *delito* de haber nacido mujer. ¿Cuántos académicos pueden hombrearse con las tres insignes mujeres nombradas: Concepción Arenal, Rosalía de Castro y Emilia Pardo Bazán?



---

## Titta Ruffo

P.—El suceso más saliente de la pasada semana fué la visita de Titta-Ruffo. El famoso barítono italiano habló; pero no cantó, que era lo que se deseaba.

D.—Efectivamente no cantó; pero prometió cantar en otra ocasión.

P.—Sí, a la vuelta lo venden tinto, como suele decirse. Fíate de corteses promesas hechas con más o menos solemnidad. Todos prometen cantar otra vez, cuando de paso para Europa o América arriban a Las Palmas. La Barrientos prometió, Caruso también prometió dejarnos oír su voz. Yo dudo que Titta Ruffo venga expresamente a esta ciudad a cantar.

D.—Hombre, quien sabe; pagándole las 7.500 pesetas que parece que pide por concierto, es posible que se decida a venir.

P.—Una friolera, como quien dice. Preciso es confesar que nosotros no podemos pagar artistas de la calidad y... de la cantidad de Titta Ruffo. Tenemos que contentarnos con oírlos en los discos de un gramófono.

D.—Indudablemente estamos condenados a no oír a las «estrellas» del arte lírico, porque no podemos pagarles lo que exigen. Si de paso quieren cantar en el Casino o en el teatro es la única manera de oírlos. Mas también podemos hacer un esfuerzo y agotar todos los medios, si el público responde, para contratar a Titta Ruffo.

P.—Por mí que se hagan todos los esfuerzos imaginables; pero no es posible olvidar que somos pobres para pagar artistas caros. Además, el teatro es pequeño y forzosamente habría que fijar a las localidades precios elevados incompatibles con el estado económico de los más, porque los menos tienen dinero, pero no están dispuestos a gastarlo. Cuando el tenor Cardinali cantó, en el Pérez Galdós *Otelo*, le oí decir a un señor adinerado, que había hecho el sacrificio de comprar un palco, que le gustaba más una carrera de burros al estilo del país.

D.—Puede también recabarse alguna subvención.

P.—No seas cándido; ese recurso no da resultado. ¿Qué entidad va a dar la subvención? Yo no la veo si buscándola con la linterna de Diógenes.

D.—Puestos a ello no debemos retroceder y ya que se está al habla con Titta Ruffo creo que debe contratársele cueste lo que cueste.

P.—Cueste lo que cueste y ¿quien abona lo que cuesta? ¿El Banco de España? Ese es el problema.

Claro que a mí me agradaría muchísimo oír a Titta Ruffo, aunque solo fuera para ponerle defectos como aquí es costumbre. Insisto en que cada día estamos más lejos de oír a los grandes cantantes. En otros tiempos fuimos más afortunados, pues aquí cantaron Massini, Stagno, Tamagno y otros ilustres artistas.

D.—En otros tiempos quizás hubiera menos dinero; pero había más entusiasmo.

P.—En esta última temporada Titta Ruffo ha cantado en Buenos Aires, ciudad floreciente, rica y espléndida, ganando 15.000 pesetas por función. Ahora dicen que cobra en pesetas porque la moneda española, con la guerra, se ha restablecido de la grave enfermedad que padecía. Quiera Dios que no vuelva a enfermarse.

D.—Así es; Titta Ruffo, han dicho los periódicos que trae de la República Argentina 93.000 duros.

P.—Pues esto me confirma más que no vendrá a Las Palmas, porque es muy solicitado y se le da lo que pide.

D.—Quien sabe; yo no pierdo la esperanza de oírle. A él le gustó la ciudad, que no había visto, a pesar de haber pasado varias veces por Canarias en sus viajes a América. Elogió el Museo Canario y las imágenes de Luján Pérez.

P.—Y firmó postales y se despidió amablemente.

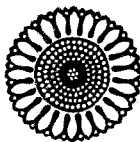
D.—¿Tú lo viste?

P.—Sí, es un tipo vulgar, más bien bajo que alto, moreno, de cara ancha. De *paisano* no llama la atención. Habrá que verle en traje de ópera. Si

no fuera Titta Ruffo podría ser el «barba» de una compañía dramática o un viajante de comercio.

D.—La figura de Caruso tampoco es *sugestiva*. Observo que aquí cuando nos visita un personaje que haya adquirido celebradā por su talento, por su arte o por su posición social, nos fijamos hasta en si tiene «bonito pié».

P.—Es la característica de nuestra pueril curiosidad.



---

## El novelista Trigo

**S**E explica, y es lógico hasta cierto punto, el suicidio de otros escritores de espíritu atormentado que ofrecen en sus obras una visión trágica de la existencia. Pero, a juzgar por sus novelas, por cuyas páginas circula una vibrante onda de placer sensual, en Felipe Trigo es inexplicable la deserción de la vida.

Los personajes de las novelas de Trigo solo se mueven animados del deseo de gozar. Diríase que no comprenden el amor sino como sensación de la carne encendida y estremecida por la fiebre de la lujuria.

El arte de Trigo es afrodisiaco. Era uno de los escritores que más se leían en España. La mayoría de sus novelas la devoran jóvenes ávidos de conocer secretos sensuales y viejos verdes que se deleitan con la lectura picante de páginas pornográficas.

Mucho se ha discutido el arte del novelista que acaba de suicidarse. Cultivó con delectación, que

tiene algo de morbosa, el género erótico con harta frecuencia lindando con la pornografía. El interés de las novelas de Trigo reside en la voluptuosidad de las mujeres por él creadas, nacidas para los placeres del amor. No se preocupaba de ocultar a los ojos del lector las escabrosidades más obscenas. Con todo lujo de detalles suele pintar cuadros de desenfadada lascivia.

Puede decirse que Trigo no conoció la hoja de parra para aplicarla a los desnudos. Algunos escritores, en presencia de escenas íntimas de alcoba, dicen: «corramos un tupido velo»; pero Trigo lo que hace es recorrer el velo para que el lector contemple películas para hombres solos. Trigo, lejos de cerrar la puerta de la alcoba, la abre e invita a pasar al que quiere ver cuadros vivos. Era médico y concedía preferente atención, en materia de amor, a las funciones fisiológicas.

Felipe Trigo deja escritas numerosas novelas. *Las ingenuas*—la obra que más interés nos ha despertado de su autor—*Alma en los labios, Del frío al fuego.*—*Ellas a bordo, La Altísima, La Bruta, La de los ojos color de uva, Sor demonio, La Clave*, etc., etc. Acerca de la guerra europea escribió un libro y recientemente publicó una nueva novela titulada *Si sé por qué*, de la cual conocemos algunos fragmentos. También escribió un estudio sobre ética y estética.

Las ediciones de las novelas de Trigo agotábanse rápidamente. Fué sin duda un escritor de viva imaginación. Las mujeres de Trigo, con distintos nombres, parecen todas una sola mujer. En los protagonistas de sus novelas antójasenos ver retratado

el propio don Felipe Trigo, mundano y conquistador. El donjuanismo es el eje, la *médula*, siempre excitada, de sus obras; un donjuanismo; quizás más falso que real, por más que todo español cree llevar dentro del cuerpo un terrible Tenorio, capaz de seducir a todas las mujeres del mundo.

El estilo de Trigo tiene un sello personal. En sus libros se encuentran a menudo párrafos enrevesados, casi ininteligibles. Parece que para él la gramática es la «ciencia apacible de las medianías», según la frase de un literato americano. Sin embargo, de las incorrecciones que se echan de ver, en el estilo de Trigo hay nervio y plasticidad.

Se le ha negado talento, a nuestro entender sin razón. Aparte el monótono donjuanismo de sus novelas sabía ver la realidad, naturalmente a través de su lente especial. En sus novelas sorprenden a veces observaciones sagaces y no es justo negar que supo trazar algunos tipos admirables de mujer.

No figura Trigo, claro está, entre nuestros autores favoritos ni mucho menos; pero creemos que es injusto el desdén sistemático con que algunos literatos miran sus libros. No escribió obras maestras ni pudo dejar en la literatura la honda huella de Galdós, por ejemplo; mas el que quiera estudiar la novela moderna española no debe olvidar su nombre.

La novela frívolamente erótica de Trigo ha tenido en España imitadores, aunque parezca mentira. El fondo moral—una moral singularísima—que Trigo pretendía ver en sus novelas no lo vemos nosotros. En las obras del popular novelista no acertamos a ver por lo general otra cosa que espasmos lúbricos.

---

## La última aventura de Lebaudy

**A** tenemos de nuevo en escena a Jacques Lebaudy. Este famoso personaje gusta de singularizarse para llamar la atención de las gentes y por temporadas se convierte en el «hombre del día». Si Lebaudy no fuese millonario claro es que nadie se ocuparía de sus extravagantes aventuras; pero los millones son muy llamativos y le sirven para que la Prensa del nuevo y viejo mundo comente sus andanzas.

Hace años, cuando se propuso conquistar el Sahara, estuvo en Las Palmas y aquí organizó parte de la expedición para proclamarse, *urbi et orbi*, nada menos que Emperador del desierto africano. Recordamos la figura—alto, delgado, de cara angulosa—del que se titulaba S. M. Jacques I, Emperador del Sahara, y así se hacía llamar de sus mercenarios *súbditos* los marineros del *Dália* y el *Frasquita*, los dos yates que componían su flota.



Fracasó la empresa del rico azucarero francés que, en su delirio de grandezas, soñaba con verse coronado Monarca, aunque fuese de un desierto. Lebaudy era mirado como un loco inofensivo que se gastaba prodigamente el dinero heredado.

Lebaudy no contaba con ejércitos y escuadras para imponer su voluntad, y por eso se reían de él. Las conquistas territoriales se obtienen con las armas, y los cañones del *Dalia* y el *Frasquita* eran pequeños, de poco alcance, risibles, en fin, para fundar el imperio que ambicionaba el iluso millonario.

Los barcos del Emperador de opereta naufragaron en el «proceloso mar» de la curia y aquí fueron rematados y por estas islas navegan. Lebaudy desapareció de la noche a la mañana y dejó anclados, en el puerto de la Luz, los dos únicos buques de su «escuadra». Por no sabemos, ni queremos saber que cantidades que se le reclamaban, perdió el *Dalia* y el *Frasquita*, sin que se ocupara más de ellos.

En vista de los obstáculos con que tropezaba, Lebaudy renunció a la conquista del Sahara, y de Europa se fué a América, donde ha dado bastante que hablar con sus excentricidades. La vida de este original desequilibrado, que con lo que le producía el azúcar quizo fabricarse un trono, está llena de episodios cómicos y pintorescos.

Lebaudy, con todos sus millones, sí es que aún conserva su gran fortuna, es un infeliz, lo que con piadosa lástima se llama un «pobre hombre». Todo lo que proyecta le sale al revés. Pretendió conquistar y colonizar la región saharena sin permiso de las grandes potencias, a las cuales la fuerza de sus

ejércitos y escuadras autorizan para modificar el mapa a su antojo, apoderándose de lo ajeno contra la voluntad de su dueño, y sus planes fracasaron. Y para «colmo de males» leemos que acaba de ser recluido en el «State Asylun de Long Ysland», en Nueva York, acusado ante las autoridades yanquis, de sevicia. ¿Quién es la acusadora? Pues la propia mujer del recluso.

Lebaudy parece que entretenía sus ocios dedicado al deporte de maltratar a su esposa, creyendo, sin duda, que el masaje es conveniente al matrimonio. Lebaudy, por lo visto, es un hombre cruel, sádico, que goza con martirizar a su «media naranja», a falta de vasallos que someter de grado o por la soberana razón de la fuerza.

Ahora falta saber los motivos que tenga Lebaudy para pegarle a su esposa, pues «las hay que son fieras»... del desierto de Sahara.



---

# Esterilización de los delincuentes

**C**omo derivación o consecuencia de las teorías del ilustre criminalista Lombroso, acerca de la delincuencia hereditaria y del criminal nato, aceptadas por unos y combatidas y rechazadas por otros, en varios Estados de la Unión Americana—las novedades más extravagantes son producto del fértil ingenio yanqui—rige una ley de esterilización genésica para impedir que los delincuentes tengan descendencia.

Y como la mutilación es bárbara, los norteamericanos han elegido el procedimiento de la esterilización como medio profiláctico contra el aumento de la criminalidad.

En nombre de la Naturaleza, de la Humanidad y de la Moral, hay quien combate la ley yanqui; pero a los ciudadanos, más o menos libres, de California, Virginia, Nueva Jersey y otros florecientes Es-

tados de Yanquilandia, debe parecerles de perlas cuando la aceptan confiados en su eficacia.

Desde la implantación de tan extraña medida legal ¿habrá disminuído la delincuencia en sus variadas y múltiples manifestaciones morbosas? No lo sabemos; mas los yanquis son gentes prácticas y, seguramente, se atenderán a los resultados positivos. No conocemos tampoco la estadística de los *esterilizados*, que sería curiosa.

En Cuba, a imitación de los Estados Unidos, también se trata de establecer una ley especial que autorice la esterilización genital de los «delincuentes habituales o reincidentes», según dice la proposición presentada en la Cámara. De este asunto se ocupa en *El Liberal*, de Madrid, D. Santiago Arimon y protesta indignado contra lo que él califica de «aberración legal.»

La ley de esterilización comprende también, además de los criminales, a los locos y degenerados. A los invertidos sexuales se les equipara a los criminales y asimismo se les esteriliza para evitar que tengan sucesión y ante el temor de que

*De los guachinangos grandes,  
salgan los guachinanguitos.*

En Europa no se conoce—como no sea importado de América—el tipo del hombre esterilizado, como la leche de la Pastora; pero tal vez, en vista del resultado de los ensayos esterilizadores, llegue el día que se imponga en todos los países civilizados el sistema preventivo adoptado por los yanquis, maestros en excentricidades y en cosas prácticas, contra el desarrollo progresivo de la criminalidad.

Para tranquilidad de los delincuentes netos o natos y de los candidatos a la delincuencia, conviene advertir que la operación de la esterilización es inofensiva y sencilla. ¿Quién quiere someterse?

Padres prolíficos que tenéis muchos hijos y deseáis que no aumente la prole porque el problema de la vida es cada vez más difícil de resolver, ¡esterilizaos científicamente! Los yanquis garantizan el éxito de la operación.

Mujeres para quienes la maternidad es un estorbo, ¡procuraos casaros con hombres perfectamente esterilizados, pues de lo contrario en el pecado llevareis la penitencia! Amen.

---

Si el tema no fuese tan escabroso analizaríamos los inconvenientes y ventajas de la esterilización desde diversos puntos de vista; pero renunciamos a ello por no ofender oídos castos.

En Rusia existió una secta llamada *Scopci* o mutilados que fué implacablemente perseguida por los Gobiernos. Eran unos bárbaros que querían la extinción de la especie humana. Los yanquis no mutilan; han superado a todos en la limpieza y sencillez de los procedimientos con el sistema de la esterilización. Las ciencias adelantan...

---

## Cavia académico

**P**ARA la vacante que existe en la Academia española ha sido designado candidato don Mariano de Cavia. Consideramos esta elección acertada y justa. Cavia entra en la Academia por derecho propio. Otras veces se ha postergado a insignes escritores para consagrar académicos a políticos adocenados. Por las injusticias cometidas la Academia se ha visto combatida con razón, perdiendo la autoridad que debe tener la corporación que ostenta el consabido lema de «fija, limpia y da esplendor.»

En la Academia tienen asiento individuos que han usurpado el puesto a preclaras mentalidades. La casa que debe ser hogar sagrado de altas inteligencias suele abrir las puertas a intrusos que carecen de méritos para pertenecer a la institución de los «inmortales».

Cavia, por su erudición, por su vasta cultura, por su ingenio, por su labor de 40 años en la Prensa, por el celo inteligente con que vela por conser-

var la pureza del idioma, por sus conocimientos lingüísticos, por su dominio del habla, es digno de ocupar un sillón. Con el ilustre aragonés penetra en la Academia un gran prestigio del periodismo, porque el periódico es su cátedra.

La pluma de Cavia siempre ha estado al servicio de causas nobles; su espíritu ha rendido culto a todo lo bueno, lo bello y lo justo. Por los fueros de la lengua libra constantes batallas. Es un escritor de estilo castizo, defensor intransigente del purismo, enemigo del uso y sobre todo del abuso de voces extranjeras con menoscabo y ultraje del idioma en que se escribió el Quijote. No transige Cavia con el empleo de vocablos exóticos innecesarios y de mal gusto que afean el lenguaje. Es Cavia de los pocos que positivamente limpian, fijan y dan esplendor. No se opone, claro está, a una racional renovación del idioma incorporando al léxico castellano palabras nuevas de procedencia extraña; pero sin olvidar las fuentes clásicas, el origen y raíz de la lengua en que pensó y escribió Cervantes.

Las «derivaciones bárbaras» le irritan. Son atormentadores del idioma—habla Cavia—todos los que dicen o escriben:

Defectuosidad, por defecto.

Solucionar, por resolver.

Presupuestar, por presuponer.

Inteligenciarse, por entenderse.

Testimoniar, por atestiguar.

Represionar, por reprimir.

Reconvencionar, por reconvenir.

Resistenciarse, por resistirse.

Conmiseracionarse, por compadecerse.

Y agrega. «Los sentires y los pensares, por los sentimientos y los pensamientos.

»Los mirares y los reires, por las miradas y las risas.

»Y hasta los [hablares y los amares, por las palabras y los amores».

A nuestro entender Cávía, que en la mayoría de los casos tiene razón, algunas veces exagera el purismo.

La labor de Cávía es copiosa. En multitud de artículos ha hecho derroches de ingenio ático y de humorismo satírico. Es un inimitable cronista que sabe ser siempre ameno y nunca indigesto. Su estilo es limpio, claro, elegante, sin afectación ni retóricas chirles, y su vena humorística y satírica inagotable. Escribe con admirable propiedad y discurre con gracia, con donaire castizo, con ingenio agudo, irónico y original. Es un hablista impecable.

De no haber estado sujeto a la galera del periodismo, seguramente hubiese producido obras duraderas de crítica de costumbres o de sátira social. Durante muchos años Cávía ha sido el cronista insuperable de las multiformes manifestaciones de la vida contemporánea. Escritor independiente y sincero ha llegado a viejo sin ser más que periodista, que es su título de honor.

Los esfuerzos que ha realizado por la difusión de la cultura acaban de ser reconocidos y premiados, otorgándosele la gran cruz de Alfonso XII. Propuesto por Echegaray, Cávía ingresa ahora en la Academia. Ya era tiempo de premiar el saber y la inteligencia de este laborioso trabajador intelectual, honra del periodismo español.



---

## Rubén Darío

**E**N Nicaragua, su patria, ha muerto este gran poeta. Era un indio con espíritu helénico. Tenía la pasión y el orgullo de la raza, la fantasía exuberante de la Naturaleza americana y el refinamiento y la gracia de un artista del Renacimiento. Su gran fuerza es la originalidad en la expresión y en el pensamiento. Debemos a Rubén Darío deleites inefables y hondas emociones. Hasta en sus extravagancias, por él mismo reconocidas, era genial.

Fué jefe de escuela, aclamado maestro por los nuevos poetas de España y América, y audaz renovador de la métrica. Hizo una verdadera revolución en la poesía. Ningún poeta de nuestro tiempo ha dejado en las letras tan profunda huella. Rompió los viejos moldes y creó los nuevos. Su labor fué fecunda. Se le discutió y combatió mucho y acabó por

imponerse. Hijo de América, amaba sinceramente a España.

Para estudiar la moderna evolución de la poesía en España y en América, es indispensable fijarse en la personalidad del autor de *Cantos de vida y esperanza*. Rubén Darío conocía todas las literaturas, antiguas y modernas. Su cultura era vastísima. Era ferviente admirador de los poetas y literatos franceses. A Víctor Hugo le adoraba como a un dios. De Verlaine, de Remy de Gourmont, de Leconte de Lisle, de Moreas, de Richepin, habló en admirables estudios críticos. De Verlaine, Mallarmé y otros fué amigo.

En verso hizo verdaderas maravillas, cinculó joyas líricas de un arte incomparable. Era también un admirable prosista de estilo propio y vigoroso. El alma universal del amor y el dolor, de los ensueños y las realidades, vibraba en la lira del insigne cantor. Su sensibilidad era de una suma delicadeza. La vida fué la fuente perenne de su inspiración. Sabía transmitir intensamente, a través de las estrofas, modelos de belleza, las más variadas y profundas sensaciones. Hay en los libros de Rubén Darío composiciones definitivas que le elevan a la cumbre del Parnaso. Si fuésemos a reproducir fragmentos de las poesías exquisitas que compuso, llenaríamos muchas cuartillas. Leyéndolas y releyéndolas en estos momentos se siente crecer la admiración por el poeta y se hace más agudo el sentimiento de su pérdida.

Pero Rubén Darío es inmortal, su alma está en sus obras. La muerte ha podido enmudecer su voz mágica, mas no podrá extinguir su nombre, ni apagar el resplandor áureo de su gloria.

Cuentan los que conocieron y trataron al hombre que su corazón era tan noble y generoso como excelso su espíritu de poeta. Vivía en contacto con las impurezas de la vida cotidiana y con las miserias y ruindades humanas sin que se mancharan sus alas de condor soberano, explorador de las regiones infinitas.

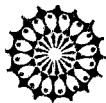
Hacía tiempo que estaba enfermo, triste, abandonado y pobre el poeta que había derrochado, a manos llenas, junto con los tesoros de su talento y de su arte peregrino, el dinero que no supo guardar y que le sirvió para satisfacer placeres y caprichos. Su corona de divino poeta no le hizo feliz. La felicidad no es de este mundo, es una quimera que cuando creemos aprisionarla se desvanece. Viajero infatigable, errante peregrino, gustó de todos los placeres y sintió el dardo agudo de los desengaños que desgarran el corazón. Cruzó la tierra romántico caballero del Ideal, sobre un blanco cisne. Los cines tan amados del poeta que los cantó, en magníficas estrofas.

Desaparece el portentoso lírico, todo ternura y armonía, en plena madurez de su talento. Rubén Darío nació en Enero de 1867. Contaba, pues, 49 años de edad. En la sonoridad de la expresión, en la variedad y flexibilidad del ritmo, en la sutileza del pensamiento, en la entonación armónica y en la hondura de la emoción ningún poeta de nuestros días le ha igualado. Las más extrañas y diversas combinaciones métricas plegábanse dóciles a su arte. Renovó y transformó la poesía e impuso las nuevas formas. Conocía y admiraba a los clásicos españoles.

Del vate de las doloras y las humoradas escribió una semblanza tan expresiva que leyéndola no puede menos de exclamarse: ese es Campoamor. Rubén Darío cantó a la muerte que acaba de arrebatarle, sin medrosos temores, con fuerte serenidad. De su juventud despidióse con acentos sentidos y conmovedores. El poeta acertó a llorar por todos la juventud que se va para no volver. El espléndido canto a la Argentina y la oda a Mitre, tienen entonaciones grandiosas. ¿Y qué diremos de la *Marcha triunfal*, del *Coloquio de los centauros*, del soneto *Margarita*, de la *Sonatina*, de los *Cisnes*, de *Era un aire suave* etc? Leed, leed sus libros.

Rubén Darío no fué un poeta popular, ni pudo serlo, ni quiso serlo. Su arte no se hallaba al alcance de la vulgar comprensión de la muchedumbre. Como Edgar Poe y como Paul Verlaine ahogó en alcohol sus penas y tuvo trágicas alucinaciones.

Ya descansa en la paz eterna el atormentado soñador.



---

## El actor Tallaví

**N**os ha sorprendido la muerte de José Tallaví. Hace muy poco tiempo que la prensa madrileña daba cuenta de sus éxitos en uno de los teatros de la Corte. Los críticos encomiaban el talento y la labor artística del malogrado actor.

Si la memoria no nos engaña, a principios de 1914 actuó en el «Pérez Galdós», por primera vez. Hace dos años su aspecto era de hombre sano, de naturaleza fuerte. Pero las emociones, el estudio, las contrariedades, el constante desgaste nervioso envejece prematuramente o mata a los artistas de la sensibilidad de Tallaví, que tenía cabeza y corazón, es decir que pensaba y sentía.

Fué de los que tuvo que luchar mucho para imponer su arte sincero y honrado en España y América. Estuvo largas temporadas fuera de la patria, errante, de escenario en escenario, en los países

americanos. No sabemos si deja fortuna después de tantos esfuerzos; probablemente no, como la mayoría de los actores españoles. Vico murió en la miseria «cargado de laureles» que no le servían para nada.

De su paso por Las Palmas dejó grato recuerdo. Hallábase en la plenitud de sus aptitudes. Aquí representó obras del teatro nacional y extranjero, de diversos géneros. Su vocación llevábale a interpretar el drama antes que la comedia y su temperamento adaptábase mejor a lo dramático.

Tenía Tallaví admirablemente disciplinadas sus facultades. No era, a nuestro entender, un actor de los bríos y de la inspiración de Borrás, por ejemplo; pero en conjunto la labor de Tallaví nos parecía más igual, menos defectuosa que la del ilustre artista catalán. Diríase que Tallaví tenía distinto concepto del arte que Borrás. El arte del actor que acaba de morir, era inflexiblemente honrado, concienzudo, aunque este abjetivo está desacreditado por el abuso. Tallaví no hacía concesiones al mal gusto del público para arrancar fáciles aplausos con desplantes y «latiguillos». Los médios de expresión que poseía los empleaba sin exagerarlos en busca de efectos falsos. Era un artista reflexivo que sabía interesar y conmover sin necesidad de apelar a los recursos gastados y convencionales con que *triumfan*, verbigracia, los intérpretes del teatro policiaco.

De todas las obras que le vimos representar—*Hamlet*, *El Místico*, *La loca de la casa*, *La Malquerida*, *Los Espectros* la que nos produjo más honda y duradera impresión fué el obsesionante drama de

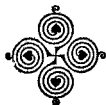
Enrique Ibsen, el formidable poeta noruego. Conservamos un recuerdo imborrable de la representación de *Los Espectros*, drama que conocíamos antes de vérselo interpretar a Tallaví. Fué el gran triunfo de aquella memorable temporada. Tallaví comunicó intensamente a los espectadores todo el horror escalofriante del trágico *Oswaldo*. Del proceso de la terrible enfermedad del protagonista de *Los Espectros* había hecho un sorprendente estudio. Pero no era sólo lo *exterior* del drama ibseniano lo que nos presentaba Tallaví, sino el *interior*, la psicología, el pensamiento, lo sustancial de la idea.

Como es sabido en *Oswaldo* se cumple fatal, implacablemente, la ley de herencia. En su hijo ve la infeliz madre de *Oswaldo*, horrorizada, el retrato de su marido: los mismos vicios, idéntica enfermedad, la propia perversión moral de su padre dominan al sombrío personaje de *Los Espectros*.

Tallaví fué en España el creador del tipo de *Oswaldo*, que tan acertadamente había estudiado y al que tan emocionante relieve daba en escena.

Sobresalía notablemente Tallaví entre los modernos actores emancipados de la vieja escuela española afectada, enfática y declamatoria.

Ha muerto joven y consagrado. Tallaví nació en Melilla en Noviembre de 1876. Contaba, pues, 40 años escasos.



---

## “Juan José” y la fiesta del trabajo

**G**DUARDO Zamacois propone que así como perdura la costumbre de representar el día de los difuntos el *Don Juan Tenorio*, de Zorilla, se ponga en escena en los teatros de España el 1.º de Mayo, fecha en que los obreros celebran la fiesta del trabajo, el drama de Dicenta, *Juan José*.

La idea ha sido favorablemente acogida, primero por el notable actor Emilio Thuillier, que fué el que estrenó en Madrid, en 1895, la celebrada obra de Dicenta, y después por otros artistas.

*Don Juan Tenorio* y *Juan José* son dos dramas genuinamente españoles. *Juan José* es una obra pasional, en la cual el amor acaricia y rugen los celos. También vibra cierto espíritu de rebeldía del obrero contra el patrono. Hay en el drama del ilustre literato lo que pudieramos llamar *elementos tenorioscos*. La *Celestina* es un tipo castizo, admirable-



mente trazado y Paco, en su esfera, ¿qué es más que un Tenorio al uso que conquista las hembras con billetes del Banco?

Por su carácter puntilloso, por sus arrebatos pasionales, por sus vehemencias amorosas, por la arrogancia, un tanto fanfarrona, con que defiende la posesión de la amante cortejada, *Juan José* no puede ser otra cosa que español.

El medio social de que extrajo Dicenta su aplaudida obra está muy bien observado y pintado con fidelidad. Diríase que el popular dramaturgo ha conocido *personalmente* los personajes de su drama.

*Juan José* fué la consagración definitiva de su autor, que antes había dado al teatro otras producciones, como *El suicidio de Werter* y *Luciano*. El éxito extraordinario que obtuvo *Juan José* hizo popularísimo el nombre de Joaquín Dicenta. Por todos los escenarios paseó triunfante la blusa del protagonista del drama. Hubo quién vió en la blusa del *Juan José* algo así como una bandera de combate y en su contenido un programa socialista. El tiempo encargóse de desvanecer el error.

*Juan José* es un drama sincero y real, aunque en el fondo de su pintoresco realismo palpita la pasión romántica. *Juan José* es un romántico que roba por el amor que siente por *Rosa* y mata por celos... a la española. El no puede tolerar que la mujer que fué suya y por la cual se quedó sin trabajo y le condenaron a presidio, se halle en brazos de otro, y mucho menos en los de su rival y patrono, al que odia. Por eso se evade de la cárcel y estrangula a la infiel querida. En España tratándose de amores trágicos la mujer es siempre la víctima.

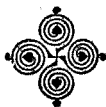
El drama, indudablemente, es interesante, vigoroso, intenso; un gran acierto de Dicenta. Ninguno de los dramas que posteriormente escribió, todos con marcada tendencia social en consonancia con las ideas radicales del ilustre literato, ha obtenido el éxito clamoroso de *Juan José*.

Ciertamente que esta obra no encarna las reivindicaciones del proletariado, pues en ella no se plantea ni resuelve ningún problema ideológico, aunque algunas escenas suenen a propaganda contra la actual organización económico-social. *Juan José* no es, ni puede ser, como algunos pretenden, el drama del obrero español.

A nuestro entender no es más que una hermosa obra teatral, mirada desde el punto de vista del arte y sin buscar en él ninguna *tésis*, más o menos revolucionaria.

¿Cuajará la iniciativa de Zamacois? Por lo pronto podemos decir que la misma *razón* que hay para representar *Don Juan Tenorio* el día de la conmemoración de los finados, existe para poner en escena *Juan José* el día que los obreros celebran la fiesta del trabajo.

Con ello la causa obrera no ganará ni perderá nada y solo se conseguirá que no caiga en el olvido el popular drama de Dicenta.



---

## San Favor, patrón de España

**S**AN Favor bendito y Santa Recomendación veneranda: he ahí dos santos que ocupan puesto preeminente en el santoral «laico». Indudablemente son de la misma familia y muy españoles, aunque sospechamos que su reino es universal y que lo mismo tienen altar y devotos en España que en China, «sin ir más lejos», como dijo el otro.

¿Quién es el feliz o infeliz mortal que no ha invocado, alguna vez, por vicio o por necesidad, el dulce nombre de San Favor? ¿Dónde reside el sujeto que pueda decir, en alta voz, que nunca se ha puesto «bajo la advocación» de Santa Recomendación, que por su mucho uso y abuso no puede ser virgen y a juzgar por el auge de que goza tampoco podemos considerarla como mártir?

Mártires si son los desventurados seres—racionales unos por la razón y otros por la ración—que

no tienen la suerte de disfrutar de las mercedes que dispensa San Favor y de los dones que reparte Santa Recomendación, cuyos auxilios se imploran, con abusiva frecuencia, en este valle de lágrimas, donde el que no tiene padrino muere pagano. Desdichado del que no está en gracia de San Favor. Dichoso aquel que es bautizado por San Favor y confirmado por Santa Recomendación.

En el llamado «campo político» es donde más fervoroso culto se rinde a San Favor y a Santa Recomendación. A su eficaz protección se recurre para ser elegido concejal, diputado, senador o para obtener un empleo encumbrado o modesto. Con tarjeta de San Favor no se necesita alegar «méritos propios» ni exhibir «hoja de servicios». Por el contrario, sin tarjeta de Santa Recomendación en vano se alegan «méritos propios» y se exhibe «hoja de servicios».

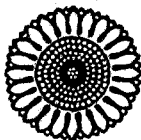
Y en otro «terreno», verbigracia, el que tiene que sufrir un exámen para obtener este ó el otro título o el que se ve obligado a hacer oposiciones para optar a tal o cual plaza en los «distintos ramos de la administración pública», si antes no se provee de la «carta blanca» que para todo suele extender San Favor, de acuerdo con Santa Recomendación, puede considerarse perdido y renunciar a sus aspiraciones, por muy nobles y legítimas que sean.

En España San Favor tiene magníficas catedrales, espléndidas iglesias y hasta humildes ermitas e indistintamente oficia en templos grandes o pequeños, según sea la importancia del asunto que se le recomiende o la calidad de la persona que se coloca bajo sus auspicios.

Con la medalla de San Favor se llega a todas partes por tierra y se navega felizmente por los mares sin temor a naufragios. San Favor es taumaturgo y en la improvisación de personajes hace milagros.

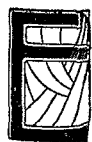
El *ateo* que no crea en San Favor, que no le ree, que no le encienda velas, que no le haga novenarios, es un desgraciado que no sabe vivir y que no conoce el mundo y vale más que se suicide y por si acaso, en previsión de lo que pueda ocurrir, le aconsejamos que, antes de emprender el viaje del que no se regresa, se provea de un pasaporte expedido por el soberano santo nacional, poderoso, munífico y magnífico Señor que reina y gobierna en nuestra nación.

¡Viva, pues, San Favor bendito, patrón de España.!



---

## La profecía de Víctor Hugo



EN el curso de la tragedia europea es frecuente recordar la guerra franco-prusiana de 1870-71, que sólo fué un simple episodio comparada con la presente conflagración, la mayor y más sangrienta que han visto los siglos.

El 70 Francia declara la guerra a Prusia. En pocos meses cae deshecho el segundo imperio que soñaba con reverdecer los laureles de Napoleón el grande. Napoleón III capitula y se entrega prisionero. Después de Sedan y Metz, París resiste heroicamente y por fin se rinde.

El pueblo francés gritaba frenético en 1870: ¡a Berlín, a Berlín!, y fué vencido y humillado por las huestes prusianas. Francia vió mutilado su territorio y sobre las ruinas humeantes del imperio de Napoleón III levantóse potente el imperio germánico. En Versalles fué coronado el Emperador alemán pa-

ra que el dolor de la humillación del vencido fuese más cruel.

En 1914 Alemania provoca la guerra; las tropas tudescas invaden impetuosamente, como un río desbordado, el suelo francés gritando: ¡a París, a París! en recuerdo, sin duda, del fácil triunfo de 1870. Pero, antes de llegar a París, el ejército del Kaiser es derrotado y tiene que retirarse.

En Septiembre de 1870 se rinde Napoleón; en el mismo mes de 1914 la victoria del Marne salva a Francia.

¿No habrá algo de providencial, de sentido reivindicativo, de ley histórica en estos hechos?

Acaba de cumplirse el segundo aniversario de la guerra y la balanza empieza a inclinarse del lado de las naciones aliadas. La formidable máquina militar alemana, que en el Marne sufrió el primer revés, es detenida en Verdun y comienza a retroceder. Los ejércitos aliados son ahora los que atacan y toman la ofensiva en todos los frentes.

El desenlace de la gran tragedia se inicia al parecer; pero será largo y tal vez dure un año más la feroz contienda. ¡Quién lo sabe!

Las víctimas se cuentan por millones y los gastos son fabulosos. De este inmenso sacrificio humano, ¿saldrá un mundo nuevo, una nueva sociedad? ¿No será estéril para el porvenir la sangre vertida a torrentes? El misterio del futuro es indescifrable.

---

En Marzo de 1871 protestaba Víctor Hugo, ante la Asamblea Nacional, encendido su verbo en có-

lera patriótica, contra la anexión de la Alsacia y la Lorena a Alemania. He aquí las palabras del gran poeta:

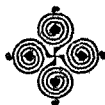
«Desde mañana no tendrá Francia más que un pensamiento: el de recobrar sus fuerzas y sus energías, alimentar una santa cólera, educar su nueva generación y formar su ejército, que será el pueblo entero, para volver a ser la Francia de la idea y de la espada. Entonces será invencible y recobrará Alsacia y Lorena, se apoderará del Rhin, de Maguncia y de Colonia.»

Como vaticinaba Víctor Hugo, el *pueblo entero* lucha y se sacrifica valerosamente en las trincheras, en las fábricas, en los campos, en las ciudades en defensa de la patria en peligro.

Añadía el genio creador de *Los Miserables*:

«Entonces se acercarán los dos pueblos y dirá Francia a Alemania: tú eres mi hermana y como yo no puedo olvidar que me libraste de mi emperador, vengo yo a librarte del tuyo».

Como queda dicho Víctor Hugo pronunció este discurso histórico en 1871. Han transcurrido 45 años: Francia, republicana y socialista, confía en la victoria y acaso sus soldados tengan fé en la profecía de quien es gloria inmortal de las letras francesas.





---

## De maestro de escuela a torero

**E**s un nuevo caso de la España pintoresca. El infortunado Antonio Carpio, una de las tantas víctimas de la «fiesta nacional», era maestro de escuela en un pueblo de la Península y, seguramente, pensó que es más halagüeño el porvenir que espera al lidiador de reses bravas que al que consagra sus afanes a educar a la infancia.

La realidad de la vida española nos ofrece el contraste de manera tan acentuada y con tanto relieve que se mete por los ojos imperiosamente. El torero es el héroe, el ídolo popular, a quien se exalta, aclama y vitorea dentro y fuera de la plaza; vive mimado y goza de todo género de consideraciones sociales. El maestro de escuela, por el contrario, arrastra una vida pobre y oscura, vive en la estrechez, sin dinero y sin halagos. Lejos de ser héroe es mártir y sufre desdenes y vejaciones.

El torero, si se llama *Guerrita*, o *Machaquito*, o *Bombita*, se ve rodeado de admiradores de todas las clases sociales y se retira joven y con millones de pesetas.

Se explica, pues, que Antonio Carpio abandonara la escuela lugareña para vestir el traje de luces. Cuentan que era un torero de valor temerario que en más de una ocasión fué retirado del redondel herido. Recientemente, toreando en Astorga, sufrió una grave cogida, falleciendo a las pocas horas.

De haber continuado Antonio Carpio de maestro de escuela hubiese estado libre de los peligros de matar toros; pero ya dijo un famoso torero que «más cornás da el hambre.»

En la carrera del magisterio no se hace fortuna y, en cambio, se experimentan privaciones y bur-las y en las plazas de toros, ciertamente que con riesgo de la vida, el torero que tiene suerte y llega a triunfar ve asegurado un envidiable porvenir.

Comparemos un escenario con otro, la escuela con la plaza de toros. La escuela en los pueblos españoles suele ser un local pequeño, sin aire, triste, sombrío, cárcel de los niños y del que los educa. La plaza de toros es un lugar amplísimo, lleno de luz y de alegría. El maestro realiza su labor educativa oscura y silenciosamente, sin público que la aprecie y aplauda, en medio de la general indiferencia, mal vestido y peor alimentado. El torero luce su garbo y su arte en presencia de una enorme muchedumbre que emocionada le aclama hasta el frenesí.

Es lógico y humano que *Joselito*, *Belmonte*, *el Gallo* y *Pastor*, en vez de dedicarse a faenas rudas de pobres obreros por un mísero jornal que apenas

les daría para vivir, se consagraran al toreo y hoy pasean en triunfo toda España y cobran miles de pesetas por cada corrida.

¿Qué sabio, que artista, que literato puede en España vanagloriarse de ganar lo que gana un torero?

Se comprende que Antonio Carpio renunciara a su profesión de maestro soñando con emular las hazañas de *Frascuelo* y *Lagartijo*.

El infeliz torero valenciano ha muerto a los 21 años, sin tomar la alternativa en Madrid. No llegó a ver realizada su aspiración, que es el sueño de todos los toreros noveles: ser consagrado por el público madrileño y por los críticos taurinos de los periódicos de la Corte.

Entre los cuernos de un toro se desvanecieron todas sus ilusiones, y en último caso, puesto que tenía que morir algún día, es más bello, más gallardo caer ensangrentando la arena y emocionando a la multitud, frente a la fiera con el trapo rojo en una mano y la espada en la otra, que hallar la muerte, después de una vida de desengaños y miserias, siendo maestro de escuela en un pueblo rural.

Antonio Carpio, lo tenemos por seguro, vivió de torero mejor y más holgadamente que de maestro, y si el destino le fué adverso y cayó trágicamente en la plaza donde pensaba aprisionar la dicha y la fortuna para él y para los suyos, después de todo con el drama sangriento de la muerte del torero se acabó la tragedia de la vida del maestro de escuela.

---

# Echegaray

**H**A muerto D. José Echegaray. Con él desaparece una grande, extraordinaria figura de nuestro tiempo, gloria de la ciencia y de las letras. Su nombre hace tiempo que había traspasado las fronteras en las consabidas alas de la fama. Por su inteligencia luminosa y por su vasto saber era un gran prestigio español.

Para la juventud era Echegaray un hombre de otra centuria. El autor de *El Gran Galeoto* tenía casi un siglo de existencia. Nació en Madrid en 1833; contaba 83 años de edad.

Tracemos una breve síntesis de su larga, fecunda y laboriosísima vida consagrada al estudio y a la producción científica y literaria.

Desde muy joven reveló que era un cerebro escogido. Los ejercicios de ingreso en la Escuela de ingenieros civiles le valieron el número uno, y esta

calificación la conservó durante toda su carrera. Una vez que obtuvo el título desempeñó el cargo de ingeniero en varias provincias y después fué profesor de la Escuela de que había sido alumno predilecto.

Con Figuerola, Moret y otros ilustres economistas, fué entusiasta campeón del libre cambio en España, poniendo su palabra y su pluma al servicio de la propaganda de sus doctrinas. Figuró como diputado en las Cortes constituyentes de 1869 y en ellas combatió, con ardimiento, el proteccionismo, defendiendo sus ideas librecambistas.

Antes de estallar la revolución había permanecido alejado de las candentes luchas políticas de aquella época, agitada y tumultuosa, de la cual surgió la España democrática. Triunfante la revolución de Septiembre, Echegaray entró de lleno en el campo de la actividad como hombre de partido, desempeñando importantes cargos públicos. En las Cortes defendió la libertad religiosa con vehemente elocuencia. En el Gabinete presidido por el general Prim, insigne caudillo de la revolución, ocupó el Ministerio de Fomento. Más tarde fué Ministro de Hacienda.

Después del golpe de Estado del general Pavia, Echegaray formó parte del Ministerio de conciliación. Estaba afiliado al partido republicano progresista y cuando Martos, el gran tribuno, su íntimo amigo, ingresó en la Monarquía, se apartó de la política.

En estos últimos años figuraba en el partido liberal y fué Ministro de Hacienda en un Gabinete presidido por Montero Ríos,

En las memorias que dejó escritas relata interesantes episodios de su vida política, que al propio tiempo son curiosas páginas de la historia de España.

Poco antes de desaparecer de la escena política dióse a conocer Echegaray como dramaturgo, verdaderamente genial a pesar de sus extravíos. Sus primeras obras no se las quisieron representar. En 1874 estrenó *El Libro Talonario*; era a la sazón Ministro de Hacienda. ¡Un matemático y hacendista literato! *El Libro Talonario* lo firmó con el pseudónimo de *Jorge Hayaseca*, que es un anagrama. Después estrenó *La esposa del vengador*, que fué su consagración. Su labor es bastante copiosa; escribió más de 60 obras: dramas, tragedias, comedias y leyendas dramáticas en prosa y en verso. Muchas de sus producciones han sido traducidas a varios idiomas y representadas con éxito en el extranjero. También escribió importantes obras científicas y tratados de matemáticas. En ciencias físicas y sociales sobresalió notablemente.

---

Echegaray es más conocido y popular como autor dramático que como político y hombre de ciencia. Hablemos ahora de su tan discutido teatro.

Al ocuparse del estreno—1879—del drama titulado *Mar sin orillas*, que por cierto fué un fracaso, escribía el insigne crítico *Clarín*:

«Echegaray, hoy como el primer día de su gloriosa aparición en la escena española, es un fenómeno del teatro; merece estudio, lo exige detenido y exento de preocupaciones; la crítica se ha contenta-

do con consagrarle conceptillos o antítesis cursis, gastadas y altisonantes, según el gusto de cada crítico. Todos reconocían que no se le podía aplicar el canon común a los poetas medianos que se estilan, y nadie buscaba ni busca otro canon. Se seguía el procedimiento, más propio de empleado de alfolí que de críticos, de pesar los defectos y las bellezas de sus dramas; y según se inclinaba de un lado o de otro la balanza (no siempre fiel), así se condenaba o se glorificaba la obra de Echegaray.»

Añadía *Clarín* que Echegaray «es imperfecto, desigual y precipitado en la concepción de la trama dramática, cuya semejanza a la de la vida es más necesaria condición escénica de lo que él se figura.»

Por nuestra cuenta nos proponemos hacer algunas ligeras observaciones acerca del teatro de Echegaray, quien suele sacrificar la verdad a un efecto teatral amañado y violento. La fantasía de Echegaray hacía mangas y capirotes con la realidad. Quizás este fuese su principal defecto.

En las obras de Echegaray, al lado de escenas lánguidas, de episodios ociosos que perjudican la unidad del pensamiento y que lejos de dar quita interés a la acción, sorprenden situaciones de indudable grandeza.

Obtuvo en la escena resonantes, clamorosos triunfos. Escribió dramas para que Vico y Calvo, en noble emulación, lucieran sus facultades de grandes artistas. También trazó *papeles*, como diría el maestro Unamuno, para la ilustre actriz María Guerrero y para Díaz de Mendoza.

Su teatro es todo brillante pirotecnia y está lleno de violentos choques pasionales, de escenas

desconcertantes y arbitrarias, de situaciones inverosímiles, de desenlaces bruscos, a tiros.

Al público le interesaba extraordinariamente el procedimiento dramático de Echegaray, su indiscutible habilidad para aprisionar la atención del espectador, excitando sus nervios. Alrededor de un caso de adulterio urdía una trama, con frecuencia de carácter melodramático, fabricaba a su antojo un conflicto falso y artificioso y la concurrencia sugestionada aplaudía y aclamaba, loca de entusiasmo, a Echegaray.

Hallábase en lamentable decadencia el teatro español, después de la fulgurante llamarada del romanticismo, cuando se dió á conocer Echegaray como autor dramático. Fué más audaz que sus contemporáneos López de Ayala y Tamayo y Baus. Cultivó Echegaray un género híbrido, mezcla de romanticismo trasnochado y de realismo contrahecho y convencional. En torno del protagonista de un drama hace girar a los demás personajes como autómatas, sin vida ni calor humano, y la fábula va desarrollándose convencionalmente, sin lógica ni cosa que lo valga. Diríase que era esclavo del efectismo teatral, al cual lo sacrificaba todo: verdad, pintura de caracteres, análisis psicológico, ambiente de realidad, sentimientos humanos, sentido ideológico, etc.

Al evolucionar el teatro, ajustándose los nuevos cánones a la realidad de la vida, transformóse la vieja ideología y el arte dramático abordó problemas morales, sociales y psicológicos. Al triunfar el moderno teatro se vino al suelo, con estrépito, todo el fantástico edificio retórico de la peculiar drama-



turgía de Echegaray, hueca por dentro, brillante y deslumbradora por fuera.

Echegaray puede decirse que ha sobrevivido a su propia obra. Su imaginación era fértil y exuberante, rica en ideas y de poderosa inventiva. Cuando se puso de moda el teatro simbólico, ya viejo, intentó hacer ensayos en este género —los símbolos a veces resultan charadas o geroglíficos—, y no tuvo éxito. Su estilo era galano, castizo, fácil.

Hacía tiempo que no escribía. Sin duda comprendió que había pasado su tiempo. Las obras de Echegaray cada día se representan menos. Injustamente fué desdeñado por algunos críticos jóvenes al acometerse la llamada revisión de valores estéticos.

Echegaray, como decía Clarín, *merece estudio, lo exige detenido y exento de preocupaciones...*

Perteneció a una pléyade de hombres extraordinarios: literatos, filósofos, oradores que mostraban su actividad mental y su cultura en las discusiones del Ateneo, en el libro, en el periódico, en la tribuna. Brilló Echegaray al lado de Castelar, de Pi y Margall, de Salmerón, de Cánovas...



---

## Los extremos

**S**ERÁ verdad que hay tantos genios en España? A juzgar por los elogios de la Prensa es indudable que sí, que abundan extraordinariamente las hembras y los varones talentosos en artes, ciencias, literatura, política, periodismo, etc.

La incontinencia hiperbólica en el encomio ha llegado a tales extremos que los adjetivos laudatorios están ya desacreditadísimos por el uso immoderado y por el abuso frenético que de ellos se ha hecho. Si vamos a dar crédito a lo que dicen los periódicos de Madrid y de provincias, casi todos los escritores, los políticos, los artistas, los poetas, los oradores son ilustres, insignes, eminentes.

Para distinguirlas de tantas eminencias de doble, a las escasas y legítimas glorias de las letras, las ciencias y las artes, es preciso llamarlas por sus

nombres a secas, sin adjetivos. Del vocablo «maestro» suele también abusarse demasiado. Si fuésemos a creer como artículo de fé lo que a diario se escribe y se lee, son muchos los maestros, no de escuela ni de obra prima, sino maestros en literatura, en ciencias, en artes, en periodismo, que existen en España.

Si se habla de política abundan los insignes estadistas (así prospera y le luce el pelo a la nación), los diplomáticos sagaces, los elocuentes tribunos, los ilustres hacendistas, los notables parlamentarios, los grandes economistas y financieros. Si se trata de poesía forman legión los inspirados, eximios, exquisitos poetas. A cada rato leemos: El gran poeta X acaba de publicar un libro que es una maravilla. Campoamor al lado de X es un coplero. ¡Que honda emoción encierran sus versos!

Y X, que a lo mejor es un muchacho sencillo y modesto, se cree que es un genio, se infla de vanidad y se hace insoportable.

Según los periódicos, todos los días se publican libros de versos prodigiosos. Y lo peor del caso es que los autores lo toman en serio y con gesto despectivo hablan mal de críticos como Menendez Pelayo y de poetas de la estirpe de Zorrilla.

¡Oh, los modernos, sutiles, exquisitos hijos de Apolo, para quienes el cantor inmortal de Granada es un versificador ramplón! ¡Ah, los poetas de los claros de luna, de los remansos dormidos, de las noches estrelladas—especiales para nocturnos amorosos—de Colombinas, Pierrot, Arlequin y... compañía! Poetas que creen tener, en su propio domicilio o «torre de marfil», una fuente Castalia, para beber

en ella inspiración, y un soberbio Pegaso para remontarse a las puras, excelsas regiones ideales.

Si se hace referencia al teatro todos son insignes dramaturgos, ingeniosos comediógrafos, grandes actrices, notabilísimos actores. A artistas bastantes mediocres se les llama, sin empacho, glorias de la escena.

Todo el que dá a la estampa una obra, la Prensa publica su retrato y unas líneas concebidas en estos o parecidos términos: Fulano de Tal, insigne autor de la novela «Venus en camisa» o «Las conquistas de don Juan». Al que pinta un cuadro se le dice que es un nuevo Velazquez. Al que escribe una partitura se le reputa compositor eminente. Al que estrena un drama se le califica de Shakespeare...

Obsérvase también, en medio de tanta loa, una especie de reacción contra el ditirambo a «todo trapo», que consiste en la crítica inexorable cuando se procede a hacer lo que se llama una revisión de valores literarios o artísticos.

Para ciertos críticos Galdós apenas ha escrito alguna que otra novela estimable, y Benavente es un ingenio adocenado, sin originalidad. Yo—exclaman—no firmaría tal novela, drama, comedia o libro de versos, de Galdós, Benavente, los hermanos Quintero, Villaespesa. Y agregan dogmáticamente:—Eso es anodino, amanerado, hueco, sin arte, sin emoción, sin ambiente, sin vida.

Hay zoilos que hasta a Cervantes lo miran por encima del hombro.—El *Quijote*, si, no está mal, suelen decir.

Indudablemente son muchos los gorriones que se creen águilas.

---

## La frase de Monroe



LA intervención de los Estados Unidos en la guerra europea nos ha hecho recordar la famosa y harto resobada frase de Monroe: *América para los americanos.*

Hagamos una breve síntesis histórica de la independencia de la gran República y veamos, de paso, quien fué Monroe y la ocasión y origen de su frase, de la cual nació toda una doctrina política, que los yanquis cultivan cuidadosamente.

La independencia, el desarrollo y el engrandecimiento de la Unión Americana, formidable potencia económica y militar, están en cierto modo relacionados con la decadencia, el empobrecimiento y la ruina de España. Casi paralelamente en el tiempo los Estados Unidos subían y España bajaba en el ocaso de su poderío.

Como se sabe, los Estados Unidos fueron colonia inglesa. La inmigración británica era tan co-

piosa que fundaba Estados. La guerra de la independencia fué larga, enconada, sangrienta. Empezó en 1775. Jorge Washington encargóse de organizar las milicias. Washington obtuvo victorias y sufrió derrotas durante la lucha por la emancipación de su patria. Francia se puso al lado de los norteamericanos auxiliándolos con toda clase de elementos: dinero, armas, hombres. En Europa defendía la libertad de su país, con la palabra y con la pluma, el inventor del pararrayo, Franklin, mientras Washington y los que le seguían luchaban bravamente contra el enemigo en los campos de batalla. El marqués de Lafayette, acompañado de otros nobles franceses, embarcó para los Estados Unidos, donde se batió heroicamente por la independencia norteamericana.

Merecía Lafayette el homenaje que a su memoria han rendido las primeras tropas expedicionarias yanquis desembarcadas en tierra francesa. La ayuda que Francia prestó a los Estados Unidos, éstos se la ofrecen, en la presente hora trágica, al pueblo heroico de la Marsellesa.

En 1778 el Gobierno de París reconoció la independencia de los Estados Unidos, e Inglaterra declaró la guerra a Francia. Cuatro años más tarde hizo lo mismo el Gobierno inglés y ya en 1783 quedó consolidada la independencia de Norte-América por la paz de Versalles.

Una vez consolidada la confederación y ratificada por los Estados la Constitución federal, en 1789, fué elegido Presidente Washington, el insigne caudillo de la democracia. Reelegido Washington en 1793, al cumplir su segundo periodo presidencial,

manifestó su inquebrantable resolución de no aceptar por tercera vez la Presidencia. Entonces le sustituyó Juan Adams en 1797.

Transcurren veinte años, durante los cuales ocupan la Presidencia Jefferson y Madison, y en 1817 es elegido Jacobo Monroe.

¿Quién era Monroe? Un hombre resuelto y valeroso; había luchado por la independencia de su país, distinguiéndose en varios combates. Terminada la guerra se hizo abogado. Fué representante parlamentario, Gobernador y Ministro de la Guerra. Representó á su nación en Inglaterra y Francia. Era hombre de carácter enérgico y gozó de gran popularidad, sobresaliendo más por la firmeza de su voluntad que por su talento.

Desempeñó la Presidencia hasta 1825. En esta fecha España vendió el territorio de la Florida. Emancipadas las colonias españolas de América, se dijo que la Santa Alianza ofrecía su apoyo a España para reconquistarlas. A la sazón nació la doctrina de Monroe.

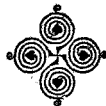
En el Mensaje que dirigió al Congreso en 1823 decía:

«Los continentes americanos, por la posición libre e independiente que han conquistado y mantenido, no deben ser considerados en adelante como dominio propio para la colonización por ninguna potencia europea. ¡América para los americanos!»

Esto decía Monroe en 1823. En 1898 el imperialismo de Mac Kinley, arrebató, brutalmente, a España Cuba, Puerto Rico y Filipinas. La doctrina de Monroe extendióse a otros mares.

---

Jacobo Monroe había nacido el 2 de Abril de 1759. Murió el 4 de Julio de 1831. Vivió, pues, 72 años. Después de su muerte ha prosperado bastante su célebre doctrina, «corregida y aumentada».





---

## Conquistas del feminismo



El feminismo marcha. Las reivindicaciones y los derechos que reclama la mujer van poco a poco cristalizando en leyes. Políticos y gobernantes que eran hostiles al movimiento feminista, cambian de criterio y hoy reconocen la razón y la justicia de la causa del feminismo en acción.

La guerra ha hecho más en favor de los derechos de la mujer que todas las propagandas, pacíficas o airadas y bulliciosas, de las sufragistas. La mujer está demostrando múltiples aptitudes en profesiones, oficios y actividades reservados para el hombre antes de que estallara el cataclismo europeo.

Las mujeres cultivan el campo, trabajan en fábricas, talleres, oficinas, prestan útiles y humanitarios servicios, sustituyen, suplen a los hombres, cumpliendo en las naciones beligerantes una alta misión

social y patriótica. La mujer ha conquistado el derecho a colaborar con el hombre en los negocios públicos, en la administración de los pueblos.

El avinagrado filósofo del pesimismo que dijo— la frase está bastante manoseada—que la mujer era un ser de cabellos largos e ideas cortas, carecía de razón. La mujer en todos los tiempos, antiguos y modernos, tiene bien demostrada su inteligencia y su sensibilidad. A través de la historia ofrece ejemplos de abnegación, de sacrificio, de heroísmo. En los anales del pensamiento humano y en las páginas de las grandes revoluciones, el espíritu y la acción de la mujer han dejado huellas imborrables. En numerosos casos ha sido la mujer, injustamente vilipendiada, más que la compañera, la colaboradora de hombres insignes.

Elevar la condición social de la mujer es empresa noble y justa. La mujer cosa, la mujer automática, la mujer juguete de amor e instrumento de placer, la pobre mujer esclava mirada y tratada como un ser inferior, es un oprobio para la civilización. A la mujer se la debe educar para todas las empresas útiles, buenas y bellas. Es necesario también que ella se preocupe menos de las frivolidades de la moda, de la forma del sombrero y del corte de la falda, y dedique su tiempo y su actividad a obras más útiles, más prácticas, aplicando con provecho sus dotes intelectuales y sus cualidades morales.

Entre la clase media el problema del matrimonio se presenta con caracteres pavorosos, desde el punto de vista económico, porque la mujer no se halla en condiciones de ayudar al hombre y ser su au-

xiliar, en vez de constituirse en pesada carga. No sin razón se ha dicho que la mujer es un costoso objeto de lujo. La verdad es que aporreando el piano y haciendo labores tan pueriles como inútiles, no se puede auxiliar al hombre en las duras tareas de la vida, excesivamente tiránica con sus prosáicas necesidades.

El papel de la mujer en la sociedad no debe reducirse a amar y a ser amada románticamente, como en las novelas. Tiene altos deberes y sagrados derechos que cumplir y que, generalmente, no cumple o los cumple de una manera deficiente. La moral y el espíritu independiente de las heroínas de Ibsen, por ejemplo, no se comprenden en España.

Los hombres, egoístas acaparadores de las funciones legislativas, son los culpables de la inferioridad de la mujer ante la ley, desigualdad injusta, porque no se le puede exigir deberes a quien sistemáticamente se le niegan legítimos derechos. Si a la mujer se la somete al cumplimiento de las leyes es lógico que se la conceda intervención directa en su elaboración. Si se la exige el pago de impuestos y contribuciones, es natural que se le reconozca capacidad jurídica para administrar la hacienda colectiva.

Con frecuencia han sido tomados a chacota los derechos alegados por la mujer, convirtiéndolos en temas de notas cómicas más o menos ingeniosas. Sin embargo, luchando contra la hostilidad de unos y la indiferencia de otros, el sufragio femenino va ganando terreno. La Cámara de los Comunes ha concedido a la mujer el derecho del voto. En Francia también le ha sido ofrecido, formalmente, aunque

con restricciones por lo pronto hasta ver el resultado de los primeros ensayos en el Municipio.

Dice un cronista: «¿Y qué sería de los pueblos beligerantes, sobre todo de Francia, si no hubiesen suplido ellas a los hombres? Pasan de 300.000 las distribuidas en 44.000 establecimientos donde antaño apenas laboraban más que varones; la metalurgia recluta el 22 por 100 de su personal entre las mujeres; 150.000 eran «militares» o desempeñaban funciones de tales a principios de año en cuarteles, oficinas, campamentos de concentración...»

La mujer en la guerra sirve para dama de la Cruz Roja y para algo más, según está demostrando. Así como hay mujeres médicos y abogados las habrá de otras muchas profesiones.

En los Estados Unidos, Australia, Noruega y otros países, la mujer goza de derechos políticos, es electora y elegible. Mis Rankin es *diputada* del Parlamento norteamericano.

En España no ha habido todavía un serio movimiento feminista. La mujer, metida en el hogar, no tiene claro concepto de su valer y suele mirar con indiferencia o con desdén el desarrollo del feminismo en el extranjero. Hay ilustres escritores que defienden los derechos femeninos; pero la mayoría de las mujeres no secunda la propaganda que se hace a su favor. Existen muchos prejuicios que es preciso destruir para que la mujer tenga en España personalidad propia.

El sexo ha impedido a D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán, cerebro portentoso de mujer, pertenecer a la Academia de la Lengua. La mujer política creen muchos que sería una calamidad en España. ¿Acaso lo harían peor que los hombres? No es creíble...

---

## Frases de Silvela

**E**n estos días se cumple el doce aniversario de la muerte de D. Francisco Silvela, el de la «daga florentina». Silvela nació en Madrid en diciembre de 1843 y murió en mayo de 1905, a los 62 años de edad.

En su juventud cultivó el periodismo. Andando los años sobresalió en la política y en el foro. Era un temible polemista, un orador notable, sobrio y elegante y un jurisconsulto reputadísimo.

Fué subsecretario de Gobernación en el primer Ministerio de la Restauración, con Romero Robledo, con quien más tarde anduvo a la greña, siendo su implacable rival. En cierta ocasión le dijo a Romero: «A. S. S. se le oye, pero no se le escucha.»

En 1879 fué, por primera vez, Ministro de la Gobernación en el Gabinete presidido por el General Martínez Campos. A la sazón figuraba ya afiliado al partido conservador de Cánovas del Castillo.

Por su hostilidad a Romero, entre otros motivos, se separó de Cánovas, formando el grupo de los conservadores disidentes.

De Cánovas dijo en una memorable ocasión, que como jefe se le debía *soportar*. La frase era un dardo y provocó la cólera del «monstruo.»

En la familia de los Silvelas abundan los entendimientos privilegiados, que se han distinguido en la política y en las letras. D. Francisco era un ingenio agudo y sutil, hombre escéptico, espíritu irónico y muy intencionado. Con sus frases hería en lo más sensible a sus adversarios.

A raíz de la catástrofe colonial formó Gabinete y en 1900 dejó el poder después de levantar el crédito y la hacienda nacional en bancarrota. A fines de 1902 constituyó nuevamente Ministerio aliado con D. Antonio Maura, que del brazo de Silvela ingresó en el partido conservador, del que luego fué proclamado jefe. En Julio de 1903 abandonó para siempre el poder. Afirmó que España era una nación sin pulso.

De Maura dijo: «Con el catecismo del padre Ripalda y el Código civil, se cree ya Maura un hombre de Estado.»

Desengañado y asqueado decidió retirarse de la política activa para dedicarse a escribir la Historia de las ideas éticas en España. Sobre este tema dió varias conferencias en el Ateneo de Madrid.

Cuentan que mientras gobernó llegó a tropezar con altos obstáculos, siendo tal vez esta una de las causas de su retirada a la vida privada. Dicen que dejó escrito un diario íntimo sabrosísimo, aún no publicado.

Era aficionado a la investigación y a los estudios históricos. Es admirable el bosquejo que precede a su obra «Cartas de la venerable madre Sor María de Agreda y del Señor Rey Don Felipe IV.»

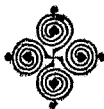
Hemos dicho que Silvela era un escéptico. No tenía fé en el resurgimiento de España. Desconfiaba del pueblo y de los gobernantes. Combatió la política de decadencia, inmoralidades administrativas y nepotismo que nos ha traído a la actual postración. Estaba convencido de que sus esfuerzos eran inútiles. El mismo se declaró fracasado, retirándose a su hogar. Su retirada obedeció a firmes convicciones. Cuantos trabajos realizaron sus amigos para que volviese a actuar en la vida pública, se estrellaron contra su inquebrantable resolución de permanecer alejado.

Hace poco recordaba Ortega Munilla rasgos y frases de Silvela. Cedamos la palabra al ilustre escritor:

«De Cánovas decía: «¡Que gran hombre, si supiera oír!» De Salmerón: «¡Es un orador asombroso, pero pierde todas las batallas porque sólo emplea un arma: la Artillería.» Admiraba a Castelar, mas le atribuía el defecto de abusar de sus lecturas y de apelar con exceso a las citas de la edad clásica. Una tarde en que el gran tribuno demócrata había pronunciado un discurso para protestar de la suspensión del Ayuntamiento de Alcira, acordada por el Ministro de la Gobernación, Romero Robledo, salía Silvela del Congreso; y como se le interrogara acerca de lo que ocurría en el salón de sesiones, contestó: «Castelar ha puesto cátedra. Una oración maravillosa. Ahora habla de Pisistrato y de Atenas. Has-

ta mañana, lo más pronto, no podrá llegar a Antequera y a Romero.» Alguien elogiaba el régimen parlamentario, y decía; «¡Qué admirable!» Silvela repuso: «¡Lástima que tenga víctimas obligadas!» «¿Qué víctimas?»—se le interrogó. El concluyó: «Los maceros, que están obligados a oírlo todo sin pestañear.» De ciertos eruditos decía: «Ellos saben todo lo que no nos importa.» De un poeta fácil e insustancial: «Sabe hallar consonante a todas las palabras, menos a ésta: talento.» De un periodista adocenado, aunque famoso: «Da ciento en el clavo y ninguna en la herradura, porque le dolería.» De una dama fácil: «Como mujer no es modelo; pero lo sería como hombre y diputado ministerial. Siempre tiene el sí en los labios.»

Si Silvela viviera, ¡cuántas frases irónicas y mordaces le sugerirían los políticos que al presente dirigen a España con rumbo desconocido!





---

## La Chelito y el empréstito

**E**N el reciente empréstito nacional la Chelito se suscribió con 375.000 pesetas. ¿Habrá sido la mascota del éxito de la operación? Es posible, porque la Chelito tiene el «secreto» de cautivar a jóvenes y a viejos... banqueros. Y ella es ya una respetable señora capitalista que interviene en las operaciones financieras y puede tratar de tu a los Cresos del cupon.

Al lado de Bancos, nacionales y extranjeros, y de opulentos capitalistas, figura el nombre de la popular cupletista.

¿Cómo ha hecho ese capital y algo más que se reserva, probablemente, para otra ocasión, una artista de variedades? No tenemos a la vista el libro de operaciones, públicas y privadas, de la Chelito para satisfacer cumplidamente la curiosidad del lector.

La Chelito es mujer de picantes aventuras. Ha

recorrido los escenarios de toda España en triunfo. Para ver, oír, oler y... tocar a la graciosa farandulera se llenaban los teatros. Cuentan que la Chelito solía presentarse tan ligera de ropa que hasta la hoja de parra le estorbaba. La autoridad, por razones de moral pública, tuvo que intervenir algunas veces; pero la Chelito seguía dando espectáculos *al fresco* y reuniendo dinero. El dinero que ahora le ha servido para acudir, suponemos que patrióticamente, a engrosar el empréstito.

Es indudable que la Chelito conoce la *psicología* de las muchedumbres y las debilidades del llamado sexo fuerte. Su arte es cuestión de sexos. Vestida honestamente, bailando y cantando con recato, la salerosa artista hubiese llegado a vieja pobre y desdenada. Ella conoce la moral y el gusto de las gentes y por eso llegó a presentarse al público como Eva en el Paraíso. Nuestra primera madre dió el ejemplo, sentando el «primer precedente».

El espectáculo para hombres solos es, indudablemente, un poderoso incentivo. La historia de la Chelito—mujer avispada que cree más en las pesetas que en el pudor—demuestra que para sacarle dinero al público no se necesita ser Galdós ni Ramón y Cajal. Suele hablarse de «espíritus superiores» cuando lo que se precisa para hacer fortunas es un cuerpo sandunguero como el de la Chelito, que con su oro contribuye a la realización de la obra económica del Ministro de Hacienda.

Quizás el propio Benavente cambiaría su espíritu exquisito por el cuerpo retrechero de la cupletista que con el empréstito se ha hecho un buen reclamo.

Ahora que tiene dinero y sabe del tanto por ciento como cualquier prestamista, la Chelito parece dispuesta a cambiar de vida. Así lo dice el ingenioso poeta Luis de Tapia en una epigramática copla.

*La Chelito, ya aburrida  
de su antigua fresca vida,  
se decide a trabajar  
completamente vestida...*

*(¡Caray!... Tendrá que ensayar)*

Y tendría gracia que perdiera vestida lo que ha ganado en el

*traje conciso  
del primer figurín del Paraíso.*



---

## “La gran guerra”



La literatura de la guerra es ya bastante copiosa. En todos los idiomas se han publicado libros sobre esta gran hecatombe que conmueve a la humanidad, horrible «naufragio histórico», en el cual han perecido derechos y principios que eran postulados de la civilización moderna, leyes y convenios internacionales. El imperio brutal de la fuerza nada respeta. El fin es vencer y todos los medios, por odiosos y abominables que sean, se juzgan lícitos por los que los emplean.

Las consecuencias y derivaciones del duelo a muerte en que están empeñados los gigantes de Europa, han sido estudiadas, desde diversos y múltiples puntos de vista: el económico, el ideológico, el social, el político, el técnico, el moral, el sentimental. En todos sus aspectos se analiza la monstruosa contienda. Literatos, poetas, filósofos y pensadores

se han dedicado á estudiar la guerra mirando el futuro, incierto y nebuloso, á través de los actuales horrores dantescos. Para unos ha sido fuente de emoción profunda: espectáculo grandioso, con grandeza infernal; para otros motivo de hondas meditaciones acerca del porvenir de la humanidad.

Creíase, antes de estallar la tragedia, que los ideales socialistas de paz y fraternidad universal y la solidaria organización internacional de los partidos obreros, harían imposible el choque bélico entre las potencias. Fracasados los nobles anhelos pacifistas en el presente eclipse de la libertad, el derecho, la razón y la justicia, de la lucha ha surgido una no vista exaltación del nacionalismo, del concepto y espíritu de patria, que se llegó a creer punto menos que extinguidos para siempre por la propaganda revolucionaria. Los pueblos luchan y se sacrifican, con abnegación y heroísmo espartanos, disputándose la victoria. Tantos siglos de civilización y cultura han servido para perfeccionar las armas de destrucción y muerte.

Después de la guerra ¿vendrá una era fecunda de paz? ¿Se impondrá el desarme? Las naciones, escarmentadas y devastadas, ¿reaccionarán contra el militarismo agresivo, imponiendo un régimen democrático contrario a todo peligro guerrero, a toda aventura de expansión y conquista?

Un poco escépticos, nuestro optimismo no llega a tanto para contestar afirmativamente. Mientras hayan escuadras, ejércitos, fábricas de municiones, egoísmos de presa, ambiciones de dominio y se oiga hablar de hegemonías de razas y de superioridad de pueblos, habrá guerras y el progreso, en todas

las manifestaciones de la actividad humana, servirá para la perfección de los medios de combate conocidos y se inventarán nuevos elementos de destrucción. Quisiéramos disipar de nuestro espíritu estas sombras de pesimismo, pero no podemos.

Tal y como están organizados los Estados, siendo un mito la soberanía popular, subordinada la fuerza del derecho al derecho de la fuerza, regidos los pueblos por oligarquías, liberales y democráticas en unos, depóticas y autocráticas en otros, antójase nos utópico el reinado de la paz en la tierra. La tendencia atávica a la agresión y la violencia está fuertemente arraigada en el individuo y en la masa. Si los individuos tienen al alcance de la mano armas, promoverán riñas sangrientas y si los pueblos disponen de instrumentos de matanza provocarán guerras asoladoras.

Del Kempis es esta sentencia: «Cuantas veces me hallé entre los hombres, volví menos hombre».

---

González Díaz ha escrito un hermoso libro sobre la guerra. El ilustre literato asiste a la lucha desde estas islas, lejos del campo de la catástrofe. Según su propia frase es «un observador emocionado» que contempla el apocalíptico cataclismo. La trágica grandeza de las batallas extremece su sensibilidad de hombre, pone en vibración su espíritu exquisito de artista y le inspira bellas páginas, emotivas y sentimentales.

A pesar de lo mucho que se ha publicado sobre la conflagración, la obra de González Díaz nos interesa. Es un volumen de 195 páginas, en el que ha

reunido artículos que son «notas sueltas, comentarios al día, visiones parciales, sugestivas»; «un diario íntimo, lleno de apuntes, de efemérides, de fechas, de recuerdos».

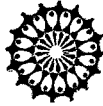
La visión de la guerra, llena de dolor y de horrores, que nos ofrece retiene la atención del lector por la serenidad del juicio, por la elevación del pensamiento, por la gentil brillantez de la forma en que expresa sus ideas y sentimientos. González Díaz no ha *visto* la guerra, no ha recorrido los campos de batalla; pero la siente. Siente el dolor de las víctimas, el sacrificio de los pueblos, el ultraje a la civilización, el escarnio de los principios humanitarios, la violación del derecho de gentes, la befa de los tratados, el incendio de ciudades, la destrucción de monumentos, la inmensa y escalofriante desolación de esta guerra.

El espíritu delicado, la fina sensibilidad, la percepción aguda, el juicio penetrante del notable escritor canario, se traducen en el libro *La gran guerra* en bellas y conmovedoras páginas. No es un libro más sobre el conflicto europeo, tema obligado, sino un libro admirable, escrito con serenidad, libre el ánimo de prejuicios y apasionamientos, aunque no oculta sus simpatías por Bélgica, la mártir, su admiración por Francia, grande y heroica y por Inglaterra, intrépida defensora del derecho y de las libertades. Ama y admira la Alemania del pensamiento, de los sabios, de los filósofos, de los poetas, de los artistas; pero no quiere nada con el prusianismo guerrero.

No hay en *La gran guerra* odios, sino amor por las víctimas y dolor profundo por el sacrificio y la

ruina de los países en armas. En esta hora trágica, frente al formidable choque de pueblos y civilizaciones, González Díaz exalta el *amor latino*, que es también nuestro amor.

La honda emoción que le produce la guerra acierta a expresarla admirablemente, transmitiéndola al lector, viva y palpitante, con el arte de quien es maestro de buen decir.





---

## La bella aventurera

**E**N Padua, la vieja y tranquila ciudad italiana, acaba de morir la princesa de Caraman Chimay, célebre en las crónicas galantes. Ha muerto olvidada y acaso arrepentida de sus desenfrenadas andanzas. Quizás también estuviese convencida de la fugacidad del placer, que engendra el hastío y el dolor.

El teatro de sus triunfos mundanos fué París, donde un día reinó por su extraordinaria belleza. Bien conocida es la historia de escándalos de la Caraman Chimay. Llamábase Clara Ward, era norteamericana, millonaria y extravagante. Se casó con el Príncipe Riquet Caraman Chimay, tal vez sin amor, sólo por unir a sus millones un blason principesco. Abandonó a su marido para unirse a Rigo, un adocenado violinista zingaro. Y aquí empieza la celebridad de la bella aventurera.

Más tarde se hizo cupletista y en el tablado exhibía su soberana belleza plástica, desnuda, sin más *velo* que el de la malla. En el poema pagano *Venus Adorata*, del poeta canario Rodríguez Figueroa, apasionado cantor del amor sensual que es fiebre y palpitación de la carne, aparece un grabado que representa la admirable estatua de la famosa pecadora, en su triunfante desnudez, con los senos erectos y los brazos en alto doblados sobre la cabeza erguida. Diríase la musa de la lujuria inspirando las cálicas y vibrantes estrofas del poeta.

Hace doce o trece años pasó por Canarias la ex-Princesa. En Las Palmas vivió una breve temporada, hospedándose en el Hotel de Santa Catalina. Viajaba en compañía de su amante. Era una mujer sugestiva, de singular belleza, alta, gallarda, elegantísima, de ojos grandes y expresivos. El violinista Rigo, bajo de estatura, de color bastante moreno, un tipo exótico, no daba la impresión de que fuese el amante de la Caraman Chimay, sino su criado. Sin embargo, la hermosísima cortesana estaba o parecía estar enamorada de él, lo que no fué obstáculo para que luego lo abandonara y Rigo continuase tocando el violín o el violon separado de la ex-Princesa.

Rigo, que por su figura no parecía el hombre ideal para inspirar pasiones románticas, no era tampoco un artista notable ni mucho menos. Indudablemente fué una extravagancia, un loco capricho de hembra histérica divorciarse del Príncipe para vivir con un oscuro concertista de café.

Extraña mujer esta yanqui aventurera que después de ser Princesa se hace cupletista. Clara Ward

sentía la morbosa necesidad del escándalo y no podía vivir sino en un ambiente de orgía y libertinaje, encendiendo la llama de los deseos lúbricos. Quería ser algo así como la diosa de la tentación y el pecado y exhibía sus formas esculturales sin pudor y sin recato ante los públicos. Se adoraba a si misma y mostrábase orgullosa y satisfecha cuando se presentaba desnuda. Un ingenioso cronista la llamó «solomillo perfumado», con frase despiadada.

Por la época en que Clara Ward visitó Las Palmas recorriendo algunos pueblos del interior de la isla, ya estaba enferma. Su espléndida belleza comenzaba a declinar, a marchitarse. En su rostro descubriáanse huellas de fatiga y cansancio.

El reinado de la Caraman Chimay fué efímero. El eco de sus ruidosas aventuras resonó en el mundo entero. La Prensa popularizó su retrato y divulgó sus amoríos. Los encantos y las intimidades de Clara Ward fueron del dominio de las gentes que, con malsana curiosidad, devoraban los relatos de sus andanzas. Derrochó alegremente juventud, belleza y millones, vióse aclamada por su hermosura, y por último se refugió en el retiro de Padua, donde ha fallecido, ya eclipsada su fama.

La muerte ha venido a sacar su nombre del olvido y hoy los periódicos recuerdan los escabrosos lances de su agitada vida aventurera. Tal es el triste epitafio que se pone sobre su tumba.

---

---

## Acotaciones a una comedia

**P**ROPICIOS al elogio, por más esfuerzos mentales que hacemos, no acertamos a descubrir las bellezas que quisiéramos encontrar en la comedia de Martínez Sierra, *El ama de la casa*. La impresión que nos produce ésta obra no pasa de la epidermis. Martínez Sierra suele fijarse demasiado en lo pueril y superficial que, a veces, acaba en ramplonería, deplorable en un escritor de su talento.

Observamos que Martínez Sierra en el primer acto de sus comedias, en la exposición, clara y metódica, acierta por lo general. Pero luego, al continuar el desarrollo gradual de la acción, dijérase que pierde el plan y comienzan los tanteos, las vacilaciones y lo que aún es peor, el echar mano de recursos gastados y de mal gusto, inadmisibles, de todo punto, en la comedia moderna.

La idea central de *El ama de la casa* es sencilla: en un hogar desordenado, porque falta una madre que eduque bien a sus hijos, entra una mujer buena y juiciosa y todo lo arregla y organiza. En gracia a la brevedad omitiremos algunos detalles de escasa importancia para el fin que nos proponemos.

Carlota, que es el ama de la casa, ante la manifiesta hostilidad con que la reciben las hijas del primer matrimonio de su esposo, emplea, al principio, procedimientos suaves y amables para convencerlas de que deben variar de norma de vida; pero, en vista de que por ese medio no consigue los propósitos que abriga, decide imponer su voluntad, y vence.

La tendencia de la obra es moralmente saludable. Quizás muchas familias se vean, como en un espejo, en el cuadro que presenta Martínez Sierra: niñas cursis, que no saben nada de los quehaceres domésticos, atentas exclusivamente a los novios y á pintarse el rostro, y la tía Genoveva, ridículo ejemplar de la solterona emperregilada.

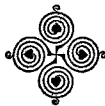
Pero dentro de ese animado cuadro que pinta el autor, vemos elementos de grotesco juguete cómico y escenas de melodrama sensiblero que forzosamente tenemos que repudiar.

Puntualicemos. El tonto de capirote de Pepín no *llena ninguna necesidad*; es un personaje superfluo que da la nota ramplonamente cómica, sin gracia ni ingenio;—en lo cómico también hay categorías.—La fuga de la cursilona de la niña, también entendemos que es un episodio que está demás y explicado por Pepín el feo lunar se agranda. Es decir, que con leche, como el café del chascarrillo, es peor.

La D.<sup>a</sup> Genoveva reclama un puesto, por dere-

cho propio, en una de esas piezas llamadas cómicas en que los tipos son caricaturas mal dibujadas, de una pobreza de ingenio que reclama, en nombre del arte y del buen gusto, la censura prohibitiva de otros tiempos.

Asimismo creemos que sobra la declaración de amor de Ricardo al *ama de la casa*, con sus lagrimitas y todo. ¿No hubiera sido más discreto apuntar la pasión del joven estudiante por Carlota, sin llegar a aquella escena de frases altisonantes y lágrimas estériles? Nosotros, antes que Carlota lo indicara, hubiésemos embarcado para Bélgica a estudiar mecánica al romántico mancebo de novela por entregas.





## Divagaciones

**N**os hallamos en plena Semana Santa. Los actos religiosos han perdido en Las Palmas su pasado lucimiento y esplendor. Este hecho lamentable se exterioriza todos los años.

En estos días las calles presentan un aspecto más animado que de ordinario. Las funciones que se celebran en los templos y las procesiones que recorren la ciudad atraen a las gentes. El espíritu religioso no se ha perdido en medio de tanto fariseísmo.

Nuestro pueblo conserva la vieja y sencilla fé de sus mayores, aunque un poco «modernizada». Podrá haber algo de indiferencia; pero la impiedad no se manifiesta por ninguna parte.

El pueblo canario es creyente.

---

La iglesia conmemora el drama de la pasión, desde la entrada triunfal del dulce Jesús en Jerusalem, entre palmas y hosanna, hasta su muerte en el Gólgota, entre dos ladrones.

La humanidad sigue irredenta. El poder del odio es más fuerte que el del amor. El amaos los unos a los otros, es una quimera. La paz entre los hombres, un mito. El no matarás, un sarcasmo.

La ley brutal de la fuerza impera. Diríase que el Derecho y la Justicia han emigrado a otro planeta. La doctrina de Cristo es escarnecida. En el templo hay mercaderes y en la sociedad Judas. La soberbia triunfa de la mansedumbre. La avaricia se burla de la templanza. El vicio escarnece a la virtud.

Si Cristo volviese a la tierra sería crucificado de nuevo con más crueldad. Impera el feroz «ojo por ojo y diente por diente.»

---

Hace cerca de tres años que la paz huyó de la tierra. La guerra destruye cuanto encuentra a su paso. No se respetan ni los templos de Dios. Los pueblos se sacrifican en los campos de batalla. El mundo entero contempla conmovido la gran hecatombe. En los tiempos bárbaros no se mataba con tanta sevicia. La civilización ha perfeccionado los medios mortíferos.

Si Cristo bajara a pronunciar el sermón de la Montaña, predicaría en un desierto material y espiritual. El estampido del cañón ahogaría su divina voz, no dejaría oír sus sublimes palabras.



El que diga: No matarás, será fusilado en el acto.

---

En las luchas sociales triunfa el audaz, el ladino, el hipócrita, y son derrotados los hombres de buena voluntad, de rectas intenciones, de espíritu sano.

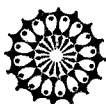
El drama de Cristo se repite a menudo en la realidad de la vida. Se condena al inocente y se absuelve al malvado y criminal. El pueblo pide la libertad de Barrabás y la muerte de Jesús. En el Samedrín los testigos falsos acusan al Justo. El mal vence al bien. Por excepción el bien derrota al mal. Así es el mundo: dolor, miseria, vanidad, tartuflismo, ambición, pasiones, almas buenas sacrificadas por espíritus malignos.

Es un consuelo que la muerte acabe con todas las luchas y todos los rencores que hierven en el seno de la humanidad.

---

Los redentores salen, tarde o temprano, crucificados. Como a Cristo les dan a beber la hiel y el vinagre de la envidia y del odio, y son perseguidos y coronados de espinas.

¿Quién no ha tenido su Calvario y su cruz?



---

## El joven maestro

**N**o conocemos ningún literato americano contemporáneo que le supere ni aún que le iguale. Se le reputa discípulo insigne de Renan. Escribió pocos libros: *Ariel*, *Motivos de Proteo*, el *Mirador de Próspero*, varios folletos, algunos ensayos y artículos sueltos para revistas y periódicos. El estudio sobre Rubén Darío, que en estos días hemos vuelto a leer, es lo mejor que se ha escrito acerca del divino poeta.

No hemos leído todas las obras de Rodó, porque en el aislamiento intelectual en que vivimos no es posible satisfacer todas las inquietudes y curiosidades de nuestro espíritu ni saciar la férvida avidez de nuestro corazón. En América se le admiraba como maestro por su austero saber, por su espíritu sereno y ponderado, por su vasta cultura literaria y filosófica, clásica y moderna, por la agudeza de su

pensamiento, por la belleza de su estilo terso y armónico.

Era José Enrique Rodó uno de los más altos y puros representantes de América, legítima gloria americana y, por lo tanto, española, un incomparable guía espiritual de la juventud. Era optimista, noble y sanamente optimista. Sentía por España un sincero amor. Creía en el resurgimiento de la vieja patria de sus padres.

«Yo no he dudado nunca—decía—del porvenir de esta América nacida en España. Yo he creído siempre que, mediante América, el genio de España y la más sutil esencia de su genio, que es su idioma, tienen puente seguro con que pasar sobre la corriente de los siglos y alcanzar hasta donde alcance el tiempo de la huella del hombre. Pero yo no he llegado a conformarme jamás con que éste sea el único género de inmortalidad, o si se prefiere de porvenir a que pueda aspirar España. Yo la quiero embellecida o transfigurada en nuestra América, sí; pero la quiero también aparte y en su propio solar y en su personalidad propia y continua. Mi orgullo americano—que es el orgullo de la tierra y es, además, el orgullo de la raza—no se satisface con menos que con la seguridad de que la casa lejana, de donde viene el blasón esculpido al frente de la mía, ha de permanecer siempre en pié y muy firme, muy pulcra y muy reverenciada. Por eso me deja melancólico lo que a otros conforta y alegra; el esforzarse en vencer la tristeza de que «España se va» con el pensamiento de que no importa que se vaya, puesto que queda América; y por eso no he concedido nunca, ni concedo, ni espero conceder

que «España se va»... Y cuando me parece que vislumbro algún signo sensible de que «vuelve», de que torna a ser original, activa y grande, me alborozo y empeño en el crédito de ese augurio todos mis ahorrillos de fé. Me he habituado así a borrar de mi fantasía la vulgar imágen de una España vieja y caduca y asociar la idea de España a idea de niñez, de porvenir, de esperanza.»

¡Admirables conceptos y vivas imágenes que se graban en el alma!

En otra página, de fuerte relieve, en que Rodó discurre acerca *De la tradición de los pueblos hispano-americanos*, escribe:

«No es sólo por su escaso arraigo en el tiempo por lo que la tradición carece de valor dinámico en nuestra América. Es también por el tránsito súbito que importó la obra de su emancipación, determinando un divorcio y oposición casi absolutos entre el espíritu de su pasado y las normas de su porvenir. Toda revolución humana significa, por definición, un cambio violento, pero la violencia del cambio no arguye que el orden nuevo que con él se inicia no puede estar virtualmente contenido en el antiguo y reconocer dentro de ésta los antecedentes que lo hagan fácil de arraigar, manteniendo la unidad histórica de un pueblo. Revolucionario fué el origen de la independencia norte-americana; pero ella fundó un régimen de instituciones que era el natural y espontáneo complemento de la educación colonial, de las disposiciones y costumbres recibidas en herencia. En la América española, la aspiración de libertad, concretándose en ideas y principios de gobierno que importaban una brusca sustitución de

todo lo habitual y asimilado, abrió un abismo entre la tradición y el ideal. La decadencia de la metrópoli, su apartamiento de la sociedad de los pueblos generadores de civilización, hizo que, para satisfacer el anhelo de vivir en lo presente y orientarse en dirección al porvenir, hubieron de valerse sus emancipadas colonias de modelos exclusivamente extraños; esto en lo intelectual como en lo político, en las costumbres como en las instituciones, en las ideas como en las formas de expresión. Esa obra de asimilación violenta y angustiosa fué, y continúa siendo aún, el problema, el magno problema, de la organización hispano-americana. De ella procede nuestro permanente desasiego, lo efímero y precario de nuestras fundaciones políticas, el superficial arraigo de nuestra cultura.

¿Fué una fatalidad ineludible esa radical escisión entre las tradiciones de nuestro origen colonial y los principios de nuestro desenvolvimiento liberal y progresista? ¿No pudo evitarse esa escisión sino al precio de renunciar a incorporarse, con firme y decidido paso, al movimiento del mundo?... A mi entender, pudo y debió evitarse en gran parte, tendiendo a mantener todo lo que en la herencia del pasado no significara una fuerza indomable de reacción o de inercia, y procurando adaptar, hasta donde fuese posible, lo imitado a lo propio, la innovación a la costumbre. Acaso los resultados aparentes habían requerido mayor concurso del tiempo; pero, sin duda habrían ganado en solidez y en carácter de originalidad. Los inspiradores y legisladores de la revolución, repudiando en conjunto y sin exámen la tradición de la metrópoli, olvidaron que no se

sustituyen repentinamente con leyes las disposiciones y los hábitos de la conciencia colectiva, y que si por nuevas leyes puede tenderse a reformarlas, es condición de contar con ellos como con una viva realidad.»

Y luego añade: «Asistimos a ese naufragio de la tradición, y debe preocuparnos el interés social de que no llegue a consumarse.»

¡Sabias palabras de un pensador psicólogo de pueblos que no deben olvidarse!

---

Sin embargo, a pesar de sus preclaros méritos y de su amor cordial a España, Rodó era poco conocido. Hombre de su tiempo y de su raza, humano y comprensivo, defendía los ideales de libertad y democracia y laboraba por la fraternidad hispano-americana.

La tragedia internacional le atrajo y vino a Europa a presenciar la moderna epopeya de las naciones, de cuyo seno sangriento saldrá un nuevo mundo purificado y ennoblecido por los sacrificios y el heroísmo de los pueblos. Era, según parece, el primer viaje que hacía a Europa, y no regresó a su país. La muerte sorprendióle en Italia.

En el verano pasado llegó a España de paso para Italia; dirigióse al frente italiano con el propósito de comunicar sus impresiones de la guerra a la Prensa americana. Repentinamente falleció en Palermo el día 3 de Mayo. Desaparece en plena madurez de su talento portentoso. José Enrique Rodó nació en Montevideo el año de 1874. Contaba, pues, 43 años de edad. Es una gran pérdida para las le-

tras americanas la ausencia eterna de un pensador, filósofo y artista de la noble estirpe, la clara y penetrante visión, el sagaz ingenio, la mentalidad recia y disciplinada y la observación original del autor de *Motivos del Proteo*, que sabía enlazar las ideas con los hechos, la realidad con el ideal.

En libros cortos supo encerrar grandes pensamientos, dándoles una expresión literaria, diáfana, transparente, elegante. Su prosa es rica en giros y matices. Escribía con sorprendente propiedad. Sus periodos son rotundos y armónicos. Tenía el don de crear imágenes gráficas, plásticas.

Honró el genio de España y enalteció la lengua castellana. Rindamos tributo a su memoria y a su singular entendimiento leyendo y meditando sobre sus libros. Su vida fué la de un solitario obrero del arte, que tanto amó. En las páginas serenas y hondas del gran escritor uruguayo hay deleite y emoción de artista y sabiduría de pensador y filósofo.

Poco más de un año sobrevivió Rodó a Rubén Darío, el altísimo poeta, cuyo temperamento y formación estudió y aquilató almirablemente con certero juicio crítico.



---

## D. Ramón de Campoamor

**H**ACE un siglo que vino al mundo D. Ramón de Campoamor. Al cumplirse el primer centenario de su nacimiento queremos tributar un homenaje—modesto como nuestro—a la memoria del glorioso poeta, cuyo nombre está escrito con letras de oro en el Parnaso español.

Campoamor nació en la villa de Navia, (Asturias), por él cantada en dulces estrofas, el año de 1817. Donosamente escribe: «Durante mi juventud he sido una especie de Laocoon que no he podido desembarazarme de las serpientes que me ahogaban, desde el 24 de Septiembre del año de gracia de 1817, en que por primera vez me ataron el cuerpo con una faja, siguiendo después aprisionándome el alma en los hechos de Procusto de la gramática, del latín, de la filosofía y de la literatura.»

Murió en Madrid el 12 de Febrero de 1901, a



los 84 años de edad. Su dilatada vida fué laboriosa y fecunda para las letras, por él enriquecidas con tesoros de belleza y maravillas de ingenio. Fué hombre de estudio, de lucha, de inquietudes interiores, de impulsos generosos, de corazón noble y sincero. ¡Multiforme entendimiento y complejo espíritu el de D. Ramón, escéptico y burlón!

Veamos, a través de sus ideas y frases, los diversos aspectos de Campoamor filósofo, pensador, político, polemista, poeta. Sobre toda su obra flota un genial humorismo. Ni tratando los problemas metafísicos más abstrusos, ni en los momentos de agrias polémicas políticas, filosóficas y literarias, abandonó el buen humor, traducido en incomparables donaires de forma, en intencionados epigramas, en cáusticas sales.

Campoamor filósofo se expresa así en *El Personalismo*: «Porque hay, debe haber, un principio único, cuya esencia es indiferente, pero cuya fórmula es, debe ser, de fácil e indispensable hallazgo; esta fórmula cosmo-teológico-antropológica, debe abrazar en conjunto a la naturaleza, a Dios y al hombre; debe ser la expresión de la ley con que el Creador ha sacado del caos la creación, se mueven los astros, se atraen los graves, brotan las plantas, sienten los animales, piensan los hombres. Esta fórmula ha de ser la ley universal del para qué nacen, crecen, viven y mueren los universos.»

«La filosofía—dice—no ha sido más que una *jaqueca de treinta siglos.*»

Se encara con el misticismo y le dice que ha calumniado a la materia.

«Llamar *pecado* a la materia—escribe—llamar

demonio a la *carne*, a esta nuestra ilustre predecesora en el progreso de la existencia, es tomar el devaneo por la inspiración, es no ver lo visible de la visibilidad de Dios; no es siquiera el panteísmo de la razón, es el panteísmo de la imaginación enloquecida, es una evocación al caos, es el yo increado, absolutamente sólo, indeterminado, vagando irascible en una atmósfera de espectros!...»

Después de discurrir acerca de las distintas formas de gobierno, afirma: «No hay buenas instituciones con hombres malos ni malas instituciones con hombres buenos.»

En *El Personalismo* hay ideas originales, observaciones agudas, ingenio sagaz e inagotable. En este libro interesantísimo expone Campoamor sus principios literarios, políticos y filosóficos.

«De la elaboración interna de mis propias impresiones—dice—nacieron esas composiciones que, por razón que tengo derecho a reservar, porque no es literaria ni política, publiqué con el nombre de *Doloras*.»

Hablando del estilo manifiesta: «Admito el tono *épico* en un párrafo, el lenguaje *escogido* en dos, y en tres la *gravedad* cuando es ingénita en el autor; pero en el cuarto párrafo, para que yo no crea que este autor es un farsante que no dice lo que siente, sino lo que representa, es menester que yo entrevea en él algún sentimiento cándido, tal cual frase descuidada y el brillo de la sonrisa mal reprimida. Los libros deben irradiar todo lo expansivo, todo lo *personal*, todo lo espiritual del autor.»

Relata que empezó la carrera de médico; pero luego «seguro de que nunca la practicaría y aconse-

jado por el mismo Sr. Corral—que era su profesor— abandoné los estudios teóricos de la medicina, de esta ciencia que, al principio, sólo enseña a perder el pudor y que, a lo último, cuando se la pregunta: ¿Qué es el hombre...? responde con la discreta ignorancia de Demócrito: Es... lo que todos saben.»

Campoamor al dedicarse a la política activa se hizo moderado. «El primer acto que me afilió a este partido—dice—fueron unos versos dedicados a la reina Cristina cuando su primera expulsión en el año de 1840. No haría mención de este hecho, sino fuera porque hoy, que se halla desterrada como entonces, es impopular el enaltecer sus merecimientos. La reina Cristina es la creadora del partido conservador, sacándolo, como Dios la naturaleza, de la nada. Ella fué la que improvisó mayor número de *magnates*, para lo que nunca fué muy dichosa, según su misma expresión, fué «para hacer *caballeros*.»

Campoamor fué Gobernador civil de varias provincias, distinguiéndose por su gestión honrada y austera. Cuando Valencia se sublevó en 1854 se hallaba al frente del Gobierno de aquella provincia y, a pesar de no simpatizar con el movimiento revolucionario, las turbas amotinadas le aclamaron cuando él temía una agresión.

Otro libro interesante de Campoamor es el titulado «*Historia crítica de las Cortes reformadoras*», escrito con el peculiar humorismo e ingenio irónico y satírico del gran poeta.

He aquí el gracioso retrato que hace de don Francisco de Paula Castro y Orozco, que puede aplicarse a la mayoría de los Ministros al uso español.

«El Sr. Castro ha sido Ministro, y S. M. antes

de nombrarle ha debido dudar por mucho tiempo sobre cual cartera le sentaría mejor, si la de Estado, la de Gobernación o la de Gracia y Justicia. Yo las hubiera sorteado, es decir, le daría cualquiera; le tocaba la de Estado, ¡perfectamente! le salía la de Gobernación ¡admirable! le caía la de Gracia y Justicia ¡divino! Hay perfecciones individuales que solo sirven para una cosa, la suya es tan múltiple que se puede aplicar a casi todas.»

En la semblanza de D. Antonio Alcalá Galiano se lee: «En el mundo todo tiene un precio; esta máxima es muy inmoral, pero muy cierta. Por consiguiente, si yo fuera empresario de teatros había de procurar que el Sr. Galiano saliese a las tablas a representar, esto es, a hablar».

De la oratoria de Martínez de la Rosa opina lo siguiente: «Sus discursos son como las ostras: hay que abrir la concha para hallar el comestible. A veces las conchas no contienen nada en su interior.»

De Donoso Cortés dice: «Creo que el Sr. Donoso Cortés tiene tanto talento que si pudiera ser le dejaría modelar por dentro mi cabeza, porque lo haría bien. Creo que el señor Donoso tiene tan poca habilidad que no le permitiría rizarme un pelo de la cabeza, porque lo haría mal.»

Campoamor no era orador. Durante muchos años, antes de la revolución y después de la restauración, fué diputado. Representó en Cortes a Tenerife. En el Parlamento defendió con entusiasmo la libertad de imprenta y la tolerancia religiosa. Leal a los principios monárquicos no tuvo participación en la revolución de Septiembre. Antes del destronamiento de D.<sup>a</sup> Isabel II fué moderado; más tarde fi-

guró en las filas conservadoras. Revolucionario en literatura y en filosofía, en política era conservador intransigente, diputado por Romero Robledo, según dijo en cierta ocasión.

## II

Campoamor fué periodista político agudo y siempre ingenioso. Sostuvo célebres polémicas filosóficas y literarias con Castelar, Canalejas (don Francisco de Paula), Revilla, Valera y otros insignes varones. Gustaba de la paradoja, de los sofismas y de hacer, a veces, juegos malabares con las ideas. El arma terrible que esgrimía contra sus adversarios era la ironía, el sarcasmo, la burla, el ridículo. En el calor de la controversia agudizábase su ingenio soberano, en el cual confiaba siempre.

Decía que no creía en la historia antigua desde que había visto escribir la moderna. Con más gracia que lógica examinó la filosofía antigua y moderna. Combatió a Kant, a Fichte, a Schelling, a Hegel, a Krause, con mayor acrimonia a este último, logrando alborotar el «cotarro» krausista en España.

Cuando le acusaron injustamente de plagiarlo contestó: «Yo sostengo, con la convicción más profunda, y para que sirva de norma de conducta a los jóvenes que me sucedan, que en poesía no hay plagio posible, que las ideas son propiedad del que mejor las expresa. Y si esto sucede de poeta a poeta, cuando las ideas se sacan de la prosa se puede decir lo que Shakespeare cuando le acusaban de plagiarlo: «Yo saco a una joven de la mala sociedad para introducirla en la buena.»

¿«Que es *humorada*? Un rasgo intencionado. ¿Y

*dolora*? Una humorada convertida en drama. *¿Y pequeño poema?* Una *dolora* amplificada.»

Así define los géneros que él inventó y que inmortalizaron su nombre.

Del humorismo dice: «El humorismo francés es satírico, el italiano burlesco y el alemán elegiaco. Sólo Cervantes y Shakespeare son los dos tipos del verdadero humorismo, serio, ingénuo y candoroso.» Y añade más adelante: «Si, como dice Cervantes, el hacer reír es de grandes ingenios, el hacer reír y llorar al mismo tiempo es un don excepcional que sólo ha concedido Dios a él y a Shakespeare, los dos grandes pensadores más humorísticos del mundo.»

En la famosa polémica sobre si la forma poética estaba llamada a desaparecer, sentó la peregrina teoría de que la *prosa no era arte*. Era un excelente prosista y, sin embargo, aconsejaba que no se escribiera en prosa. «La prosa—decía—se hace pronto vieja. El verso es la forma definitiva, indestructible, de la palabra y del pensamiento.»

Como preceptista dictó reglas, proclamando por encima de todo la naturalidad, la concisión y la sencillez. Renovó la poesía española, señalando nuevas orientaciones estéticas a la juventud. «Campoamor—habla *Clarín*—es un gran poeta, nuestro mejor poeta.»

Campoamor dejó una honda, imborrable huella en la literatura española. Creó la *dolora*, el pequeño poema y la humorada. Ningún poeta se parece a él ni él se parece a nadie. En la lírica española es una personalidad aparte, una figura eminente sin analogías con ningún otro vate clásico ni romántico. El mismo se declaró inclasificable como pensador y poe-

ta. No se le puede encasillar, es originalísimo en el pensamiento y en la expresión.

La originalidad es uno de sus grandes méritos. Pudo descuidar la forma, esclavo de la naturalidad, la concisión y la sencillez; pero nunca descuidó la idea, que era para él lo principal. Era poeta hondamente humano, profundo y sutil psicólogo, conocedor del corazón de la mujer. A cada momento, en el curso de la vida, se recuerdan doloras o humoradas de Campoamor que expresan y sintetizan nuestro sentir y nuestro pensar. Por humano es eterno; no morirá nunca.

Un insigne crítico dijo que era «el más poeta de los filósofos y el más filósofo de los poetas.» Amasaba el llanto con la risa; era al mismo tiempo, tierno, irónico, escéptico y sentimental. Es curiosa la evolución del genio poético de Campoamor desde las primeras composiciones que escribió hasta las doloras, los pequeños poemas y las humoradas, en las cuales cristalizó definitivamente su arte exquisito. Gran talento sintético expresa y encierra en una breve dolora la idea que otros poetas necesitan un largo poema para desarrollarla.

Se ha dicho con razón que Campoamor es el poeta favorito de las mujeres. El las amó porque sabía comprenderlas. ¡Cuántas adorables figuras femeninas, tiernas y delicadas, pasan por las páginas de sus obras, animadas por un eterno soplo de amor!

Cultivó también Campoamor el género dramático; pero con poca fortuna. En el teatro fracasó. Su talento no se adaptaba a la escena. Escribió, entre otras, *El honor*, *Cuerdos y locos* (comedias), *Glorias humanas* (drama) y *Guerra a la guerra* (dolora dra-

mática). Sus producciones teatrales no interesan ni emocionan.

En la dolora dramática *Guerra a la Guerra*, ahora de actualidad, inspirada en la guerra de 1870 entre Francia y Alemania, sólo hay dos personajes: un soldado francés cojo y un soldado prusiano manco. El soldado francés le da trozos de manzana al prusiano y le dice:

*Discutamos como hermanos  
por qué has dado tu las manos  
y yo he perdido los pies.*

Campoamor abomina de la barbarie de la guerra.

Viejo y enfermo en sus últimos años el genial poeta no podía escribir. De la esperanza, el orgullo y la vanidad decía:

«La esperanza es el eslabón que nos une al cielo.

Esta adorable pérfida siempre usa con nosotros perfidias y siempre la adoramos. Colocada, como la fruta de Tántalo, al lado de nuestro deseo, nunca se aleja completamente de nosotros y jamás se nos acerca del todo. Eterna fiadora de la felicidad, la esperanza nos promete lo que la felicidad casi nunca nos cumple».

«El orgullo es la vanidad de las cosas grandes, mientras que la vanidad es el orgullo de las cosas pequeñas. El orgullo es a la vanidad lo que el todo es a la parte.»

El mejor homenaje que podemos rendir a Campoamor es leer sus obras, en las cuales se encuentran profundas enseñanzas y puro e inefable deleite.

---



---

## Bernardino Ponce



**A**CABA de emprender el viaje misterioso del que no se retorna. Al verle partir, inesperada y prematuramente, nos hemos quedado perplejos, estupefactos, doloridos interrogando al destino porque se ha truncado una vida llena de vigor y de juventud. ¿Por qué?...

Para los que no le conocieron este nombre no quiere decir nada. Para nosotros dice mucho. Bernardino Ponce fué un hombre de recia voluntad y rápidas resoluciones. Sin vocación ni deseos, por amor propio herido, se hizo abogado. Parece que le reprocharon que no tenía carrera y él quiso demostrar que podía tenerla en cuanto se lo propusiera. ¿No os dice mucho este rasgo de su carácter?

Propicio al buen humor y a la jovialidad, cuando se ponía serio lo era de veras.

Muy joven embarcó para Buenos Aires y en la

gran capital argentina empezó a educar su sensibilidad y a orientar su espíritu exquisito. En el fondo era un romántico que ponía en su romanticismo gotas amargas de ironía. La ironía era la flor de su ingenio. Los que no le trataron con alguna intimidad no saben todo lo que valía Bernardino Ponce.

De él se cuentan múltiples rasgos de nobleza y generosidad que revelan sus bellas cualidades morales, su gran corazón. He aquí una anécdota que en cierto modo retrata su peculiar manera de ser.

No hace mucho tiempo, una noche nos hallábamos en la redacción de un diario local un grupo de compañeros. Uno de los tantos chicos que por las calles mendiga, acercóse a Ponce y le pidió una perra chica. Sonriente y bondadoso sacó del bolsillo diez céntimos y se los puso en la mano diciéndole: —Toma una perra grande; pero como tú me pides una perra chica tienes que traerme la vuelta.

El granujilla salió contento y ya no nos acordábamos de él cuando apareció a devolverle a Ponce los cinco céntimos. El rasgo nos hizo gracia á todos; Bernardino le dió otra perra y amable e irónico le dijo:—Te doy otra perra en premio a tu honradez. Así se hace siempre. El chico, naturalmente, salió de la redacción más alegre que la primera vez, con sus dos perras grandes.

---

Quando escribimos estas líneas nos parece que tenemos delante aquel cuerpo alto, delgado, de rostro moreno, cabellera copiosa y gesto ceñudo que guardaba un espíritu delicado y de sutil comprensión. A primera vista parecía hurraño y de mal ge-

nio y una vez tratado sentíase por él un efusivo cariño por su cordialidad expansiva.

Su ingenio bién cultivado, era original y agudo. Discurría con serena lucidez. Fué un verdadero devorador de libros. En el retiro de su pueblo nativo, los libros hacíanle compañía nutriendo cada vez más el caudal de su cultura. Constantemente estaba leyendo. Con frecuencia veíasele con libros en la mano o en el bolsillo. Además de leer mucho, *sabía leer* y la lectura no le indigestaba sino que, por el contrario, daba más viveza a su imaginación y más flexibilidad y lozanía a su entendimiento. Poseía un innato buen gusto depurado por el estudio y un sagaz sentido crítico. Conocemos poco de lo que escribió: versos satíricos, intencionados y de chispeante ingenio. No sabemos si llegó a escribirlas, pero desde luego aseguramos que pudo haber trazado páginas deliciosas de humorismo.

Bernardino Ponce era abogado, pero no ejercía. Temía hablar en público, y en la charla con los amigos derrochaba gracia y donaire. Gustábale ejercitar su ágil talento y sobre todo desplegar las dotes de su singular ingenio en la discusión. Discutiendo se pasaba horas y horas, sin fatiga, sin cansancio, con verdadera delectación. Discutir era para él un placer. Irónico y sarcástico por temperamento complacíase en la burla siempre ingeniosa y culta, nunca impertinente ni grosera. Le gustaba hacer frases y cultivar la paradoja para desconcertar al que discutía con él. Repugnábale todo lo grotesco y chocarrero y a veces era demasiado descontentadizo y exigente en materia de estética.

Cón admirable perspicacia análica comparaba

obras con obras y autores con autores: Galdós con Tolstoy y *Fortunata y Jacinta* con *Ana Karenine*, por ejemplo. Regocijábale la literatura picaresca y con fruición saboreaba las aventuras del caballero Casanova. Uno de sus escritores predilectos era Maupassant, no el novelista, sino el cuentista, que era el que más admiraba.


Conocía la literatura francesa y la inglesa tan bien como la española, la clásica y la moderna. Sabía inglés y francés y no tenía necesidad de recurrir a las traducciones que desfiguran las obras.

Entre los literatos españoles contemporáneos, Galdós y Benavente eran sus ídolos. Galdós—solía decir—es Miguel Angel y Benavente, Benvenuto Cellini. Con certero juicio crítico analizaba la labor de ambos en la novela y en el teatro. Su admiración no era ciega, rutinaria, incondicional, sino reflexiva, razonada. Las últimas comedias de Benavente las consideraba indignas del ilustre dramaturgo. Elogiaba las obras cuando a su entender eran bellas, después de examinarlas y no por la sugestión que el renombre y fama del autor suele ejercer sobre los espíritus vulgares. Pensaba por cuenta propia, sin tomar juicios prestados ni ideas ajenas.

Además, por si algo faltaba al relieve de su personalidad, era un hombre justo y bueno que practicaba el bien por el bien mismo, por mandato de su conciencia y sin esperar otra recompensa que la íntima satisfacción del deber cumplido. Era feliz, optimista, filósofo irónico y poeta satírico. Los que le conocimos jamás le olvidaremos porque a cada momento su recuerdo se impone a nuestro afecto y a nuestra admiración por su bondad y por su talento.

---

## ¡Ay, amor como te han puestol

OMO eran pocos, salió un microbio más a amargarnos la existencia. Que las ciencias adelantan es indudable y que, además, adelantan una barbaridad, como rezan en la popular zarzuela, es evidente. El último, o mejor dicho, el penúltimo descubrimiento, es estapendo y nos ha dejado patidifusos. El profesor Fleury ha descubierto ¿qué dirán ustedes que ha descubierto? ¿Un sistema de dentadura para masticar bien los productos alimenticios que por ahí se venden adulterados con daño de la salud pública, la cual, según hemos convenido, es la suprema ley? No. ¿Un medio para vivir sin alimentarse ahora que las subsistencias están más altas que las nubes? Tampoco. ¿Una fórmula para vivir más que un loro? Menos.

El Dr. Fleury ha descubierto—ahí va de una vez la noticia—nada menos que el bacilo del amor.

¡Ay! amor, como te han puesto, con microbio y todo como si se tratara de una infección intestinal.

La sorpresa ha sido extraordinaria por lo inesperado del descubrimiento. Amor es, según la peregrina teoría de Mr. Fleury, una enfermedad producida por un microbio. Ahora nos explicamos aquello de *Marina*:

*Bien sabes tú que yo tenía  
el alma enferma de tanta amar.*

Probablemente el nuevo microbio hará su nido en el corazón, a no ser que el Dr. Fleury pretenda alojarlo, como huésped, en otra víscera menos poética o en algún órgano de cuyo nombre no queremos acordarnos.

Nosotros creíamos ¡cuánta candidez! que la manzana del Paraíso, la que mordió nuestro papá Adán por no desairar la galante invitación de la serpiente, era una fruta sana y fragante; pero estábamos equivocados, pues resulta que contenía un terrible microbio, el microbio del amor.

El amor es una enfermedad que produce alta fiebre y en muchos casos hace delirar a los atacados. ¿A qué temperatura estarían Romeo y Julieta en los jardines de Verona con el corazón roído por el consabido bacilo? Sería curioso averiguarlo.

El microbio que acaba de ser descubierto por Mr. Fleury fué, seguramente, el mismo que llevó a la tumba a los amantes de Teruel.

---

*Murió de amor la desdichada Elvira.*

No, hay que decir la verdad: Elvira murió de una inoculación. La mató el bacilo de Fleury que

tantas víctimas ha causado y seguirá causando si no se inventa una vacuna eficaz para combatirlo.

Mr. Fleury se encargará de descubrir el medio profiláctico que hay que emplear contra el microbio del amor. No hay que apurarse; todo vendrá a su tiempo.

Por las observaciones que han podido hacerse, parece que el microbio del amor desarrolla más virulencia a la sombra de la noche que a la luz del día. Los cinematógrafos, con su semi oscuridad u oscuridad completa, son un lugar excelente para la cría del gusano, digo del microbio.

El dios Cupido ¿qué vá a hacer ahora con su arco, sus flechas y su carcaj? En el carcaj, en vez de flechas, llevará microbios para sembrarlos por el mundo.

D. Juan Tenorio, si viviera, se dedicaría a cultivar los microbios del amor en su laboratorio.

¿Qué forma tendrá el bacilo? ¿Se verá con microscopio?

Una vez descubierto el microbio es lógico que se trabaje para descubrir la correspondiente vacuna, cuyo suero será extraído... de la serpiente del Paraíso. ¿Todos los corazones serán susceptibles de ser infeccionados por la presencia del microbio? Creemos que no, porque hay corazones inmunizados.

Por lo que respecta a la vacuna sospechamos que va a ser un fracaso, porque del *ardiente al helado polo* a todos nos gusta el dichoso microbio. ¿No es verdad, Amaranta, que a tí también te pica el microbito?

—Nuestras relaciones no pueden continuar—le dice Eloisa a su amado.

—¿Por qué me olvidas, ingrata?

—No me culpes, Enrique. Lo primero de todo es la salud. Me he vacunado contra el microbio del amor.

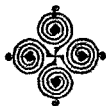
---

—¿Sabes lo que pasa, Arturo? Que Rosa ha abandonado a su marido y se ha ido a vivir con Fernando. ¡Qué escándalo, que mala mujer!

—No te alarmes; Rosa es irresponsable, es una enferma.

—¿Cómo una enferma?

—Sí, tiene el microbio del amor a... otro.





---

## La Fiesta de la Raza

**S**E acerca la fecha de la conmemoración del descubrimiento de América. Como se sabe, ha sido declarada fiesta nacional, Fiesta de la Raza esa efemérides gloriosísima, escrita con letras de oro en la historia de España. Si España no fuese inmortal por otras hazañas, lo sería solamente por la grandiosa epopeya del descubrimiento y civilización de América.

Veinte naciones, hoy independientes, nacidas del seno fecundo de la vieja patria, celebran la Fiesta de la Raza. Perdida la soberanía política nos queda la soberanía eterna de la lengua de Cervantes y del espíritu de raza.

Borradas todas las huellas de los odios nacidos de las luchas por la emancipación, España ve al presente, con orgullo, el florecimiento, la prosperidad y el progreso de los países hispano americanos. Y en

justa y patriótica reciprocidad, las naciones de origen ibérico del otro lado del Atlántico, proclaman, orgullosas también, su abolengo histórico y rinden homenaje de gratitud y afecto a la madre común que, por haberlo derrochado todo, se quedó sin nada, empobrecida.

Se puso el sol en las tierras españolas; pero no se ha puesto ni se pondrá en los dominios del idioma. Deshecho el imperio político nos queda el imperio espiritual, el imperio de una raza tan poderosa que pudo, con su esfuerzo, dominar el mundo.

De España a América y de América a España cruzan los dilatados mares corrientes de simpatía, de amor. Los poetas españoles cantan a América y los bardos americanos entonan himnos en honor de España.

La Fiesta de la Raza estrecha los lazos y fortifica los vínculos entre españoles y americanos. Y para que todo no sea retórica y lirismo sin huellas positivas en la realidad, el comercio y la navegación se desarrollan, intensificándose el intercambio de productos.

¿Podemos nosotros, los canarios, mirar con indiferencia la celebración de la Fiesta de la Raza? No. Canarias debe adherirse al acto que en Octubre próximo celebrará España unida a América.

En la odisea del descubrimiento de América figura el nombre del archipiélago canario y de manera especial el de Las Palmas. Cuando fué descubierta América por el genio de Colón, Canarias ya había sido incorporada a España. En la ruta histórica del inmortal navegante está el antiguo puerto de las Isletas, a la hora actual convertido en el magní-

fico puerto de La Luz, que, en realidad, ha sido una luz esplendorosa que ha alumbrado el porvenir de Gran Canaria.

En su expedición fabulosa en busca de lo desconocido, cruzando el *Mar Tenebroso*, Colón llegó a Las Palmas. Las carabelas descansaron aquí al abrigo de la mole ingente de la Isleta. En la vieja ermita de San Antonio Abad oró Colón y con la fé puesta en Dios fortaleció su espíritu para llevar a cabo la soberana empresa que concibiera.

De aquí partieron las naves gloriosas para continuar el viaje memorable. Entre España y América Canarias es una avanzada. De ida es la última tierra española que se pierde de vista; de regreso es la primera que se vislumbra en el horizonte.

En la conquista y civilización de América figuraron nombres preclaros de hijos de Canarias. Muchas poblaciones de América han sido fundadas por isleños. Actualmente forman legión los canarios que en las Repúblicas ibero-americanas viven y trabajan. Por nuestro puerto siguen pasando los barcos que van y vienen de América.

Canarias, pues, debe celebrar la Fiesta de la Raza. En el concierto de naciones agrupadas para conmemorar el próximo aniversario del descubrimiento de América, deseamos que no falte el nombre modesto de esta región insular, unida a España por lazos indestructibles y a los países libres de América por simpatías engendradas por la fraternidad entre canarios y americanos en Cuba, en la Argentina, en Uruguay, en Venezuela, en Chile, en Méjico etc.

---

## Eça de Queiroz



LA prensa española habla estos días de Eça de Queiroz, con motivo de la reciente publicación de su libro, *La decadencia de la risa*, traducido por Andrés González Blanco, espíritu culto y laborioso.

Nos place hablar del insigne literato portugués que escribió novelas tan hondas, de tanta médula y crónicas hermosísimas. Fué un excelente cronista Eça de Queiroz. Como si hubiesen sido escritos ayer, se leen hoy artículos que su pluma trazó hace bastantes años.

La guerra europea dió actualidad a una silueta del Kaiser Guillermo II, llena de gracia irónica, de ingenio agudo, intencionado y humorístico. Es también magistral la página dedicada al asesinato de D. Antonio Cánovas del Castillo.

Por cierto que Eça de Queiroz sobrevivió poco

al trágico suceso desarrollado en el balneario de Santa Agueda en Agosto de 1897. Tres años más tarde se hundió en la eterna sombra el gran artista lusitano.

Murió Eça en la plenitud de su gloria literaria a los 57 años de edad, cuando, perfeccionado su arte, podía haber producido otros bellos libros. Nació en 1843 y falleció en 1900, en París, donde residía.

---

Decíamos al principio que nos place hablar de Eça de Queiroz, uno de nuestros autores favoritos. *La Reliquia* fué la primera novela que leímos, hace ya algunos años, del ilustre portugués. Posteriormente, aguijoneados por el interés y la admiración que nos despertó, saboreamos otras obras de tan privilegiado ingenio.

Eça de Queiroz viajó por Oriente, estuvo en Palestina. En *La Reliquia* nos ofrece una visión magnífica, henchida de poesía encantadora de la Judea de la época de Jesucristo. ¡Qué bella evocación bíblica! ¡Con que poder de arte su imaginación romántica evoca y resucita la escena de la Pasión! Y al lado de pasajes poéticos, tiernos y conmovedores, está la sátira amarga, cruel, implacable.

Algunos consideran *Los Maias* como su mejor obra y otros eligen *La Reliquia*. Indudablemente en esta última resplandecen más las cualidades singulares, las dotes características del ingenio de Eça: la fina, sutil ironía, la sátira penetrante, la aguda observación, el desenfadado humorismo. En Eça se mezcla la ternura con la ironía, la emoción con la sátira, la poesía con el humorismo hiriente y flage-

lador. ¡Qué entendimiento tan sagaz el del eminente novelista portugués!

---

La literatura portuguesa es rica, variada y original. Entre la pléyade brillante de poetas, novelistas, historiadores y cuentistas contemporáneos, se destaca la figura del creador de *Los Maias* con singular relieve. Con Guerra Junqueiro, el magno y bravo poeta civil, con Braga, con Oliveiro Martins y otros, forma Eça un grupo considerado como audaz renovador de las letras lusitanas.

Se acusa a Eça de Queiroz de imitar a Gustavo Flaubert. La acusación lanzada así, es injusta. Aparte la influencia que el maestro de la novela francesa tuviese en el autor portugués, Eça ostenta personalidad propia, original, marcadísima, inconfundible.

Oigamos la autoridad irrecusable de D.<sup>a</sup> Emilia Pardo Bazán.

En la Exposición universal de 1889 conoció la ilustre escritora a Eça en París, donde desempeñaba el Consulado general de su nación.

«El retrato que adorna la edición del *Primo Basilio*—dice la Condesa de Pardo Bazán—representa a un hombre de treinta y cuatro a treinta y cinco años de edad, de aspecto elegante y extranjero, con más trazas de *clubman* que de literato, y más hecho a manejar el florete que la pluma. Desde que se grabó aquella imagen habrán corrido dos lustros: los cuarenta imprimieron su sello reflexivo y un tanto severo en las facciones enjutas y pálidas del escritor insigne; la madurez, que vulgariza aún

más las fisonomías vulgares, espiritualizó la de Eça de Queiroz; la calentura artística maceró sus sienas y ahondó sus ojeras; el humor bilioso, propio de quien tan magistralmente emplea la ironía y la sátira, arranció la piel, que parece la de un santo de marfil; y al mismo tiempo la enérgica negrura del pelo lacio, que se conserva virgen de canas; la del bigote, que es juvenil y militar, acentuaron una cabeza notable, montada en un cuerpo flaco, prolongado y distinguido. La figura de Eça, y aún a primera vista su rostro, ofrecen curiosa y marcada semejanza con el rostro y la figura de Pérez Galdós; pero bien considerados ambos preclaros novelistas, puede leerse en los respectivos semblantes la diferencia de hechura psíquica y la contraposición de temperamentos literarios: Eça refinado, pagano, sobrio, idólatra de la forma, profundo, vehemente, acerado, desdeñoso y pesimista; Galdós enemigo del artificio retórico, natural, abundante, tierno, equilibrado, todo buena voluntad y simpatía humana.»

«A Eça de Queiroz—sigue diciendo D.<sup>a</sup> Emilia—es difícilísimo de traducirle. Eça produce poco y tardíamente, cincelandó el estilo con aquel esmero penoso y febril de Gustavo Flaubert. No solo lo cincela, sino que busca nuevas sendas, derroteros desconocidos.»

Es de opinión la Sra. Pardo que Eça «sería más grande, casi perfecto, si hubiere brotado de la misma entraña de su nación; si fuese castizo, neto, lusitano o peninsular, hasta las cachas, hijo y continuador de la tradición literaria de su país.»

«Así—agrega—el flaco de la coraza, el talón de

Aquiles de Queiroz, es el afrancesamiento. Sus facultades no son inferiores a las de Flaubert, pero Flaubert le precede, y con Flaubert le relacionan cuantos críticos buscan su abolengo literario.»

«El *Primo Basilio*, si se hubiese escrito en francés, pisaría las huellas de *Madama Bovary*. *A Relíquia* parecería una forma más humana, menos simbólica y mística, de *La tentación de San Antonio*.»


El juicio de un crítico de tan certera y perspicaz penetración como la Sra. Pardo Bazan, es altamente lisonjero para nuestro admirado literato.





---

## El matrimonio y el divorcio

 EN Cuba, la *isla hermosa del ardiente sol*, apenas implantado el divorcio, pasa ya de mil el número de demandas presentadas. Un periódico cubano da la noticia alarmado, por creer que peligran las buenas costumbres.

El hecho de la presentación de tantas demandas de divorcio indica que eran muchos los cónyuges que esperaban, ansiosamente, la reforma para pedir la inmediata separación.

¡Más de un millar de matrimonios esperando la implantación de la ley liberadora para divorciarse! Los culpables de los disgustos matrimoniales en Cuba, ¿serán las Evas o los Adanes? ¿Influirá el clima tropical en tales decisiones? No es fácil averiguar las causas y menos a la distancia que nos separa de la «perla de las Antillas.»

Rubén Darío dijo: «Todas las mujeres bellas del mundo tienen sus encantos especiales; mas el

encanto de la mujer cubana es único por su algo de Oriente, por una fascinación misteriosa, porque por pudorosa que sea hay en ella como un incesante y secreto llamamiento.»

Pues con esos encantos y ese secreto llamamiento de que habló el gran poeta, los cubanos se han convencido de que hay que variar y solicitan el divorcio. La cosa es clara y además... higiénica. En la variación consiste el gusto y de sabios dicen que es variar de opinión. ¿Por qué no ha de ser de sabios también variar de mujer?

Indudablemente el divorcio es un progreso y país donde no existe se considera como país atrasado. La «cruz del matrimonio» es a veces muy pesada y no hay derecho a que el marido o la mujer la soporte de por vida, dando lugar al desarrollo, en el «seno del hogar», de tragedias para reír o de sainetes para llorar. Porque los matrimonios mal avenidos terminan fatalmente en tragedia o en sainete.

En España e islas adyacente se tiene tanto miedo al matrimonio, entre otras razones sociales y económicas, porque no se puede anular el vínculo y volver a contraer nupcias a voluntad de los *interesados*. En nuestra nación el remedio-divorcio es casi peor que la enfermedad-matrimonio, porque el divorcio no corta el nudo gordiano. Y como la poligamia es libre, el número de solteros es infinito. La monogamia está en las leyes y la poligamia en las costumbres, observa un ilustre pensador español.

El marido que en España se divorcia continúa casado; pero sin mujer, por la dichosa indisolubilidad del lazo... corredizo.

En cambio, en los países donde se autoriza el

divorcio y los cónyuges quedan en libertad absoluta para *enchufar* o no nuevamente, según les conven- ga, son numerosos los matrimonios. Es lógico que así suceda, pues el hombre y la mujer se casan, prueban las dulzuras de himeneo y cuando hayan pasado de la luna de miel a la luna de... hiel, se di- vorcian y en paz, y ambos quedan libres de probar de nuevo si con otro matrimonio les va mejor.

Un amigo nuestro, que ha probado de todo, es decir, que conoce los diferentes estados, opina que una mujer para toda la vida es mucha carga, dema- siado sacrificio. A primera vista tiene razón y si se piensa y reflexiona con calma la frase adquiere ca- tegoría de axioma.

Otro camarada nuestro, experto conocedor de las relaciones entre ambos sexos, dice que si las es- tadísticas demuestran que hay en el mundo más mu- jeres que hombres, a cada varon le corresponde, por derecho propio y haciendo un reparto equitativo, más de una hembra, con lo cual nadie se perjudica.

Si las mujeres constituyen ya más de la mitad del género humano y hay, por lo tanto, un exceso de población femenina, forzoso es reconocer que el divorcio se impone en todas las naciones, porque si cada hombre no se casa, sucesivamente, con dos, tres o cuatro Evas, el contingente de solteronas cre- cerá enormemente. ¿Qué les parece el argumento a tantas inconsolables condenadas a vestir imáge- nes?

Y ahora con las bajas de la guerra, cuando se haga la paz, debiera dictarse una ley con objeto de que todo hombre útil para el servicio matrimonial no pueda permanecer casado más de dos años y cum-

plido este plazo se le imponga el divorcio con la obligación ineludible de contraer nuevos esponsales.

¿No creen ustedes que la reforma es aceptable?

---

Sabido es que son muchos los canarios que emigran a Cuba. Pues bien, ahora con el divorcio sospechamos que va a aumentar extraordinariamente la emigración.

El establecimiento del divorcio en la Gran Antilla es un signo de adelanto. La misma libertad que hay para casarse debe haber para divorciarse. ¡No faltaba más!

Pongamos un ejemplo. Figurémonos un matrimonio de raza de color, que tanto abunda en Cuba. El negro cansado de la compañera que le tocó en suerte, o mejor dicho, en desgracia, ve una blanca y se enamora de ella, perdidamente, como Jesús Clemente. ¿Que va a hacer el negrito si la blanca le corresponde, que se dan casos? Pues divorciarse, dejar a la negra en la carbonería y casarse con una *brancquita, como eres tú*.



---

## El caso de Ohnet en la literatura

**N**os ha sorprendido la muerte reciente de Georges Ohnet, novelista y autor dramático que estuvo en auge y gozó de mucha popularidad en Francia. Puede decirse que Ohnet ha sobrevivido a su propia obra, bastante deleznable por cierto. Ya no nos acordábamos de Ohnet. Su producción está muerta, bien muerta y enterrada. El asistió a sus funerales... literarios.

El género que cultivó Ohnet, en la novela y en el teatro, aunque no ciertamente desprovisto de interés, es pueril y ñoño. Escribió para la burguesía que se indigesta fácilmente con las obras de arte verdadero y gusta que le falseen la realidad con artificios efectistas. El arte de Ohnet era eso: artificio y efectismo.

El caso de este escritor es un fenómeno frecuente en la literatura universal: un literato que goza de renombre, que está en boga una temporada, larga o corta, que se hace popular y disfruta

del favor del público obteniendo ruidosos éxitos de librería, y de pronto se oscurece, se eclipsa totalmente y muere olvidado.

¡Son tan pocos los escogidos, los autores y las obras que perduran a través del tiempo, de las evoluciones estéticas, de las mudanzas del gusto y de toda clase de modalidades literarias resistiendo, triunfantes en todo momento, el análisis más severo de la crítica!

La crítica francesa, por conducto de sus más ilustres representantes, hace años que extendió la «partida de defunción» literaria de Ohnet, que ahora acaba de morir. Hubo crítico que le trató con verdadera crueldad.

Si libros de positivo mérito envejecen pasada la boga de la escuela a que pertenecen—recuérdese el ruido, ya apagado, del naturalismo con Zola, su insigne pontífice a la cabeza,—claro está que no es de extrañar que escritores mediocres o industriales del arte que establecen fábricas de novela, caigan en un merecido olvido, en castigo de sus culpas y pecados.

Hay literatos que no sobreviven a su labor y, por el contrario, hay obras que, después de fallecidos sus autores, tienen una eterna supervivencia. Huelga citar escritores cuyas frentes están coronadas con los laureles de una gloria perdurable y obras del espíritu que viven y vivirán eternamente en la memoria y en la admiración de la humanidad. Para esas obras la acción del tiempo carece de poder destructor.

Antes que Ohnet murieron Flaubert, Daudet, Zola y otros contemporáneos suyos. Las obras de

éstos maestros de la novela francesa moderna son leídas con emoción y deleite y, en cambio, los libros de Ohnet estaban ya olvidados en vida de su autor.

Georges Ohnet no ha desaparecido en edad muy avanzada para que nos parezca un novelista tan *viejo*. Nació en 1848; contaba, pues, 70 años.

El glorioso patriarca de las letras españolas, D. Benito Pérez Galdós, nació antes que Ohnet y es más *jóven*, por la perenne lozanía de su espíritu, y obtiene triunfos como el de *Santa Juana de Castilla*, su último drama, aplaudido por el público y elogiado por la crítica. ¡Pero que diferencia de Galdós a Ohnet!

La obra del creador de *Fortunata y Jacinta* vivirá mientras exista la literatura española por su altísimo mérito. Galdós tiene asegurada la inmortalidad por su maravilloso entendimiento.

Ohnet en vida no pudo resistir una revisión de valores literarios, como es moda decir ahora. Los críticos franceses le maltrataron despiadadamente, haciéndole blanco de crueles diatribas. Y ha muerto olvidado su nombre y, lo que aún es peor, desdeñadas sus obras, en otra época tan leídas.

Decíamos al principio que nos *sorprendió* la muerte de Georges Ohnet, y es cierto. Nuestra sorpresa nació de que le teníamos por muerto a él y a otros muchos novelistas y dramaturgos.

Por supuesto que si Ohnet viviera le tendría sin cuidado nuestra opinión. Antes que lo diga otro tenemos el gusto de anticiparnos nosotros.

*Por lo demás*, descanse en paz el ex-popular novelista francés.

## El destino fatal

**F**UVUELTA en las sombras de la noche dejó la humilde casa lugareña para llegar a la ciudad con las primeras luces del alba. A través de las sendas y vericuetos solo biría, en el silencio nocturno, entre valles y montañas, el ladrido de algún perro vigilante guardador de los cercados. No pensaba en la muerte sino en la vida, en retornar a la paz del campo verde y fecundo después de vender la pobre mercancía en el mercado urbano.

El vientre insaciable de la ciudad devora diariamente los productos que vienen de los pueblos del interior. Los pueblos, a su vez, viven del dinero que les entrega la ciudad a cambio de sus frutos.

La caravana de vendedores viene todos los días y una vez realizadas sus transacciones regresa con el producto de la venta. A lo largo de carreteras y



caminos vése en marcha la caravana de hombres y mujeres, unos a pié y otros en caballerías. El espectáculo es pintoresco y el bullicio de las conversaciones turba la paz de la noche. Al alejarse de la ciudad comentan las incidencias ocurridas en la plaza de abastos.

---

El destino fatal perseguía a la joven campesina; la muerte acechábala cruel, implacable, para devorarla como la ciudad devoraba los productos que traía.

La moza marchaba tranquila, confiada por el camino de la vida —que es el camino de la muerte— sin pensar que el fin de su existencia estaba próximo. La juventud no piensa en que la muerte rodea cuanto existe. La juventud cree que con su fuerza y su optimismo vence todos los obstáculos y, de pronto, súbitamente, tropieza con la muerte que le da el alto en mitad del camino. La muerte es la que domina y triunfa con invencible imperio.

Acompañaban a la doncella lugareña otras mozas de la aldea que venían también a vender a la ciudad. La ciudad tiene peligros que atraen fatalmente.

Para ir más de prisa a entregarse en brazos de la muerte, la zagala subió al tranvía. Diríase que tenía impaciencia por llegar. ¿Llegar a donde? A la muerte que espiaba sus pasos desde que salió de su casa.

---

Cayó para no levantarse más, con las carnes desgarradas, con los huesos triturados por las rue-

das del tranvía. El cuerpo ensangrentado, pocos momentos antes sano, lleno de vida, fué conducido al hospital y del hospital al cementerio. El drama habíase desarrollado rápido y brutal. Nació la infeliz para morir aquel día, a aquella hora, trágicamente.

A pié hizo la larga jornada desde la villa, y al entrar en la ciudad tomó el tranvía para recorrer en él un corto trayecto. La muerte invitóla a dar el corto paseo que duró unos minutos. La muerte no perdía de vista a la infortunada zagala, la atraía, páfida, con irresistible poder.

La ciudad sintió dolorosamente el suceso sin conocer a la víctima.

---

Los padres esperábanla y no llegaba. Tardaba mucho, mucho, en volver. La impaciencia nerviosa de la larga espera iría probablemente acompañada de los fatales, tristes presentimientos, que asaltan el corazón cuando ronda la desgracia.

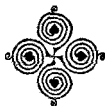
Todas las mozas del caserío campestre regresaban comentando el accidente. La noticia extendióse rápidamente. Los periódicos de la ciudad relataban la tragedia.

La terrible verdad hirió el corazón de los campesinos. Ya no volverían a ver a la hija que dejó el hogar alegre y contenta de vivir, acaso con amores ya florecidos en el alma.

El cuerpo mutilado quedó en la ciudad.

Hoy sienten los viejos campesinos el dolor agudo de la pérdida y la pena inconsolable de que la desventurada joven no descansa en el camposanto

del pueblo, cerca de los suyos, a la sombra de la virgen milagrosa, en la misma tierra donde, cuando les llegue el día, descansarán también ellos de la fatiga y la tribulación de vivir,



---

## Bonafoux



LA reposa para siempre Luis Bonafoux, cuyo descanso en el mundo fué el pelear. En el periodismo ostentaba una personalidad inconfundible. Bonafoux era... Bonafoux, único, personalísimo. Escribió con desenfado genial y puso en la picota a mucha gente, escritores y políticos. Las genialidades de Bonafoux no se le podían permitir sino a él solo. Ingenio agudo y cáustico dijo muchas verdades crudas, porque despreciaba el eufemismo retórico. Durante largos años fué uno de los cronistas más leídos en la prensa española y americana. Las cosas de Bonafoux se saboreaban.

Hacía mucho tiempo que residía en el extranjero, de corresponsal de *El Liberal*, primero, y después del *Heraldo de Madrid*, en cuyo diario escribió hasta pocos días antes de morir. Porque Bonafoux puede decirse que ha muerto con la pluma, que era su arma de combate, en la mano.

De muy pocos literatos y políticos habló bien. Por temperamento era agresivo y bilioso. Sostuvo ruidosas polémicas. A *Clarín* le acusó de plagiarlo con más desparpajo que razón. No había quien le hiciera callar en las disputas periodísticas, porque a falta de argumentos tenía salidas de tono ingeniosas, audacias desconcertantes y chistes que eran como trallazos.

Bonafoux escribió millares de artículos que coleccionados forman bastantes volúmenes. Cosa curiosa y rara, privilegio de algunos entendimientos: las crónicas de Bonafoux al año o más de leídas en el periódico, pasada la actualidad del asunto que les dió vida, se leen en el libro con el mismo interés. Tenía un don singular de cronista: el desenfado ingenioso con que decía las cosas más escabrosas. Cuando esgrimía la sátira era cruel, despiadado, no respetaba nada de tejas abajo ni de tejas arriba. Escéptico y zumbon pasó por la vida haciendo muecas de asco.

Vivió Bonafoux armando muchísimo ruido en todas partes: en América y en Europa. De Puerto Rico le expulsaron por un artículo. El mismo confiesa que sentía placer por mortificar al prójimo, y nosotros lo creemos sin hacer más averiguaciones. Con la pluma cometió injusticias; pero también defendió valerosamente nobles causas. Tuvo muchos enemigos que le insultaban y amenazaban.

Fué amigo íntimo y admirador de un ilustre canario, D. Nicolás Estévez, a quien le dedicó uno de sus libros. En la dedicatoria dice Bonafoux cosas sabrosas que retratan su carácter independiente, rebelde y sincero.

«Rebuscando en las páginas de mis libros—escribe—la causa de los motines que me dispensaron alguna vez pueblos benéficos, de las persecuciones que no me han dejado virvir en paz, de todo el horror de injurias y calumnias que ha vomitado la prensa contra mí, deduzco que la verdad de mis libros tiene la culpa de todo.

«Pienso seguir diciéndola en los sucesivos, porque el decirla es más fuerte que yo, aunque deseo librarme de palos y pedradas. Un estacazo no es un argumento, pero noto con espanto que son muchas las gentes que quieren argumentarme en esa forma. Una estadística curiosa que he elaborado arroja los siguientes datos:

|                                                  |           |
|--------------------------------------------------|-----------|
| Injurias que me han dirigido . . . . .           | 2.564.325 |
| Calumnias . . . . .                              | 3.237.411 |
| Palos recibidos a través del Atlántico . . . . . | 613.508   |
| Bofetadas a igual distancia. . . . .             | 131.625   |

TOTAL DE HORRORES. . . . . 6.546.869

Escribió crónicas picarescas y sentimentales, risueñas y amargas, alegres y tristes. Las páginas que Bonafoux deja están llenas de sal y de pimienta, de gracia, de grosería, de cinismos, de ironías, de frases cáuticas y maldicientes, de risas y lágrimas, de sarcasmos crueles, de reticencias envenenadas, de flagelantes verdades, de justas indignaciones, de viriles protestas contra violencias, injusticias y atropellos, de ternuras por los humildes, de piedad por los desheredados, de cólera y odio contra déspotas y tiranos. Una agria mezcla de todo eso era el ingenio de Bonafoux.

La labor periodística consumió la actividad y

el talento de Bonafoux. Se pasó la vida escribiendo artículos para la prensa española y americana. Fué un forzado de la pluma, porque de ella vivía.

Desde el gran observatorio de París fué el comentarista de los sucesos que se desarrollaban en el mundo. A los comentarios les ponía salsa picante para que fuesen del agrado del público. Los platos condimentados por Bonafoux nunca eran insípidos.

En estos últimos años no era el cronista de los buenos tiempos. Estaba viejo, cansado, desilusionado. Sin embargo, en crónicas ñoñas y sin interés descubriáanse rasgos de ingenio propios del espíritu indomable, demoleedor, iconoclasta y revolucionario de Bonafoux, que en el fondo fué un romántico atacado de quijotismo. Su pluma destilaba bilis amarga y humorismo desengañado.

La formidable tragedia, cuyo desenlace definitivo no pudo ver, le hizo salir de París y refugiarse en Londres, donde acaba de morir. Frente a la catástrofe universal adoptó una actitud de neutralidad humanitaria, como si dijéramos, de condena-ción de toda violencia, de guerra contra la guerra, sin afiliarse a ninguno de los grupos de naciones beligerantes. A nuestro entender incurrió en errores al juzgar los acontecimientos bélicos colocándose en un punto de vista demasiado idealista. Quiso aparecer equidistante de los dos bandos combatientes, especie de adalid de la razón, el derecho y la justicia sin pasiones de *filiás* ni de *fobias*.

Antes de la guerra había expresado su pensamiento en esta forma:

«¡Oh! ¡Los Napoleones, Cortés, Pizarros, Alejandro, Moltkes; los Césares todos, bonita canalla!

«Son graciosísimos—decía también—los pensadores que se quejan de que Darwin hiciera descender al hombre del mono. ¡Si son los monos quienes debieron demandar de injuria y calumnia a Darwin! Porque los monos, como los demás animales, no se atacan los unos a los otros.»

En una de las últimas crónicas que publicó en el *Heraldo* dijo que *Lenine simboliza la bandera del internacionalismo revolucionario dentro y fuera de Rusia*. Y luego agregaba:

«Y una vez más queda al descubierto que bajo el sangriento manto de la guerra se desarrolla una lucha política a muerte entre la revolución social y la contrarrevolución burguesa.» Hechos posteriores dieronle la razón.

Así pensaba y sentía Bonafoux.





---

## Recuerdos de una temporada

**D**IAS pasados falleció en Madrid D. Manuel Espejo. Queremos dedicar un recuerdo al viejo y olvidado artista que tan aplaudido fué en Las Palmas en época ya algo lejana.

Espejo vino, por primera vez, a Canarias, en Abril de 1894. A la sazón hacía tiempo que no actuaba aquí ninguna compañía dramática. En la que dirigía el excelente actor figuraban artistas de justa nombradía como don Victorino Tamayo, ya anciano y decadente.

La compañía de Espejo tuvo una lisonjera acogida y obtuvo ruidosos éxitos. El teatro se llenaba todas las noches. Espejo cosechó, en la primera temporada, muchos aplausos y abundantes pesetas.

D. Manuel Espejo era un notable actor cómico y un hombre de atrayente simpatía. Además era una persona decente, correcto y caballeroso en su

trato. En Las Palmas se hizo popular, llegando a ser el actor favorito de nuestro público.

Con motivo de su muerte mucha gente le recuerda con elogio porque dejó grata memoria de su paso por esta ciudad, donde estuvo en diversas épocas.

El repertorio del teatro moderno español era desconocido en Las Palmas en 1894 y gracias a Espejo se representaron en el teatro *Pérez Galdós*, que entonces llevaba el nombre de *Tirso de Molina*, *Consuelo*, *Mariana*, *La Dolores*, *La de San Quintín*, *La loca de la casa*, *Un drama nuevo*, *El gran Galeoto* y otros muchos dramas y comedias de autores españoles y extranjeros.

La compañía de Espejo fué la primera que puso aquí en escena obras de D. Benito. El estreno de la hermosa comedia titulada *La de San Quintín*, tuvo honores de acontecimiento. La función fué de gala, en honor del insigne escritor. El coliseo estaba completamente lleno y el pueblo canario tributó aquella noche un homenaje de admiración y afecto al creador de *Fortunata y Jacinta*, de *Gloria*, de *Doña Perfecta* y de tantas otras novelas que son joyas de la literatura contemporánea.

*La loca de la casa* también la estrenó la compañía de Espejo.

Noche de emociones fué la del estreno de *Un drama nuevo*, interpretado por Victorino Tamayo y Baus. Sabido es que el ilustre dramaturgo D. Manuel Tamayo escribió, para que lo estrenara su hermano, el genial actor, *Un drama nuevo*, una de las obras más perfectas del teatro español a juicio de *Clarín*. Tamayo hacía una creación del papel de Yo-

ric y fué aclamado con entusiasmo. Tamayo, viejo, cansado y enfermo se superó a sí mismo aquella noche que hizo recordar los grandes triunfos del ilustre actor.

Formaba parte de la compañía, como primera actriz, D.<sup>a</sup> Concepción Constan, esposa de Espejo. La Constan captóse aquí generales simpatías y escuchó muchos aplausos. Con todos sus defectos era una artista discreta y estimable.

Espejo era un actor cómico de cuerpo entero, de lo mejor que hemos visto. Tenía gracia natural. En *El octavo no mentir*, *Zaragüeta*, *El espejo*, *El sombrero de copa*, *Hugonotes* y multitud de juguetes cómicos, la mayoría grotescos y sin ingenio, hacía Espejo una labor admirable. Muchas piezas de chistes chocarreros y escenas disparatadas, las salvaba Espejo con su «vis cómica.» Decía bien, con intención y con donaire y tenía una mímica muy expresiva. Además los papeles serios los sabía caracterizar con acierto.

Con posterioridad al año de 1894, estuvo varias veces en Las Palmas don Manuel Espejo; pero la suerte le fué adversa como empresario. Recordamos que en una temporada para atraer al público, que se mostraba reacio a asistir al teatro, llegó a cantar zarzuelas cómicas.

Espejo hallábase retirado de la escena. Ha muerto en la mayor pobreza y olvidado como otros ilustres actores españoles, entre los que recordamos a D. Pedro Delgado, D. Victorino Tamayo y don Antonio Vico.

¡Cuán efímera es la gloria del actor!

---

# Frente al problema social

**S**omos espectadores de una época histórica de honda conmoción social. Era lenta la evolución de las ideas y la guerra vino a precipitar los acontecimientos. El fenómeno que presenciarnos no es de este ni del otro país minado por el espíritu revolucionario; es un fenómeno universal nacido del cataclismo que trastornó todos los valores tradicionales.

De la conflagración europea tenía que salir un mundo nuevo, a cuyo alumbramiento asiste la humanidad entre sorprendida y temerosa.

La lucha de clases es cada vez más enconada, porque las legiones del Trabajo asaltan las fortalezas, que parecían inexpugnables, del Capital. Los enemigos están frente a frente con aire de desafío.

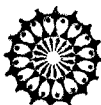
Siglos enteros de servidumbre social y de esclavitud económica, han dado por resultado las profundas turbulencias de nuestros días.

Los chispazos del formidable incendio de Rusia llegan a todas partes. Vamos camino de que se modifique radicalmente una caduca estructura social y económica. Los poderes públicos no podrán resistir el terrible empuje del proletariado universal en acción y no tendrán más que una solución: abrir amplios cauces legales a las modernas corrientes.

Las convulsiones que hoy agitan el seno de la sociedad traerán indefectiblemente el nuevo régimen a que aspiran los que, pudiendo ser dueños de todo, no son propietarios de nada, los que labran la tierra y no disfrutan de sus productos, los que construyen la casa para que la habite el amo que vive de todo linaje de privilegios.

Consecuencia lógica del pasado de desigualdades e injusticias, es el presente de airadas demandas reivindicativas encaminadas a la conquista de un porvenir más venturoso, en el que no predomine la codicia sin ley, sin freno y sin Dios.

Es preciso que la justicia y el amor unan y edifiquen lo que la desigualdad y el odio entre los hombres han separado y destruído en el mundo.



---

## Ya descansa el Patriarca



La muerte, en este caso piadosa, ha puesto fin a la larga y triste agonía de D. Benito Pérez Galdós. Ya hacía meses que el maestro glorioso no vivía. Postrado en cama, perdidas sus portentosas facultades intelectuales, apagadas para siempre la luz de su espíritu luminosísimo, en Galdós solo alentaba la materia.

Cayó el alto roble y ya solo queda su nombre inmortal, nimbado de gloria. El cuerpo rindió su tributo a la tierra; pero nos queda la herencia de su obra imperecedera en los fastos de la literatura española.

Tuvo Galdós, ese sol de las letras nacionales, un ocaso tristísimo: la pobreza y la ceguera amargaron los últimos años de su existencia. Hacía años que no escribía con su propia mano y veíase forzado a dictar sus libros, porque tenía necesidad de tra-

bajar para vivir. En estas condiciones penosas dió a la publicidad sus últimas obras.

Cuando la inauguración de la estatua que se le erigió en Madrid, Galdós estaba ciego; pero funcionaba bien el maravilloso aparato de su cerebro creador. Emocionado recibió el gran novelista el homenaje. Poco más tarde la enfermedad que minaba su organismo le rindió.

El lecho de Galdós se ha visto rodeado, en sus postreros días, de las efusivas simpatías, el profundo afecto y la ferviente admiración que el patriarca de nuestras letras despertaba en todos los ámbitos de la nación, por él amada entrañablemente y cuya magnífica epopeya de Trafalgar y de la guerra de la independencia, levantó su genio el monumento eterno de los *Episodios Nacionales*.

Nos sentimos profundamente emocionados ante el cadáver del insigne canario, cuyo nombre nos llena de orgullo y de gloria. El primer novelista contemporáneo que a tan eminente altura supo colocar la literatura española de nuestro tiempo, nació en Las Palmas en Junio de 1843. Contaba, pues, poco más de 76 años de edad.

¡Cuán fecunda, cuán laboriosa la vida de Galdós! Fué un constante, infatigable trabajador. Puede decirse que no conoció el ocio en toda su dilatada existencia, pues ya hemos visto que trabajó mientras pudo.

¿Qué debe la literatura contemporánea a Galdós? Pues le debe toda la evolución moderna de la novela y del teatro hácia un realismo sano, vigoroso, agudo de observación, pletórico de verdad, rebusante de calor humano.

La personalidad, el genio de Galdós, se destaca entre todos los escritores de su tiempo. El implantó en España los nuevos procedimientos, él fué el creador del moderno realismo que tiene en las letras patrias gloriosa tradición.

Con el advenimiento de Galdós al campo de la literatura se opera una honda transformación. En sus novelas estudia todos los problemas palpitantes en España: el problema religioso, el problema social, el problema político en sus diversos aspectos; y el literato eximio acierta a darnos en las páginas de sus obras una imágen exacta de la vida española. Nadie ahondó como él en la entraña de la Patria; nadie estudió con más agudeza las inquietudes y peripecias del alma española a través de un siglo de jornadas heroicas y de episodios mezquinos, de pasiones exaltadas y de bajas intrigas, de arrebatos románticos y de repugnantes concupiscencias; nadie como él, en una palabra, acertó a auscultar el alma nacional.

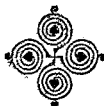
Su copiosísima producción—inmensa en cantidad e incomparable en calidad—es el gigantesco pedestal donde se yergue su figura. ¿Quién se atreve a discutir su gloria? Los más ilustres críticos españoles—Menéndez Pelayo, Revilla, *Clarín*, *Vale*—rindieron pleitesía a su talento.

Fué el más fecundo de los grandes escritores contemporáneos y después de triunfar en la novela, siendo proclamado el primero de los novelistas españoles, se impuso en el teatro y obtuvo en la escena inolvidables y merecidos éxitos, aún luchando con las corrientes de un gusto estragado y con la miopía de una crítica de corto vuelo.



En justicia no puede disputársele que escribió las más hermosas novelas y los más bellos dramas que han emocionado a las gentes aficionadas a las letras. ¿Quién puede envanecerse de haber escrito novelas como *Gloria*, *Fortunata y Jacinta*, *Doña Perfecta*, *La familia de León Roch*, *El Amigo Manso*, *Marianela*, *Angel Guerra*, la serie de *Torquemadas* y dramas como *Realidad*, *El Abuelo*, *La loca de la casa*, *Los Condenados*, etc.?

En su mano llevó D. Benito Pérez Galdós el cetro de soberano tanto en la novela como en el teatro. Al morir el maestro insigne ha nacido a la vida de la inmortalidad.



---

## Galdós y Menéndez Pelayo

**S**on dos insignes figuras de la España contemporánea; el pensamiento y las letras les deben obras inmortales. Hombres de su estirpe intelectual honran a una nación. Vivieron en una época de decadencia de la raza que realizó en siglos pretéritos empresas inauditas de valor, sacrificio y abnegación. Sentían el orgullo de ser españoles y el sentimiento de la Patria inspiróles páginas imperecederas.

El gran novelista y el eximio investigador y crítico de la literatura castellana, amaron profundamente a España y siempre tuvieron fé en sus futuros destinos. Fueron recios espíritus optimistas cuando entenebrecían los horizontes españoles sombras de un desolador pesimismo.

Desde distinto campo, cultivando cada cual el género literario o histórico de su predilección, labo-

raron por la grandeza espiritual de España. Fueron, además de escritores de singulares facultades, dos formidables, dos incansables trabajadores intelectuales. No conocieron la molicie del ocio. La labor de ambos fué constante, tenaz, fecunda, verdadera labor de cíclopes.

La muerte interrumpió, prematuramente, la obra de Menéndez y Pelayo. De Galdós no puede decirse lo mismo. D. Benito cumplió su misión, pues la vida de nuestro novelista fué dilatada y laboriosísima.

El mismo sabio polígrafo dice de Galdós que entre sus «admirables dotes resplandece una, rarísima en autores españoles, que es la laboriosidad igual y constante.» Estas palabras pueden también aplicarse al autor de la *Historia de las ideas estéticas*.

---

*Azorín*, estudiando la personalidad de Galdós, el valor y significación de su obra y las huellas que su arte deja en la literatura española, dice:

«Cuando pasen los años, cuando transcurra el tiempo, se verá lo que España debe a tres de sus escritores de esta época: a Menéndez Pelayo, a Joaquín Costa y a Pérez Galdós. El trabajo de aglutinación espiritual, de formación de una unidad ideal española, es idéntico, convergente, en estos tres grandes cerebros.»

Es verdad; eran tres temperamentos distintos y por diversos caminos sus espíritus superiores iban á un mismo fin: a la exaltación de la Patria, al fortalecimiento de la conciencia nacional. Y en los tres es idéntico el desinterés, la nobleza de propósitos, la rectitud de intenciones, el amor a España.

Menéndez y Pelayo fué un polemista ardoroso, Costa un patriota exaltado y agresivo—son célebres sus apóstrofes—y Galdós, de carácter más apacible, no libró nunca batallas estruendosas. Callado, silencioso, sin hacer ruido, observaba hombres y cosas acumulando materiales para su obra, inmensa, cualitativa y cuantitativamente considerada.

Menéndez y Pelayo que, como es bien sabido, sustentaba ideas contrarias, completamente opuestas a las de Galdós, combatió con dureza en su juventud algunos de los libros del maestro que acaba de morir y luego, andando los años, fué uno de los críticos que, con más entusiasmo y con análisis más agudo habló de los *Episodios Nacionales* y de las novelas contemporáneas. La recepción de D. Benito en la Academia de la Lengua, en 1897, dió ocasión al eminente crítico para escribir un profundo y certero juicio acerca de la producción galdosiana, examinando sus diferentes fases y evoluciones.

Menéndez y Pelayo, al estudiar la obra de Galdós, dedica grandes alabanzas al peregrino ingenio del creador de las mejores novelas españolas del siglo XIX.

Habla de los *Episodios* y dice: «En estas obras, cuyo sentido general es altamente educador y sano, no se enseña a odiar al enemigo, ni se aviva el rescoldo de pasiones ya casi extinguidas, ni se adula aquel triste género de infatuación patriótica que nuestros vecinos, sin duda por no ser los que menos adolecen de tal defecto, han bautizado con el nombre especial de *chauvinismo*; pero tampoco se predica un absurdo y estéril cosmopolitismo, sino que se exalta y vigoriza la conciencia nacional y se tem-

pla para nuevos conflictos, que ojalá no sobrevengan nunca, y al mismo tiempo se vindican los fueros eternos e imprescriptibles de la resistencia contra el invasor injusto, sea cual fuere el manto de gloria y poder con que quiera encubrir la violación del derecho.

Al ocuparse de los imitadores que tuvieron en España Water-Scott y Dumas, padre, ilustres cultivadores de la novela histórica, observa que Galdós siguió distintos rumbos y procedimientos, sin falsear la historia como otros autores de desordenada fantasía romántica.

Alude al rigor histórico seguido por Galdós en sus narraciones y agrega «que en la parte más original de la tarea del novelista, en los episodios de la vida familiar de medio siglo, que van entreverados con la acción épica, había que aplicar los procedimientos analíticos y minuciosos de la novela de costumbres, huyendo de abstracciones, vaguedades y tipos convencionales.»

Uno de los méritos de Galdós fué implantar en España los modernos procedimientos del arte de novelar.

«Claro es—sigue discurrendo Menéndez y Pe-layo—que no en todas las novelas, aisladamente consideradas, están vencidas con igual fortuna las dificultades inherentes al dualismo de la concepción; y así hay algunos como *Zaragoza* (que es de los mejores para mi gusto), en que la materia histórica se desborda de tal modo que anula enteramente la acción privada; al paso que en otros, como en *Cádiz*, que también es excelente en su género, lo histórico se reduce a anécdotas, y lo que domina es

la acción novelesca (interesante por cierto y romántica en sumo grado), y el tipo misterioso del protagonista, que parece trasunto de la fisonomía de lord Byron.»

Considera los *Episodios Nacionales*, en fin, «una de las más afortunadas creaciones de la literatura española en nuestro siglo» y dice que han «enseñado verdadera historia a muchos que no la sabían.»

## II

No se nos oculta, claro está, que mejor que extractar el juicio crítico de Menéndez y Pelayo sobre Galdós, sería reproducirlo íntegro, y eso iría ganando el lector. Mas como el estudio es extenso, forzoso es que nosotros lo demos a conocer fragmentariamente a los que no han tenido el deleite de saborearlo, juntando dos nombres gloriosos que tanto hicieron, cada uno en la esfera de su pensamiento y actividad, por la cultura patria y por la «formación de una unidad ideal española», como dice *Azorín*.

Cree Menéndez y Pelayo que «cuando Galdós cerró muy oportunamente, en 1879, la segunda serie de los *Episodios Nacionales*, la novela histórica había pasado de moda, siendo indicio del cambio de gusto la indiferencia con que eran recibidas obras muy estimables de este género, por ejemplo, *Amaya*, de Navarro Villoslada, último representante de la escuela de Water-Scott en España.»

Sin que nosotros sostengamos que las posteriores series de novelas históricas tengan el mismo mérito que los veinte primeros volúmenes del monumento literario de los *Episodios Nacionales*, no

puede negarse que Galdós reanudó con éxito su tarea escribiendo nuevos libros interesantísimos de historia contemporánea, aunque reconocemos que acaso prolongara demasiado la obra hasta llegar al último *Episodio*, titulado *Sagasta*, que dejó sin terminar. Galdós fué el historiador del siglo XIX desde sus comienzos hasta la Restauración. Fué el poeta de la epopeya de la Independencia y el narrador insuperable de traiciones y perfidias, de intrigas políticas y de revoluciones románticas, de glorias pasajeras y de grandes infortunios y miserias que desgarraron el seno de la Patria, precipitándola por caminos de perdición.

Los *Episodios Nacionales* y las novelas contemporáneas, son el fiel espejo donde se refleja toda la vida española, todo el vasto panorama social y político de España en la anterior centuria.

Juzga Menéndez y Pelayo pasada de moda la escuela de Water-Scott y seguidamente se ocupa de la evolución de la novela.

«En cambio—escribe—la novela de costumbres populares había triunfado con Pereda, ingenio de la familia de Cervantes; la novela psicológica y casuística resplandecía en las afligranadas páginas de Valera, que había robado a la lengua mística del siglo XVI sus secretos: comenzaba a prestarse principal atención a los casos de conciencia; traíase a la novela grave tésis de religión y moral y hasta el brillantísimo Alarcón, poco inclinado por carácter y por hábito a ningún género de meditación especulativa, había procurado dar más trascendental sentido a sus narraciones, componiendo *El Escándalo*. Había en todo esto un reflejo del movimiento

filosófico que, extraviado o no, fué bastante intenso en España desde 1860 hasta 1880; había la influencia más inmediata de la crisis revolucionaria del 68, en que, por primera vez, fueron puestos en tela de juicio los principios cardinales de nuestro credo tradicional.»

En momentos de transición, ya apagados los magníficos resplandores del romanticismo, cuando derrotada la tiranía política y vencido el despotismo triunfaba el libre exámen y ensayábase en España un nuevo régimen liberal y democrático, aparecen las primeras novelas de D. Benito Pérez Galdós. Su arte señala un nuevo ciclo en la literatura española, a la que trae rica savia, modernos procedimientos, métodos distintos a los usados hasta entonces en España, calor y emoción humana, análisis psicológico, pintura de costumbres y un ámplio y vigoroso sentido realista a la par que un fuerte espíritu de idealidad.

En plena juventud, a los 27 años, en 1870—Galdós había nacido en 1843—publicó *La fontana de oro*, su primera novela. En 1918 dió a la escena *Santa Juana de Castilla*, su postrer drama.

Estudia Menéndez y Pelayo, con la agudeza en él habitual, el paso de Galdós de la novela «histórica y política» a la «novela idealista, de tesis y tendencia social, en que se contravierten los fines más altos de la vida humana, revistiéndolos de cierta forma simbólica», y dice:

«Dos de las más importantes novelas de su segunda época pertenecen a este género; *Gloria* y *La familia de León Roch*. Juzgarlas hoy sin apasionamiento, es empresa difícil: quizá era imposible en



el tiempo en que aparecieron, en medio de una atmósfera caldeada por el vapor de la pelea, cuando toda templanza tomaba visos de complicidad a los ojos de los violentos de uno y otro bando. En la lucha que desgarraba las entrañas de la Patria, lo que menos alto podía sonar era la voz reposada de la crítica literaria. Esas novelas no fueron juzgadas en cuanto a su valor artístico: fueron exaltadas o maldecidas con igual fervor y encarnizamiento, por los que andaban metidos en la batalla de ideas de que aquellos libros eran trasunto. Yo mismo, en los hervores de mi juventud, los atacué con saña, sin que por eso mi íntima amistad con Galdós sufriese la menor quiebra. Más de una vez ha sido recordada, con intención poco benévola para el uno y para el otro, aquella página mía. Con decir que no está en un libro de estética, sino en un libro de historia religiosa, creo haber dado bastante satisfacción al argumento. Aquello no es un juicio literario sobre *Gloria*, sino la reprobación de su tendencia.»

Este juicio de Menéndez y Pelayo, que luchaba en las filas de los adversarios de Galdós, tiene un valor excepcional, pues la pasión sectaria hizo blanco de sus iras, de sus dieterios, de sus odios al insigne novelista, llegando a escatimarle méritos indiscutibles que resplandecen en sus obras. De las injusticias cometidas con Galdós le reivindica espontáneamente Menéndez y Pelayo, que, con noble sinceridad, como cumplía a tan elevado ingenio, rectificó opiniones de su juventud emitidas, como él mismo confiesa, en medio del fragor de la lucha de ideas, cuando libraban encarnizada pelea el liberalismo y la reacción y hallábase frente a un genero-

so espíritu de libertad y tolerancia el más intransigente fanatismo.

Con serena valentía y peregrino talento, Galdós abordó los problemas religiosos, éticos y sociales que agitaban la embrionaria conciencia española, fluctuante entre la antigua tradición y las modernas corrientes ideológicas.

Analiza Menéndez y Pelayo los méritos de *Gloria* como obra artística y de tendencia social, cuyos personajes cree que son *símbolos de pasiones más que de ideas*, y escribe que es «literalmente una de las mejores de Galdós, no solo porque está escrita con más pausa y aliño que otras, sino por la gravedad de pensamiento, por lo patético de la acción, por la riqueza psicológica de las principales figuras, por el desarrollo magestuoso y gradual de los sucesos, por el hábil e inesperado desenlace, y, principalmente, por la elevación ideal del conjunto, que no empaña ni aún en aquellos momentos en que la emoción es más viva.»

*La familia de León Rosch* opina que está escrita con *más desaliño y también con menos caridad humana y con más dureza sectaria.*

Con *Gloria*, *La familia de León Rosch* y *Doña Perfecta* «que, como cuadro de género y galería de tipos castizos es de lo más selecto de su repertorio, y lo sería de todo punto sino asomase en ella las preocupaciones anticlericales del autor», es de parecer Menéndez y Pelayo que «abrió el Sr. Galdós la serie de sus *Novelas Españolas Contemporáneas*, que cuenta a la hora presente más de veinte obras diversas, algunas de ellas muy extensas, en tres y cuatro volúmenes, enlazadas casi todas por la rea-

parición de algún personaje o por línea genealógica entre los protagonistas de ellas, viniendo a formar todo el conjunto de una especie de *Comedia Humana*, que participa mucho de las grandes cualidades de Balzac, así como de sus defectos.»

Al grupo de las novelas idealistas incorpora Menéndez y Pelayo *El amigo Manso*, «delicioso capricho psicológico» y *Marianela*, «idilio trágico de una mendiga y un ciego; menos original quizá que otras cosas de Pérez Galdós, pero más poético y delicado.»

### III

Certeramente, ahondando en la obra galdosiana con esa sagacidad propia del incomparable crítico, habla Menéndez y Pelayo de la evolución del autor de *Gloria* en materia religiosa.

«Galdós—escribe—ha padecido el contagio de los tiempos; pero no ha sido nunca un espíritu escéptico ni un espíritu frívolo. No intervendría tanto la religión en sus novelas si él no sintiese la aspiración religiosa de un modo más o menos definido y concreto, pero indudable. Y aunque todas sus tendencias sean de moralista al modo anglo-sajón, más bien que de metafísico ni de místico, basta la más somera lectura de los últimos libros que ha publicado, para ver apuntar en ellos un grado más alto de su conciencia religiosa: una mayor espiritualidad en los símbolos de que se vale; un contenido dogmático mayor, aún dentro de la parte ética y de vez en cuando ráfagas de cristianismo positivo, que vienen a templar la aridez de su antiguo estoicismo.»

Galdós que, a los ojos de cierta gente pudo apa-

recer casi como un heresiarca, combatió, ciertamente, la intolerancia religiosa, el poder teocrático, las intromisiones del clericalismo en la vida civil, la hipocresía astuta y solapada y la mogigatería que traza normas en las costumbres sociales; pero en el fondo fué siempre un recto espíritu cristiano que amó profundamente la verdad, sin disfraces ni colorines, la verdad en todo, en arte y en religión.

Para todo lo grande, lo bueno y lo bello tuvo siempre su corazón inclinaciones decididas y encendidos cariños. Proverbial era su generosidad con los humildes y desvalidos y su amor a la justicia y a la igualdad. No transigía con la arbitraria división de clases y uno de sus grandes ideales fué la democracia sin mixtificaciones.

Ejerció un verdadero apostolado social. Pasó por el mundo lleno de piedad por los pobres y en sus obras de artista reflejó el panorama de la vida universal visto al través de un temperamento sano y equilibrado y de un singular espíritu analítico.

Fué, pues, grande por su ingenio, por su arte, por su bondad y por sus virtudes. ¿Qué importa a su gloria que haya sido combatido por un ciego y estrecho sectarismo?

---

En opinión de Menéndez y Pelayo la tercera fase del novelista insigne «empieza en 1881 con *La Desheredada*, y llega a su punto culminante en *Fortunata y Jacinta*, una de las obras capitales de Pérez Galdós, una de las mejores novelas de este siglo.»

En tono de censura desdeñosa se ocupa del na-

turalismo francés, cuya influencia observa en anteriores producciones de Galdós, y escribe:

«Galdós aprovechó en numerosos libros de desigual valor toda la parte útil de la evolución naturalista, esmerándose, sobre todo, en el individualismo de sus pinturas; en la riqueza, a veces nímia, de detalles casi microscópicos; en la copia fiel, a veces demasiado fiel, del lenguaje vulgar, sin excluir el de la hez del populacho. No fué materialista ni determinista nunca; pero en todas las novelas de este segundo grupo se ve que presta mucha y muy loable atención al dato fisiológico y a la relación entre el alma y el temperamento.»

Fija también su atención en *Lo prohibido y Tormento* y escribe:

«La mayor parte de las novelas de este grupo, además de ser españolas, son peculiarmente madrileñas, y reproducen con pasmosa variedad de situaciones y caracteres la vida del pueblo bajo y de la clase media de la capital; puesto que de las costumbres aristocráticas ha prescindido Galdós hasta ahora, ya por considerarlas mera traducción del francés y, por tanto, inadecuadas para su objeto, ya porque su vida retirada y estudiosa le ha mantenido lejos del observatorio de los salones, aunque con los ojos muy abiertos sobre el espectáculo de la calle.»

Considera que «tienen estos cuadros un valor sociológico muy grande, que ha de ser apreciado rectamente por los historiadores futuros.» También alude Menéndez y Pelayo al «gracejo indisputable en que el novelista no desmiente su prosapia castellana.»

En esas novelas de ambiente madrileño trasciende el amor de Galdós a la humanidad y la efusión sincera de su alma piadosa y cristiana. «Tienen, sobre todo—dice Menéndez y Pelayo—un hondo sentido de caridad humana, una simpatía universal por los débiles, por los aflijidos y menesterosos, por los niños abandonados, por las víctimas de la ignorancia y del vicio y hasta por los cesantes y los llamados *cursis*.»

Sin despojarse del todo Menéndez y Pelayo de las preocupaciones de escuela y sin disimular la ojeriza que le tiene al naturalismo de que fué pontífice Emilio Zola, estima que Galdós, en algunas de sus novelas, se afrancesó en los *procedimientos*, *aunque no se ofrancesase en el espíritu*.

Era Menéndez y Pelayo admirador entusiasta de la tradición española en literatura, arte y filosofía y no transigía con nada que trascendiera a influencias extrañas. En este respecto era tan severo su criterio que los defectos que observaba en determinada sección de las obras de Galdós afirma que «proceden de su escuela únicamente, así como todo lo bueno que hay en ellas es propio y peculiar de su ingenio.»

«La falta de selección en los elementos de la realidad;—sigue diciendo—la prolija acumulación en los detalles; esa selva de novelas que, aisladamente consideradas, suelen no tener principio ni fin, sino que brotan las unas de las otras con enmarañada vegetación, indican que el autor procura remedar el oleaje de la vida individual y social, y aspira, temerariamente quizá, pero con temeridad heroica, solo permitida a tan grandes ingenios como

el suyo y el de Balzac, a la integración de un *microscopos* poético, de un mundo de representaciones todo suyo, en que cada novela no puede ser más que un fragmento de la novela total por lo mismo que en el mundo nada empieza ni acaba en un momento dado, sino que toda acción es contigua y simultánea con otras.»

Admirable observación es esta que Menéndez y Pelayo hace del alcance y significación de la obra de Galdós.

Después de dedicar calurosos elogios a *Fortunata y Jacinta*, considerando esta novela «uno de los grandes esfuerzos del ingenio español en nuestros días», dice:

«Si alguna de las posteriores fábulas de nuestro autor pudiera rivalizar con ésta, sería, sin duda, *Angel Guerra*.» Con esta bella novela entra Galdós, a juicio del eminente historiador de la literatura castellana, «en un mundo de ideas espirituales y aún místicas, que es muy diverso del mundo en que la acción de *Gloria* se desenvuelve. Algo ha podido influir en esta nueva dirección del talento de Galdós, el ejemplo del gran novelista ruso Tolstoi; pero mucho más ha de atribuirse en este cambio a la depuración progresiva, aunque lenta, de su propio pensamiento religioso»...

Galdós, juzgado por Menéndez y Pelayo, cuya altísima autoridad no admite disputa, adquiere proporciones de gigante como Balzac, con quien le compara.

Como homenaje a la inmortalidad y grandeza de la obra de D. Benito Pérez Galdós, nos ha parecido oportuno recordar el juicio luminoso del más sabio de los críticos españoles del pasado siglo.

---

## El teatro de Villaespesa



EL moderno teatro llamado poético, de tan glorioso abolengo, conocíamos poco aquí, algunas obras de Eduardo Marquina representadas en distintas temporadas. Ahora, de paso para América, a donde va a estrenar su drama *Bolívar*, el poeta Villaespesa nos ha dado a conocer todo su repertorio.

El fastuoso lírico busca inspiración en la historia y en la leyenda y suele ser a veces arbitrario en su interpretación de hechos y personajes históricos. Acaso piense que un dios mayor de la dramaturgia, Shakespeare, no era muy escrupuloso con la verdad histórica. Pero Shakespeare, pensamos nosotros, es único, brilla como un sol entre otros astros, y a los poetas menores no se les puede permitir las mismas licencias que se toman los ingenios de primera magnitud.

Se ha repetido mucho que el autor del *Viaje*



*sentimental* es el heredero directo de D. José Zorrilla en el teatro. No compartimos esta opinión tan difundida y aceptada por muchos y que a nuestro entender carece de fundamento sólido. Zorrilla, gran poeta, de elocuencia soberana, de imaginación creadora, de fértil inventiva, trovador insigne de la raza, cristiano y romántico, eminentemente español en todo, en sus leyendas y poemas, en sus cantos y dramas, tuvo en el teatro singulares aciertos.

Labor detenida sería analizar el teatro romántico español en general y particularmente el de Zorrilla; pero ella no entra en nuestro propósito, entre otras razones por estar fuera del estrecho marco de esta impresión sobre la dramaturgia de Villaespesa. Por otra parte, el análisis ya está hecho por insignes críticos.

Las obras del viejo trovador, son, en nuestro sentir, muy superiores a las de Villaespesa por la arquitectura teatral, por la intensidad dramática, por el desarrollo y el interés de la acción, por la pintura de caracteres, por los atisbos psicológicos... Zorrilla creó recios caracteres y trazó admirables tipos de mujer, acertando a dar relieve y vida en la escena, con verdadero calor humano, a figuras históricas y legendarias que todavía viven por el soplo genial de su arte.

¿Ha llegado a tanto Villaespesa en sus ensayos dramáticos? A juzgar por lo que conocemos no vacilamos en contestar que no. El teatro parécenos que no es el ambiente propio del temperamento lírico y del espíritu sentimental de Villaespesa, poeta predominantemente subjetivo.

Los personajes de los dramas de Villaespesa son convencionales—diríanse muñecos o mejor *gramófonos* para decir versos sin peso ni medida, con exagerada incontinencia verbal—y la fábula, por lo general, peca de artificiosa y de falsas las situaciones y de caprichoso y sin lógica el movimiento escénico y de inhabil el desarrollo gradual de la ficción, mal conducido desde la exposición hasta el desenlace.

Ahora bien, la forma habitualmente es brillante, matizada de exquisitas imágenes y de bellas frases y a veces también abundan las lentejuelas, la falsa pedrería poética, aunque el verso fluído y sonoro sea siempre grata música al oído.

Tenemos para nosotros, claro está que sin dogmatizar porque la modestia de nuestros juicios nos hace huir de la pedantería, que el teatro de Zorrilla, sobre todo sus mejores dramas, todavía resiste victorioso un exámen crítico, y en medio de los defectos de que adolece descúbreanse innumerables bellezas. El teatro de Villaespesa, en cambio, presenta, por su endebles, muchos puntos vulnerables a la crítica.

Las obras de Villaespesa se resuelven en desmayos sentimentales, en desbordamientos de lirismo, en románticos discreteos de amor y solo de vez en cuando, a trechos interrumpe la monotonía algún momento afortunado, alguna escena feliz, algún diálogo interesante y vivo. Obsérvanse, indudablemente, aciertos parciales, dignos del talento de Villaespesa; pero apreciada en conjunto su producción teatral no le conducirá a la gloria. La languidez de la acción y el convencionalismo de tipos

y situaciones son graves defectos que condenan los dramas de Villaespesa.

Villaespesa toma el teatro como un medio para lucir sus facultades de versificador incomparable y como consecuencia natural de su manera de confeccionar dramas, el fin principal de los personajes de ambos sexos es recitar estrofas eufónicas, fáciles, limpias, aladas, cristalinas. Para Villaespesa no existe el impersonalismo y el autor habla por boca de todos y expresa sus ideas y sentimientos, haciendo verdaderos alardes de un verbalismo que sorprende. Hay demasiada hojarasca formal en el teatro del ilustre poeta andaluz. En los amplios dominios de la lírica muévase Villaespesa con más desembarazo que en el sintético campo del género dramático.

Unas mejores que otras—adrede omitimos títulos—todas las obras dramáticas de Villaespesa son del mismo corte y guardan estrecha analogía de procedimiento. Suelen ser tan defectuosas de técnica que en seguida se descubre el autor al verlas representar, aunque de antemano no se sepa quien es. Los dramas de Villaespesa, sin Villaespesa, es decir, sin el deslumbrador ropaje poético con que viste a sus autómatas más o menos históricos o legendarios, serían sencillamente insoportables, como los de Camprodon. El regalo de los versos compensa en parte la fatiga que produce en el ánimo del espectador el tedioso desenvolvimiento de la trama.

Pero en el teatro hay que pedir algo más que forma externa, que versos bonitos, en los cuales suele abusarse de las rosas, de las fuentes, de los claros de luna, de los ruiseñores, de los remansos, del oro

del sol puesto en circulación por una pléyade de poetas *que en invierno se embozan con la lira*. Con frecuencia Villaespesa interrumpe la acción, la detiene, abre un paréntesis como si dijéramos, para que sus personajes se den el gusto de decir poesías, como ocurre en *El alcázar de las perlas*. No dan las piezas teatrales de Villaespesa, al menos las que nosotros conocemos, la sensación de dramas de vida intensa, de arte vigoroso, sino que hacen el efecto de un concurso de aficionados que se dedican a recitar composiciones de metro y rima variados. El público acostumbra a fallar en contra de tales concursos.

Villaespesa no es un poeta sintético, sino un lírico amplio, flexible, opulento, emotivo, y el vuelo de su musa necesita libertad y cielo abierto. En el teatro encuéntrase cohibido, porque anhela para cantar el espacio libre, sin la traba del diálogo, las dificultades de la acción y el obstáculo de los personajes que hay que mover y hacer hablar. Rica fantasía, exuberante lirismo, dominio de la palabra, sensibilidad fina y vibrante, a Villaespesa le brota el verso sin esfuerzo, espontáneo, rítmico, diáfano, transparente y sonoro.


No creemos que sea un condor capaz de remontar el vuelo a las más altas regiones de la belleza y la emoción; pero es, sin duda, un pájaro de pico de oro que sabe entonar lindas canciones.



---

# Tomás Morales

## I

ON la muerte prematura de Tomás Morales, pierde la literatura un notable poeta que prometía mucho más de lo que dió, a juzgar por los dos hermosos libros que nos legara, único patrimonio de su talento. Trajo a la moderna poesía española, en la que se advierten demasiados «suspirillos líricos», una amplia y personal visión del mar con sus mitos, con sus misterios, con el estruendo de las olas encrespadas, con el sosiego de las aguas en calma, con el tráfico marítimo de los puertos...

Nacido en una isla, Gran Canaria, el Atlántico inspiróle magníficos cantos y el puerto de La Luz estrofas lapidarias. Sintió la poesía del mar honda,

y sinceramente. Cantó también la bravura de los hombres de mar.

*El mar es como un viejo camarada de infancia,  
a quien estoy unido con salvaje amor:  
yo respiré de niño su salobre fragancia,  
y aún llevo en los oídos su bárbaro fragor.*

Así exclamaba el poeta. El infinito de la inmensidad oceánica seduciale y el mar hablábale de cosas imperecederas.

Fué Tomás Morales poeta de gusto clásico, de espíritu helénico aunque vaciara su inspiración en moldes nuevos, siguiendo la corriente renovadora; pero sin incurrir en las extravagancias frecuentes y lamentables de otros vates, cuya fiebre de originalidad les conduce, por senderos tortuosos, a componer versos sin sujeción a las leyes de la métrica y de la rima, más o menos reformadas, versos que el buen gusto rechaza. Armonizaba las esencias clásicas con la técnica moderna y en la medida, el ritmo y la rima—cuidaba mucho de la sonoridad externa del verso—seguía las innovaciones introducidas por los reformadores de la métrica castellana, entre los cuales descuella el gran Ruben Darío, el maestro al principio tan discutido y ya definitivamente consagrado.

Gabriel Alomar dice, hablando de las «rosas ígneas y sangrientas» del último libro de Morales: «Lo que mejor saboreo en él es la viva conmixtión de elementos dispersos de la gran fauna humana, como un brevaie encantado del ciclo bretón o un hidromiel de inmemoriables tribus guerreras. Un gran nombre acude a nuestros labios como precursor in-

dudable de esa inspiración ubérrima, semejante a la lozanía de una selva tropical inviolada: ese nombre es el de Rubén Darío. También el encanto supremo de Rubén consistió en la unión ideal de la herencia bravía de un indio con el sentido mitogónico de la Hélade, algo a modo del encantamiento primitivo de un cobrizo ante las aras pánicas, ardientes todavía, o la iniciación de un antiguo converso de Balboa en los misterios de Dionysos, nunca sospechados por él.»

No era Tomás Morales un poeta fácil, verbal y abundoso y tal vez en algunas de sus composiciones falte emoción. Era, sí, un escultor del verso, un recio temperamento de artista, un alto poeta de entonación épica. Hay estrofas que parecen esculpidas. Acaso en determinadas poesías se descubran rebuscamientos mitológicos, cierto artificio retórico, algún aparato efectista, en fin; pero sobre todo resplandece el talento y el arte admirable de un poeta de cuerpo entero. Poesía, sin duda, un raro y envidiable dominio del lenguaje y a veces ponía en circulación palabras fuera del uso ordinario. El idioma manejado por Tomás Morales, aún cediendo y plegándose a las exigencias de la métrica y de la rima, adquiría flexibilidad, amplitud y propiedad sorprendentes. Este era uno de los méritos del malogrado poeta canario que tanto gustaba de abreviar su espíritu en las fuentes clásicas.

Era Tomás Morales un poeta plástico, por así decirlo, de serena y honda inspiración. Pensaba el verso y lo labraba como el escultor labra el mármol. El ritmo majestuoso, la cadencia solemne, la orquestal sonoridad de sus estrofas reputámoslos insupe-

rables. Observábase también tendencia alegórica y sentido simbólico en unas composiciones y sentimiento panteísta en otras.

## II

Tomás Morales desapareció joven, dueño de los secretos de su arte y perfectamente disciplinadas sus facultades. Figura entre insignes poetas españoles muertos en edad temprana. Garcílaso murió a los 33 años; Espronceda, a los 32; Becquer, a los 34; Morales, a los 35. Fortun, fraternal amigo del poeta canario y a quien éste dedicó una sentidísima elegía, partió también muy joven, a los 24 años de edad, dejando en las bellas letras muestras exquisitas de su sensibilidad.

No seguía Tomás Morales cuando escribía el procedimiento romántico de fiarlo todo a la inspiración del momento, a la improvisación de la musa; antes por el contrario, fiel al precepto clásico, meditaba, leía, releía y con paciente laboriosidad iba corrigiendo y perfeccionando la estrofa. Ya dijo Lope de Vega, aunque él no siguiera siempre el consejo que daba: «No hay que esperar nada de poeta que no borre.» Lope no siguió su propio consejo porque este portentoso ingenio no tuvo tiempo que perder en borrar, dada su inmensa producción literaria, pasmo y asombro de fecundidad.

¿A qué escuela pertenece Tomás Morales? No somos partidarios de clasificaciones y menos de «encasillamientos», aparte de lo difícil que es definir y clasificar con acierto en materia de arte.

Como queda indicado échase de ver que Morales versificaba con arreglo a las normas de un pon-



derado y personal eclecticismo, situándose entre los cánones clásicos y las pautas estéticas modernas. No cae nunca en extravagancias ni en alardes estafalarios buscando una originalidad harto discutible, como hacen otros que se tienen por genios no comprendidos. Tomás Morales bebe en su vaso y su vaso es primoroso, clásico y moderno.

En el presente renacimiento de la poesía adviértese tal desorientación que precipita a muchos poetas jóvenes a buscar extrañas modalidades que no pueden cuajar porque responden a conceptos equivocados, a verdaderas dislocaciones del sentimiento de la Naturaleza. Tomás Morales, desde sus primeros pasos, pisó en terreno firme y orientó bien su espíritu seguro de no extraviarse, huyendo del peligro de los novísimos cauces poéticos.

Hay que ver la evolución de este artista—es de admirar siempre la rotundidad y elocuencia de sus estrofas—desde 1908, año en que publicó sus primeras rimas, hasta 1920, en que dió a la estampa su segundo y postrer volumen, *Las Rosas de Hércules*. En el primer libro el poeta diríase que ensaya sus alas para volar alto y sereno; pero claro es que se observan vacilaciones, titubeos, imperfecciones, influencias ajenas, puerilidades y oscilaciones entre lo subjetivo y lo objetivo, entre los temas líricos y los épicos, aunque a través de las páginas de los *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar*—los poemas del mar son los mejores y más originales—se descubra la esperanza de un gran poeta en formación.

Poeta eminentemente objetivo, ya en su segundo libro el águila se remonta a altas regiones

con firme orientación y vigoroso vuelo. Sobre *Las Rosas de Hércules* se levanta sólidamente su fama. La imaginación de Tomás Morales despliega sus espléndidas galas y llega a las cimas de la belleza. De no haberse cortado bruscamente aquella vida prometedora, llena de esperanzas y optimismos, en plena juventud, cuando con más entusiasmo luchaba por la gloria alentado por el éxito, ¿qué no hubiera hecho para el futuro?

Sin descuidar la idea, la forma era la pasión del poeta, que, como ya hemos dicho, no hacía labor ligera, improvisada, sino obra serena, consciente y reflexiva, modelando laboriosamente el verso. Pero la poesía de Morales no es vacua, porque siempre lleva algo dentro y fondo y forma se unen, se solidarizan y forman un conjunto armónico.

¿Qué es la forma poética? De ella decía el ilustre Maragall: «Es falsa aquí la distinción entre fondo y forma: poesía, propiamente hablando, no es más que la forma, el verso. La poesía no está en lo que se dice, sino en el modo de decirlo; o mejor, en la poesía, forma y fondo son una misma cosa. Porque en ella, cuando es verdadera, no precede la idea a la palabra, sino que ésta, al acudir solo por el ritmo, se trae impensada la idea. *En poesía, el concepto viene por el ritmo de las palabras*; esta es su señal inconfundible y su misterio; así se realiza en ella la revelación de la esencia de la forma.»

Este juicio del gran poeta catalán puede aplicarse al arte de Tomás Morales.

### III

Para conocer bien la personalidad de Tomás

Morales precisa apreciar en su justo valor las diferencias que se notan entre los dos libros que compuso, aunque en ambos se observa una unidad ideal, un pensamiento acorde. Queremos insistir en este punto. Entre un libro y otro al poeta se le ve crecer las alas. En *Poemas de la Gloria, del Amor y del Mar* se nos revela, ciertamente, un poeta de visión propia; pero donde alcanzan la plenitud de su desarrollo las dotes de Tomás Morales es en *Las Rosas de Hércules*, de cuyas principales composiciones nos ocuparemos más adelante. Encuéntranse en los primeros poemas el germen de hermosísimos cantos posteriores al amor y al mar. Tienen también su encanto, aunque sean inferiores, las rimas sencillas, ingenuas y sentimentales.

Los poemas *impregnados con los acres olores de las brisas del mar*, según expresión del mismo poeta, son los más originales, los que acusan mayor relieve en su personalidad. Los puertos, los mares y los hombres que luchan con el fragor de las olas, tuvieron en Morales un poeta inspirado, sincero, de certera observación, de temperamento equilibrado y de sana sensibilidad que contrasta con la enfermiza sensibilidad de otros vates de nuestro tiempo.

En hermosas poesías cantó el puerto de La Luz sobre el sonoro Atlántico, la taberna del muelle, los crepúsculos marinos, la botadura del barco nuevo, la marinería exótica de las naves que arriban a las costas atlánticas, la noche pasada a bordo y el amanecer, la niebla en el mar etc. El poeta dice:

*Yo amo mi puerto en donde cien raros pabellones  
desatan en el aire sus enseñas navieras,*

*y se juntan las parlas de todas las naciones  
con la policromía de todas las banderas.*

¿Se puede expresar mejor el movimiento cosmopolita de nuestro puerto?

En publicar su segundo libro de versos tardó algunos años Tomás Morales. Ya médico se confinó voluntariamente en un pueblo del interior de la isla nativa. La pereza invadióle y su musa, por él bellamente invocada al volver a la actividad productora, guardó largo silencio. Podríamos decir que su silencio fué fecundo, porque al abandonar el blando ocio, grato al poeta, obsequionos con el suntuoso regalo de *Las Rosas de Hércules*. ¡Magnífica floración del alma del poeta! *Las Rosas de Hércules* contienen poesías de imponderable belleza y de poderosa fuerza emotiva. Las odas al Atlántico y a las glorias de Don Juan de Austria, *Balada del niño arque-ro*, *Alegoría de Otoño*, *Tarde en la selva*, la epístola a Nestor, el mágico pintor, *Britania máxima* etc. son bellísimas composiciones, en las que campea la pomposa inspiración del poeta y se junta a la riqueza de pensamiento, de forma, de matiz, una serena y profunda emoción.

El estudio crítico de un literato de la aguda percepción y cultura de Gabriel Alomar, es muy halagüeño para nuestro poeta.

«A cada paso, al hojear *Las Rosas de Hércules*, —escribe— el recuerdo de Rubén nos asalta. La misma unción panteísta anima el ritmo de las estrofas sonoras; unas veces con pauta de aquel *Coloquio de los centauros* que llegó donde no alcanzaron aquellos otros dos poetas coloniales, tan honda-

mente penetrados de helenismo, Leconte de Lisle y Heredia—así en la *Tarde en la selva*—, y otras veces con una sonoridad paralela a la *Marcha triunfal*—como en el *Canto en loor de las banderas aliadas* y en *Britania máxima*.

«Otro gran nombre—agrega Alomar—ha influido en esa inspiración: el de D'Annunzio, el D'Annunzio de los *Laudi*; la *Alegoría de otoño*, a pesar de la identidad dannunziana del título, tiene una prosapia más directamente helénica.

«En la *Oda a las glorias de D. Juan de Austria*, feliz renuevo de los metros clásicos, la memoria de Herrera nos asalta; pero únicamente para comprobar la marcha del tiempo transcurrido, en el cual ha dejado su huella esa aparente paradoja, que todavía preside nuestra inspiración: la cópula del romanticismo con el helenismo; la interpretación directa, no ya latina, del sentido religioso y estético que Grecia nos legó, antes de ahora incomprendido.

«En una de estas poesías hay un germen de poema épico: la *Oda al Atlántico*, porque se canta en ella la posesión del Océano por el hombre; como en un amor simbólico, cuyo hijo, que tiene algo de monstruo, es la Nave (otro recuerdo inevitable de D'Annunzio).

«La *Balada del Niño Arquero*, también de ritmo clásico, es algo así como la transfiguración de un tema anacreóntico, elevándolo a las alturas del arte máximo (no ya mayor), como quien llena del vino de las parras jónicas un ánfora refinada de Venecia.

«La *Elegía a Rubén Darío en su última peregrinación* no pudo sustraerse en absoluto al eco mental del *Responso a Verlaine*; pero tiene un fuerte valor

simbólico. El poeta, avanzando en el lóbrego río, pulsa su lira, y la barca se libra del cortejo negro, y el remo florece en las manos de Pan, entre un retorno del mito de Orfeo, que puebla de dioses vitales las orillas tenebrosas».

Por último, después de elogiar la *Oda a Salvador Rueda* y la *Epístola a Nestor*, dice: «Y todo el libro es una difícil y airosa conjunción de alada ingravidez con majestuosa cadencia, al modo de un ropaje que descende en pliegues armónicos del hombro de una forma femenina, que diríais si es la Armida cuyos jardines ocultó Tasso en las islas Afortunadas, o una de las náyades que empujaron la nave de Camoëns hacia las rutas del Sur, recién violadas, camino del paterno Oriente...»

Las poesías menores del libro—llamémoslas así por darles algún nombre—dedicadas a la ciudad, no las analiza Gabriel Alomar, considerándolas *composiciones más ocasionales*. Esas composiciones en que de modo admirable se pinta el ambiente de la ciudad, la fisonomía de las viejas calles, las costumbres de la urbe marítima y comercial, tienen para nosotros un singular atractivo. Por ser de puro ambiente local los canarios somos los que mejor las sentimos, comprendemos y apreciamos.

Escribía Angel Ganivet que el «principal arte del poeta está en conocer que el que lee gusta de ver como en un hecho que a él nada le decía, el artista encuentra bellezas ocultas, y que, descubiertas, parece imposible que no haya podido descubrirlas todo el mundo de puro naturales y sencillas, y hasta vulgares.»

¿Como no recordar estas palabras de aquel sa-

gaz ingenio perdido para las letras patrias en pleno vigor intelectual, leyendo el *Canto a la ciudad comercial*, *La ciudad y el puerto*, *La calle de Triana*, *Tiendecitas de turcos*, *Ha llegado una escuadra*, *Calle de la Marina*, *El barrio de Vegueta* y otras?

#### IV

Para terminar. Otro aspecto interesante de la personalidad de Tomás Morales nos lo ofrece el recitador. Los que le oímos decir versos propios y ajenos no podemos clvidarlo. El poeta alto, fuerte, erguido, de abundante cabellera negra, de voz clara y robusta, recitaba magistralmente, dominando, electrizando aún a las personas menos sensibles al sentimiento poético. A la índole, al carácter, al género de la poesía, adaptaba la entonación de la voz, grave o dulce, con acentos viriles o con desmayos sentimentales. A veces los declamaba, los cantaba y el ritmo y la emoción de los versos adquirirían en sus labios una soberbia intensidad expresiva, un mágico poder sugestivo.

Las poesías de Tomás Morales, con valer tanto, valían más recitadas por él, con limpia y elegante dicción, comunicando a los oyentes la emoción que sentía el llorado poeta. Baste decir que versos duros, sin flexibilidad, mal medidos, inarmónicos, recitados por Morales ganaban muchísimo, porque con su arte sabía ocultar o disimular los defectos. Realizaba el milagro de hacer pasar por buenos, versos malos de cualquier poetaastro...

---

---

*Por diversas causas, que no hace falta enumerar, este libro se publica con mucho retraso. Era nuestro deseo darlo a la estampa el año de 1919 o el siguiente de 1920 con la mayoría de los trabajos que contiene, y no pudo ser. Empezó a editarse en 1921 y tampoco fué posible terminarlo antes que acabara el año. Sale a luz ahora, bastante avanzado el 1922 y, claro está, que resulta un libro fiambre. Muchos de los artículos han perdido el único interés que podrían tener, el de la actualidad.*

*La culpa no ha sido nuestra sino de determinadas circunstancias que han retrasado, contra nuestra voluntad, la publicación de este volúmen.*





# INDICE

---

## Página

|                                                   |    |
|---------------------------------------------------|----|
| Con la venia, lector. . . . .                     | 2  |
| El periódico provinciano por dentro y por fuera . | 5  |
| Los dos bandos . . . . .                          | 12 |
| Los nuevos argonautas . . . . .                   | 15 |
| Bélgica y Polonia . . . . .                       | 19 |
| Botones de muestra . . . . .                      | 23 |
| Lo que produce la literatura en España . . . . .  | 28 |
| Novelli en Las Palmas. . . . .                    | 31 |
| La lucha canaria . . . . .                        | 35 |
| El centenario de Prim . . . . .                   | 41 |
| La Revista «España» . . . . .                     | 45 |
| «Los Semidioses» . . . . .                        | 51 |
| Perál. . . . .                                    | 57 |
| Austria Hungría y el Emperador Francisco José .   | 63 |
| Sola . . . . .                                    | 69 |
| Meditaciones del «Quijote» . . . . .              | 73 |
| «El Lino de los sueños» . . . . .                 | 79 |
| Traidores y espías . . . . .                      | 83 |
| El tenor Caruso . . . . .                         | 87 |

|                                               |     |
|-----------------------------------------------|-----|
| El poeta y el pueblo. . . . .                 | 91  |
| El vuelo de D'Annunzio . . . . .              | 95  |
| El teatro policiaco . . . . .                 | 99  |
| El pasado y el presente . . . . .             | 103 |
| Ejercicios pueriles . . . . .                 | 107 |
| El matrimonio eugénico . . . . .              | 111 |
| El Padre Coloma y «Pequeñeces» . . . . .      | 115 |
| Pí y Margall . . . . .                        | 119 |
| Reir y llorar a plazo fijo . . . . .          | 125 |
| Luján Pérez . . . . .                         | 129 |
| «Siluetas de animales». . . . .               | 133 |
| La crítica en España . . . . .                | 139 |
| Mujeres ilustres . . . . .                    | 143 |
| Titta Ruffo . . . . .                         | 147 |
| El novelista Trigo . . . . .                  | 151 |
| La última aventura de Lebaudy . . . . .       | 155 |
| Esterilización de los delincuentes . . . . .  | 159 |
| Cavia académico. . . . .                      | 163 |
| Rubén Darío . . . . .                         | 167 |
| El actor Tallaví . . . . .                    | 171 |
| «Juan José» y la fiesta del trabajo . . . . . | 175 |
| San Favor, patrón de España . . . . .         | 179 |
| La profecía de Víctor Hugo . . . . .          | 183 |
| De maestro de escuela a torero . . . . .      | 189 |
| Echegaray . . . . .                           | 191 |
| Los extremos. . . . .                         | 197 |
| La frase de Monroe. . . . .                   | 201 |
| Conquistas del feminismo. . . . .             | 205 |
| Frases de Silvela . . . . .                   | 210 |
| La Chelito y el empréstito. . . . .           | 213 |
| «La gran guerra». . . . .                     | 217 |
| La bella aventurera . . . . .                 | 223 |
| Acotaciones a una comedia . . . . .           | 227 |

|                                             |     |
|---------------------------------------------|-----|
| Divagaciones . . . . .                      | 231 |
| El joven maestro, . . . . .                 | 235 |
| Don Ramón de Campoamor . . . . .            | 241 |
| Bernardino Ponce . . . . .                  | 251 |
| ¡Ay, amor como te han puesto! . . . . .     | 255 |
| La Fiesta de la Raza . . . . .              | 259 |
| Eça de Queiroz . . . . .                    | 263 |
| El matrimonio y el divorcio . . . . .       | 269 |
| El caso de Ohnet en la literatura . . . . . | 273 |
| El destino fatal . . . . .                  | 277 |
| Bonafoux . . . . .                          | 281 |
| Recuerdos de una temporada . . . . .        | 287 |
| Frente al problema social. . . . .          | 291 |
| Ya descansa el Patriarca . . . . .          | 293 |
| Galdós y Menendez Pelayo . . . . .          | 297 |
| El teatro de Villaespesa . . . . .          | 311 |
| Tomás Morales . . . . .                     | 317 |

